

(3)  
EL RISO

DEL

DIABLO.

*Por M. F.*

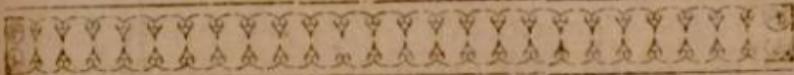
---

**Tomo VI.**

**SEVILLA.**

*Imprenta de A. Morales, Venera núm. 12.*  
Noviembre de 1846,

*Los tomos de esta interesante novela se venden en su imprenta á 4 rs. Tambien se encuadernan en pasta y á la holandesa á precios arreglados.*



CAPITULO IX.

La hechicera.

---

**E**rantz entró como de costumbre y la besó en los dos carrillos al mismo tiempo riéndose.

Gertrudis se echó atrás muy seria.

=Mi padre no está ahí, caballero, dijo ella.

—Mejor! contestó Frantz, cerrando la puerta; mi amigo Hans, estaría de mas esta noche, mi pequeña Gertrudis... tenemos muchos secretos que contarnos.

—Lo que es yo, no, replicó la jóven bajando los ojos y cuyo lindo rostro guardaba una espresion de rencor.

—De veras?... dijo Frantz.

—Muy de veras, caballero.

Frantz perdió su sonrisa y quedándose ella con los brazos caidos.

Gertrudis se habia sentado y vuelto á poner á su labor, en la cual parecia estar embelida.

Frantz estaba mudo, hubo un silencio largo.

—Al cabo de un buen rato, la jóven levantó imperceptiblemente sus hermosas cejas, deslizó una mirada oblicua hácia su compañero.

El pobre Frantz tenia el ademan bien triste, lo cual contrastaba juiciosamente con su reciente alegría. La mirada de Gertrudis que al principio fué burlona y hostil, le dulcificó por insensibles grados.

Pero no dijo una palabra.

—Con qué no la habeis visto?... murmuró Frantz.

—No, caballero, respondió Gertrudis, que bajó la vista sobre su bordado, tomada la

resolución de ser inexorable.

Frantz suspiró profundamente.

Y hubo un nuevo silencio.

Al cabo de un rato Gertrudis alzó segunda vez sus pestañas. Frantz tenía la cabeza inclinada; sus respectivas y vivas impresiones como las de un niño, todo lo exageraban y estaba desesperado.

La jóven tuvo piedad esta vez; su voz se hizo dulce y buena.

—Por qué os burlais de Juan Reignauld?... murmuró con un débil resto de rencor.

El rostro de Frantz se aclaró.

—La habeis visto, exclamó, y es por vengaros por lo que habeis dicho todo eso!

—No, caballero; bueno seria á la verdad tomarse tanta pena por un tal sugeto.

—Gertrudis, Gertrudita! suplicó Frantz, no es verdad que la habeis visto?

—Bien pagada estaria caballero si se ocupase uno de nuestros negocios!

—Dios mio! exclamó Frantz que hubiera pasado por el ojo de una aguja; ese pobre Juan!... ese buen Juan!... pero si yo le amo, bien lo sabeis... Gertrudis! decidme por favor si la habeis visto.

—No os burleis mas de él?

—Nunca por mi honor!... ah! si Delisa me amase siquiera la mitad que esto!...

Frantz pronunció este deseo con las manos juntas y los ojos fijos en el cielo.

La sonrisa habia vuelto del todo al rostro de Gertrudis:

—Yo no sé si os ama, dijo; pues estaba bien triste cuando llegué y tenia los ojos encendidos de lágrimas... cuando le hablé de vos se puso pálida... cuando le dije que os habiais salvado, me abrazó y juntó sus lindas manitas blancas para dar gracias á Dios llorando.

Frantz reía; Frantz lloraba; Frantz cubria de besos la mano de Gertrudis.

—Y me ocultábais todo eso! dijo con voz que queria ser alegre, pero que temblaba; ah! pícara! pícara!...

—Os habiais burlado del pobre Juan... murmuró Gertrudis.

—Habládme mas de ella, repuso Frantz insaciable; decidmelo todo, ahora que hemos hecho las paces!

Fué á buscar una silla y se sentó junto á la linda bordadora.

—Oh! si, añadió Gertrudis, bien os ama la pobre señorita!... y si se burlasen de vos delante de ella, creo que os defenderia mejor que yo todavía, al pobre Juan Reignault.. Cuando entró en la habitacion en que yo la esperaba, tuve miedo porque la encontré muy demudada!... Tenia un no sé qué de estra-

riado en sus ojos... En vez de venir á mi como de ordinario, porque siempre es tan amable y tan buena!... Se tiró en un sillón y se cubrió la cara con las manos.

«Yo tenía las lágrimas en los ojos, caballero Frantz, al escuchar los sollozos que quería sofocar...

—«Servidora vuestra, señorita Delisa, le dije, vengo por el bordado...

«Ella no me oía. Me acerqué á ella dulcemente y me senté á su lado en la esquina de un sillón.

«Y añadí muy bajo:

—«No queréis oirme, mi querida señorita Delisa?... Yo deseaba consolaros y veros alegre.

—Alegre! dijo ella; oh! pobre Gertrudis!.. Si tu supieras!... Diciendo esto me miró, y sus manos dejaron de cubrir su rostro... hubiérase dicho que dos años de penas pesaban sobre su frente. Yo que la había visto la vispera tan alegre y tan bella, no la reconocí al pronto... Oh! caballero Frantz, es preciso que la ameís mucho y siempre! ..

Frantz tomó la mano de Gertrudis y la puso sobre su corazón que saltaba en su pecho. La jóven se sonrió.

—Yo no sabía que hacer, prosiguió esta, porque habia allí una criada vieja que iba y

venia en la habitacion inmediata... pero no podia yo dejarla padecer de aquella manera.

—«Tomé su mano fria como el mármol, la calenté entre las mías.

—«Se por qué llorais, le dije; él debia bñtirse en desafio esta mañana.

«Sus ojos amortiguados se animaron espresando sorpresa.

—«De quién hablais, Gertrudis? murmuró.

«Me incliné sobre su mano y se la besé por mucho tiempo, para no embarazara con mis miradas, en el momento en que iba á ruborizarse...

«Tomé valor y le respondí:

—«Hablo del caballero Frantz.

«Su mano tembló ligeramente entre las mías, y me guardé muy bien de levantar los ojos.

«Sentí que se inclinaba hácia mí. Su brazo libre rodeó mi cuello, y me llevó hácia su seno que latia como late vuestro corazon...

—«Gertrudis! Gertrudis! murmuró; somos amigas desde la infancia, y siempre os he guardado mi afecto....

«Ella se detuvo; yo creí haberla ofendido.

«Pero en el momento en que iba á levantar la cabeza, una caliente lágrima cayó sobre mi frente.

—«Decídmelo todo, añadió; no sé cómo me habeis adivinado; pero es muy cierto, Dios

mio! yo le amo!... oh! yo le amo, y nunca amaré á nadie mas que á él!

—«Gracias á Dios, mi querida señorita, exclamé levantando esta vez la cabeza; por escuchar lo que acabais de decir, estoy segura que el caballero Frantz se batiria otra vez mañana por la mañana con mucho valor!»

—«Sois un ángel, Gertrudis, interrumpió Frantz que temblaba en su asiento; y qué dijo Delisa?»

—«No se atrevió á comprenderlo todo de pronto, prosiguió la jóven; tanto era el miedo que tenia de engañarse!... poco á poco, mientras que me interrogaba tímidamente con la vista, una nube rosada volvió á sus mejillas... esto me animó el corazon.»

«La miré sonriendo y adiviné la pregunta que vagaba en sus lábios.

—«Mi querida señorita, le dije, y jamás he pronunciado una palabra con tanto placer, he visto al caballero Frantz después del duelo.

—«Vive?... exclamó.

«Y añadió precipitadamente.

—«No está herido?»

«Después de mi respuesta, quedó un momento silenciosa y recogida; tenia las manos cruzadas: daba gracias á Dios.

«Si supiéseis, caballero Frantz, cuán bella estaba!...

«Le dije entonces lo que sabia de vuestro desafío: le dije que ella era vuestro único pensamiento y que si yo habia ido, era por que me lo habiais suplicado...

«Era feliz. A medida que yo hablaba, veia volver á sus mejillas los frescos colores; las señales de sus recientes lágrimas se desvanecian al rededor de sus hermosos ojos.

«Su alegría era la de un niño. Me abrazó cual si hubiera sido su hermana. Admiraba mi bordado, encontraba el ambiente dulce, el cielo brillante...

«Todo le servia de motivo para mostrarse contenta.

«Mas, de pronto, su frente se anubló ligeramente.

—«Pobre hermano mio! murmuró; ha llegado esta mañana y todavia no le he abrazado... Dios mio! este temor me volvia loca...

«Me dejó para reparar el tiempo perdido con su hermano, y pagarle su deuda de caricias.»

—Y cuando se iba, preguntó Frantz, no dijo nada para mi?

Gertrudis contuvo la risa y tomó un gesto de escandalizada.

—No es esto bastante, caballero? dijo.

—Oh! si, repuso Frantz, qué de gracias

tengo que daros, Gertrudis, hermanita mia!

=Mientras que duró la relación de la jóven; Frantz habia guardado silencio. Una emoción profunda y seria habia reemplazado al carácter ligero de su rostro. Todavía por espacio de algunos segundos permaneció ensimismado, para saborear la plenitud de su dicha. Pero esto no podia durar; su naturaleza petulante queria agitarse y manifestarse al exterior.

=Gracias, hermanita, dijo acercando su asiento al de Gertrudis y dando á sus facciones su espresion de viva alegría: os amo diez veces mas de lo preciso, para tener el derecho de llamarme vuestro hermano... qué hermosa y qué buena sois!... Dejadme besar esas manitas que han calentado las tuyas!

Gertrudis no veia en esto nada de malo.

Pero Frantz, despues de haber besado las dos manitas juntas y la una despues de la otra, puso sus labios sobre la frente de la jóven que se ruborizó esta vez y se hizo esquivá.

=Nada temais hermana, dijo Frantz, que momentáneamente estaba sentimental; es en el sitio donde ha caido aquella lágrima... ya sabéis?

Gertrudis rompió una risotada y volvió á sentarse.

—Y vos, repuso esta, qué teneis de interesante que decirme?

—Oh! yo, dijo Frantz, cuya movible fisonomía se trasformó una vez mas; siempre la continuacion de mi fantástica historia... Creo, bajo palabra de honor que voy á llegar á ser un personaje de importancia!... Recordais bien, mis aventuras de esta noche, Gertrudis?

—Oh! si, respondió la jóven, cuya fresca fisonomía tomó de pronto una espresion de ávido interés.

—Pues bien, siguió Frantz; aquello continúa... vamos de misterio en misterio... es preciso que yo sea hijo de algun principe...

—De un principe! repitió Gertrudis sencillamente.

—A menos, continuó Frantz medio riendo, medio sério, que una poderosa hada no se haya tomado el trabajo de protegerme...

Gertrudis no respondió; escuchaba.

—En todo caso, repuso Frantz, yo me pierdo completamente, y declaro que no tengo suficiente fuerza para resolver este problema... Hé aqui el hecho, Gertruditas: veremos á ver si adivináis mejor que yo.

—Bien sabeis aquello de la bolsa, que una misteriosa mano deslizó en mi faltriquera en el baile Favard.

—¿La bolsa llena de oro? dijo la jóven.

—Precisamente... pues bien; aun no soy demasiado viejo, y no presumo de estremada experiencia... esta bolsa, por otra parte, me habia dado mucho en que pensar. Atribuia el asunto á mi desconocida familia, y me parecia imposible que la tal bolsa no fuese seguida de alguna otra... por lo cual en todo el dia me he impuesto la obligacion de cometer locura sobre locura.

—A vos mismo me refiero, murmuró Gertrudis.

—Hermanita, teneis razon, porque lo he hecho de una manera admirable.

—Habeis agotado la bolsa hasta el último Luis?

—Toma! he gastado el cuádruplo, y no he comprado todo lo necesario, tanto necesitaba!

—Y que os vá á suceder? preguntó Gertrudis.

—Bah!... exclamó Frantz, y la hechicera!... ya vereis!... habia pedido muy bonitos muebles en casa de Mombro. Aunque sea el peor caballero del mundo, habia dado señal á Cremieux por un tiburí que no tiene igual en todos los campos Eliseos.... Tambien habia desperdiciado de aqui para alli algun otro dinero... y estaba un poco indeciso entre el placer de la fantasia satisfecha y cierta especie de remordi-

miento. Hace tan poco tiempo que soy rico! Entraba en mi casa de la calle Dauphine é iba á pedir la llave de mi habitacioncita á la portera. Dando vuelta al pestillo del cuarto, reprochábame de una omision grave: me habia olvidado tomar otro alojamiento!....

Frantz se encogió de hombros con tanta fatuidad, con un ademan tan bueno y tan alegre, que nadie hubiera podido llevarlo á mal. Asi estaba en esta habitacion donde habia entrado la víspera con su lio de ropas debajo del brazo.

Y hablaba de costosas locuras, de muebles raros, de caballos; y casi se acusaba de no haber amueblado un palacio para alojar su naciente opulencia.

Pero todo esto lo decia con tanta alegría y de tan buena fé, la risa con que acompañaba estas fanfarronadas era tan franca; la boca de niño que las pronunciaba era tan rosada y encantadora!

Sucede con las palabras lo que con ciertos adornos que afean la fealdad y hacen radiante la belleza.

Gertrudis estaba á mil leguas de estas reflexiones. La impresion que las produce no existia en ella; hubiera podido Frantz exagerar sus estravagancias hasta el centuplo, sin chocarle la menor cosa. Embebida con la rareza

misteriosa de la primera relacion de Frantz, escuchaba con todo su corazon. Si en ella habia otro sentimiento que la curiosidad, era ciertamente mucho interes por el narrador, y un poco de impaciencia escitada.

Estaba como esos inexorables lectores que reniegan contra el novelista cuando el drama se debilita y la accion toma aliento:

Esperaba.

—Y sin habitacion, repuso Frantz, dónde diántre colocar mis muebles de Mombro?

—Es claro, dijo Gertrudis para abreviar,

—Pero estaba cansado! continuó Frantz; cada dia tiene su trabajo., creí poderlo dejar para mañana.

«Entro. En vez de dejarme tomar la llave como diaramente, mi portera, que es una muger de importancia, y que no me habia mostrado hasta ahora mas que un interes ligeramente desdeñoso, en que dejábase ver el conocimiento de su inmensa superioridad, levantóse de su sillón de cuero, y quitóse atentamente sus redondas antiparras. Este es su modo de saludar.

«Su marido interrumpió su trabajo y aun se levantó con respeto su gorro. Este portero que remienda zapatos viejos, posee el orgullo de su posicion social en el mas alto grado; jamas me habia hecho el honor de mostrarme

su cráneo descubierto.

«Los hijos, que jugaban en un rícon del chirivital, pusieron fin á su algaravia, y me miraron con los ojos desencajados por el asombro y la admiracion!

«Éran entonces próximamente las seis y media de la noche, tal vez las siete.... A qué hora ha salido mi buen amigo Hans Dorn, Gertrudis?

—Cómo á las cinco y media, respondió la jóven que no sabia á qué objeto iba dirigida esta pregunta.

Reflexionó Frantz un momento antes de volver á tomar el hilo de su historia.

—En rigor, murmuró entre dientes, podria ser él.. Pero como pensar?.... «Este recibimiento de mis porteros y de su bulliciosa familia, continuó en voz alta, era tan poderosamente extraordinario, que me quedé aturrido, volviendo saludo por reverencia y no sabiendo se burlaban de mi.

—«Vengo á tomar mi llave, dije tartamudeando.

—«Es que vais á ir á todo lo alto? preguntó la portera.

—«Pero, señora, me parece...

«Sonrióse la portera, el portero sonrió, sonriéronse los chiquillos.

«Yo estaba á punto de enfadarme,

«Pero la portera, que veía la tempestad, apresuróse á apaciguarla y á guardar sus anteojos, y me dijo con la mayor dulzura.

—«Creia, caballero, que entrariais en vuestra habitacion desde esta noche.

—«Mi habitacion?... repetí yo.

«Creia soñar!

—«El caballero ha amueblado el piso principal... seis habitaciones al mismo piso, recientemente adornadas, con una espaciosa azotea que dá á la calle...

—«Vamos, me dije, este es el segundo capitulo del baile de máscaras.—La accion marcha... esto promete mucho!

—«Y para no permanecer inferior á la situacion me encajé el sombrero en medio del cuarto como corresponde al inquilino de un primer piso.

—«Esto vá bien, mi apreciable señora, dije de dientes a fuera; solamente encuentro que esto es un poco estrecho con respecto á las órdenes que yo habia dado.... Pero en fin, os suplico que me enseñeis el cuarto.

«La portera pasó delante de mí, con sus anteojos en la mano, y comenzó á subir la escalera, parándose en cada escalon para dirigirme agradables sonrisas.

«Yo la seguia muy grave y muy frio.

«Se abrió la puerta. Encontré el cuarto co-

queton, nuevecito, gentil, alegre, á propósito en fin, para vivirlo, pero un poco mezquino.

—«Esto me parece pequeño; dije á la portera.

—«Vuestro aposento.... principió á decir ella.

«Yo la comprendi desde luego, y sin duda que mi mirada la aterró pues parecia que queria meterse debajo de tierra.

—«Me atrevo á esperar, balbuceó que no os habré disgustado, señor?

«Hice un gesto, y calló; para dar á mis ideas otra direccion, abrió un pepueño armario y tomó de allí una cartera que me entregó.

—«Sabe el señor lo que es esto, dijo, los billetes de banco.

«Que me corten la cabeza, Gertrudis, si entendia una palabra.

—«Está bien, muy bien, respondi sin embargo; lo sabia mi estimada señora....

«Y tuve la virtud de guardar la cartera en mi bolsillo, sin mirar siquiera los billetes de banco!

—«Qué dices de esto, Gertrudis?

—«Es extraño! replicó la jóven, que no pensaba seguramente en el aplomo de Frantz, sino en las aventuras que contaba.

—«Por último, continuó el jóven, el cuarto tal como es, podrá contener bien ó mal mis

muebles de Mombro... yo le he tomado.

«Pero no es esto lo principal. Mientras que tenía á mi digna portera á la mano, he querido informarme un poco, y tratar de ver claro en el fondo de estas complicaciones misteriosas.

«Esto era tanto mas difícil, cuanto que la posición en que me habia colocado me impedia interpelarla directamente.

«Yo era sabedor de todo, estaba tenido por amo, y todo se habia hecho por orden mia.

«Cómo preguntar despues de esto?

«Afortunadamente, para hacer hablar á los porteros no hay necesidad de meterse en cuestiones; un simple permiso tácico, basta para que suelten la lengua; y una vez puesta en movimiento, Dios sabe cuando parará.

«Yo supe de esta manera, sin grandes esfuerzos de diplomacia, que mis pretendidos agentes salian de la casa en el momento mismo de entrar yo.

«Eran dos, de los cuales el uno habia permanecido á la puerta en su carruaje, mientras que el otro tomaba el cuarto en mi nombre y pagaba dos plazos adelantados.

«Parece, segun notó la portera que la cosa se habia hecho con precipitacion y que mi agente temia mi vuelta.

«El habia recorrido la habitacion y echado una rápida ojeada sobre todo y habia puesto en el armario, bajo la custodia espresa de la portera, la cartera con los billetes de ban-

co; despues habíase retirado como habia venido, dejándome, sus anónimos cumplimientos...»

Frantz calló.

«Y despues? dijo Gertrudis, que esperaba alguna cosa aun.

—Esto es todo.

—No habeis averiguado nada ademas sobre esos dos hombres?

—Nada.

—Y no sospechais quiénes pueden ser?

—Si, respondió Frantz.



## CAPITULO X.

**La Hermanita.**  
—

La linda Gertrudis escuchaba con mas atencion. Esperaba con impaciencia las conjeturas de Frantz respecto á aquellos desconocidos que se habian encargado de tomarle una habitacion en la calle Dauphine, y de hacer descender sus penas desde una boardilla, á un piso principal.

Pasó algun tiempo antes de recobrar Frantz la palabra. Repasaba en su memoria reflexiones ya hechas, y buscaba de nuevo.

Sí, repitió en fin; acerca de uno de los dos

tengo mas que sospechas, es casi certeza.

—Quién es? preguntó con impaciencia Gertrudis.

—Pero esta certeza, repuso Frantz, no me llevará muy lejos, porque ignoro el nombre de este hombre... No importa! puede pasarse sin él... Lo que hay de cierto es que, segun las descripciones de mi portera, el hombre que se quedó en el carruaje era mi vision del baile Favart.

—Ah!... exclamó Gertrudis quedándose con la boca abierta.

—El famoso caballero aleman en persona, añadió Frantz, el majo, el Armenio... ese triple personaje que me persigue con su proteccion.

—Y el otro? preguntó la jóven.

Frantz vaciló y miró á Gertrudis de frente.

—El otro, repitió, es mas difícil... Si creo el retrato que de él me ha hecho la portera, sabemos perfectamente su nombre... y le conocéis mejor que yo, hermanita.

Gertrudis estaba cada vez mas adelantada.

—Traje y porte, continuó Frantz, se acomodan perfectamente al hombre de que os hablo... aquella es su edad... y hasta tiene su ligero acento aleman!... En cuanto á su fisonomía se me ha dicho que era la de la honradéz personificada, y por esto he creido reconocer á vuestro padre, Gertrudis.

—A mi padre! exclamó la jóven estupefacta.

Esta palabra arrancó á Gertrudis de los fantásticos espacios en que entonces corria su ale-

mana imaginacion; el nombre de su padre la volvía á la realidad.

La sorpresa fué su primer movimiento, porque la idea de su padre se hallaba á cien leguas de estas otras caprichosas y sobrenaturales que habia evocado la narracion de Frantz. Esperimentaba una sensacion semejante á la de un niño que encontrára un nombre amigo y real en medio de las maravillosas páginas de las *Mil y una noche*.

Pero en el colmo de su sorpresa recordó los sucesos de la mañana. A ese extraño personaje, que Frantz llamaba el caballero alemán, conocíalo su padre, lo amaba, y parecia respetarlo como á su señor.

Su fisonomia, avezada á no disimular nada, cambió, y este cambio no se escapó á Frantz, que la miraba atentamente.

=Os lo ruego murmuró; respondedme, Gertrudis... ¿Creeis que pueda ser vuestro padre?

La jóven abrió la boca para responder afirmativamente; pero en el momento de hablar, tuvo como escrúpulo.

Podria su padre tener interés en ocultarse de esta manera, ó mas bien no podria ser de otro modo puesto que se encubria con un misterio tan grande.

=Sin querer, y por casualidad, habia Gertrudis sorprendido este secreto; pero la conducta que por la mañana habia observado Hans Dorn, cara á cara con Frantz, parecia señalar

imperiosamente la conducta que á su vez debia ella observar.

Su padre no habia hablado. Ante las preguntas de Frantz habiase encerrado en una completa reserva. Gertrudis creyó que ella debia del mismo modo guardar silencio.

Era preciso fingir ignorancia. Y por esta razon á medida que reflexionaba, le era imposible conservar la menor duda.

La rara historia, referida por el jóven, tenia para ella un carácter pasmoso de verdad. El misterioso agente de aquella hechiceria, podia ser bien su padre, bajo las órdenes del caballero aleman.

No habian los dos hablado por la mañana de Frantz?

Habia mostrado Hans Dorn por el desconocido joven un carino tan inesplicable!

Y despues aun, en el momento de concluir su conversacion con el caballero aleman, habia preguntado las señas de la casa de Frantz.

Y Gertrudis misma era la que habia ido á averiguarlas á casa de la señorita Audemer.

Permanecia, entre tanto la respuesta pendiente de sus labios. No se atrevia á hablar; su frente se enrojeció porque no sabia mentir.

Sus ojos bajos evitaban la mirada de Frantz.

Este la examinaba sin cesar atentamente. Tenia impresa en su fisionomia una espresion ambigua y difícil de definir.

Hubiérase dicho que gozaba una alegría

oculta bajo la apariencia de despecho.

=No quereis responderme? pronunció con tristeza. Tambien me engaÑais, Gertrudis!

Ruborizóse aun mas la jóven, pero tampoco replicó. Padecia verdaderamente, hallábase colocada entre su padre y Frantz; Frantz que la llamaba hermana, y á quien amaba cada vez mas, y su padre querido, cuyo menor deseo era para ella una respetada órden.

El corazon de la jóven era bueno y cariñoso, pero dejábase ver bien en ella el decidido carácter de las hijas criadas por un hombre. Una vez decidida interiormente su voluntad, manteníase firme y fuerte.

Pero temiendo el buen deseo de no ceder, no eran muy considerables sus conocimientos diplomáticos. Parecíale que cortar las preguntas de Frantz rehusando responderlas, de una manera clara y resuelta, era cumplir heróicamente con su deber y conservar intacto el secreto de su padre.

No sabia que rehusar responder, equivale á contestar afirmativamente en una porcion de circunstancias, no sabia que la primera regla de la discrecion considerada como arte, es saber mentir bien y á tiempo.

=Escuchadme, caballero Franzt, dijo sin levantar la vista, aunque con un aspecto resuelto que la hacia mas linda; si quereis que sigamos amigos, os exijo no preguntarme sobre este punto... Sabed de una vez para todas, que no

sé nada, que no me figuro nada, y que nada tengo que responderos.

Una leve sonrisa asomó á los labios de Frantz.

=Enhorabuena! hermanita, dijo con sumiso acento, no hablemos mas de esto, puesto que lo deseais... mucho hubiera dado por saberlo... pero bien veo que sois incorruptible respecto á la discrecion.

Gertrudis dió un gran suspiro como quien se descarga de un grave peso; triunfaba sencillamente en su interior. Nada habia dicho.

Frantz, por su parte, no aparentaba toda la desolacion de un vencido. La precipitada escusa que habia recibido no le precipitaba al parecer en un desaliento muy cruel. Hasta un mediano observador hubiera adivinado, por la expresion de su fisonomia, que próximamente sabia todo lo que deseaba saber.

De modo que ambos niños estaban satisfechos de si mismos, Gertrudis de haber guardado su secreto, Frantz de haberlo sorprendido. Feliz batalla en que ni habia vencedor ni vencido, y en que ambos ejércitos, como acontece á veces en teatros de mayor escala, cantaban á la par el *Te-Deum!*

=Os obedezco, hermanita, repuso Frantz, en tanto que tranquilizada Gertrudis, le miraba sonriendo; dejemos esas preguntas que os desagradan... que á fé que tenemos otra cosa de que hablar!... ese hombre, que no es vuestro padre, no ha dejado huella ninguna en mi

casa... no sé si podré volver á encontrarlo alguna vez, pero ¿qué importa en definitiva?... el modo de portarse conmigo algo significa; evidentemente mi padre entra en esto, y seguramente no se trata así un niño que hay intencion de abandonar despues.

=Estoy bien segura... principió Gertrudis con viveza.

Despues pusóse colorada de nuevo y detúvose aturdida.

Frantz figuró no notar aquella turbacion.

—Héme rico! prosiguió. Esto es un hecho evidente... no podriais creer, hermanita, cuán bien me vá desde que lo soy!... Dios mio, no amo demasiado el dinero y creo que no soy avaro... pero si tuviese llena de oro una habitacion, seria el hombre mas feliz del mundo.

Dios mio! exclamó Gertrudis, qué hariais con todo eso?

—Abriria las puertas y ventanas, replicó Frantz.

Volvióse pensativa su mirada y añadió con mas gravedad.

Sabeis, que debe ser cosa muy dulce esto, Gertrudis! He visto la miseria de cerca; se todo lo que se padece en París... Oh! bella vida seria! siempre abierta la mano!.. Verianse secar todas las lágrimas al rededor de sí... Verianse incorporarse y sonreir á la pobre hija inclinada junto al miserable lecho de su padre... Son tan felices las flores que inclinadas por la se-

quedad hácia un árido suelo, son rejuvenecidas por una gota de rocío!... Veríase volver la espalda al precipicio y volver á subir valerosamente la pendiente de la vida á aquel hombre robusto á quien el hambre va á precipitar en el desaliento y en el crimen... ahogarianse lamentos, callarianse sollozos, y por do quiera que se dirigiese la vista, veríase la sonrisa de la felicidad... Oh! si, Gertrudis, es el oro un dios poderoso, y quisiera tener millones!

Mirábalo la jóven conmovida.

Frantz la atrajo á sí con un gracioso gesto, y púsose á acariciar suavemente su mano.

—Cuántos placeres se compran con un poco de oro! replicó con voz baja en que vibraba una armonía disimulada. Cuántas ignominias se pueden ocultar!... Cuántas faltas se pueden espiar! Cuántos insultos se pueden reparar... Pero tenéis, querida hermana, sin ir á buscar estas miserias horribles que se ocultan en Paris, y que el rico descubre de tiempo en tiempo con grande admiracion, otras silenciosas tambien, que seria bastante fácil convertir en alegrías! Yo conozco á un jóven bello, valiente, fuerte que sostiene su desgraciada familia y que ama á una linda jóven vecina suya...

Gertrudis bajó los ojos.

—La jóven, prosiguió Frantz, le corresponde... Ella es quien me lo ha dicho... Jugaron juntos cuando niños; jamás se han separado el uno del otro... Si llegan á casarse, no habrá en

este inmenso París una felicidad semejante á la suya!... porque os lo repito, Gertrudis, estos dos jóvenes se aman con el amor sincero de las bellas almas, él tiene un corazón noble, ella es un ángel.

Frantz se sonreía; un color sonrosado cubría desde la frente de Gertrudis hasta el nacimiento de su garganta castamente cubierta con un pañuelo de lana.

—Ella es tan amable como vos! replicó. Tan linda y tan buena como vos!...

Frantz se inclinó y su labio tocó la frente de la joven.

—No os sonrojeis, querida hermana, le dijo al oído; sois todo esto y mas también... Pues bien, yo soy rico según creo, añadió levantando la cabeza de pronto y con brio, ¿quién me impedirá que dote á este joven como á un hermano?... No es por ventura mi hermano, Gertrudis, puesto que os ama y le amais!

El tono de Frantz daba á sus palabras un perfume de exquisita ternura.

Los bellos ojos de Gertrudis estaban humildes.

—Pobre Juan!... murmuró, pero él es orgulloso y yo también M. Frantz.

Este último había ya vuelto á su estado normal.

—Allá veremos!... replicó cambiando súbitamente de tono; figuraos, querida Gertrudis, que me desespero pensando en el tiempo que me faltará para tener mis muebles de Mom-

bro!... A la verdad, no me inquietaba ayer por esto, y la fortuna tiene tambien sus inconvenientes... Pero en qué pensais, querida Gertrudis, que estais tan triste!...

Gertrudis pensaba en Juan.

—Vamos! alegría! exclamó Frantz redoblando sus caricias, os doy mi palabra de honor de que todos seremos felices.

Mientras que hablaba así alegremente y con la risa en los labios, vino de nuevo á velar su gracioso rostro una espresion de melancolía.

—Apenas hace dos horas que me ha sucedido todo esto, murmuró, y cuántos pensamientos en estas dos horas!... en verdad que todavía me parece un sueño... será mi padre este hombre?... anoche le he visto bien en el baile y su mirada indica un corazon valiente y fiero; creo que le amaria... y mi madre... oh! mi madre, á quien veo tan santa y tan bella.

Se detuvo en una especie de éstasis.

—Pero quizás no sea sino un enviado de mi padre, repuso bruscamente; qué sé yo?... la sangre que corre en mis venas arde algunas veces como el fuego... me parece que mi padre debia ser un principe!

Gertrudis se sonrió. Frantz hizo como si despertase.

—Principe ó no, exclamó, no cambiaria mi suerte por la de ningun alma viviente!... soy jóven, soy feliz!... qué puede haber en el porvenir sino alegría?

—Dios os oiga! caballero Frantz, murmuró Gertrudis; sois bueno y pensais en los que padecen... mereceis ser feliz.

—Qué mas puedo desear? replicó Frantz, ¿no me habeis hablado de ella?... me habeis dicho que me amaba...

—Yo os he dicho lo que he creído, interrumpió la jóven: pero el pobre Juan y yo tambien nos amamos y sin embargo no somos felices.

Esto fué como una lluvia fria que cayese sobre el entusiasmo de Frantz.

—Teneis razon, hermanita, dijo con un poco de amargura; estaba demasiado alegre; habeis hecho bien en despertarme de mi sueño. Ah! ya lo sé, muchos obstáculos existen entre Elisa y yo... y si la pierdo ¿qué se harán de todas mis otras alegrías?...

—Su cabeza se inclinó, pasando siempre de un extremo á otro, permaneció un instante pensativo; mientras que Gertrudis, viéndole de repente triste, se arrepintió de sus palabras.

Pero antes que hubiera abierto la boca para consolarle y darle valor ya habia pasado el acceso de su melancolia; Frantz habia recuperado la confianza.

—Es necesario combatir, dijo resueltamente. Es claro!... tengo armas... en fin, Gertrudis ayer no desesperaba, y cuánto no ha variado mi posicion desde ayer!... por último, ¿tengo un rival formal?

—El señor caballero de Reignauld...

—Una carga viviente! una vieja coqueta macho!

—Es rico, pobre caballero Frantz... es noble!

—Bien, y yo?...

Gertrudis movió lentamente su linda cabeza.

—Todavía no se sabe... murmuró.

Frantz dió una patada con despecho infantil.

—Sois una picara! le dijo.

La franca sonrisa de Gertrudis desmentia completamente esta palabra.

—Oh! caballero Frantz, replicó, juro que amo mucho á la señorita Delisa y á vos... pero tengo miedo.

—Miedo, de qué? gritó Frantz, hablando con tanto fuego como si Gertrudis fuese el árbitro de su causa. Cuánto tiempo me falta todavía para conocer á mi familia?... de grado ó por fuerza de que antes de un día he de conocer el nombre de mi padre... y este nombre, estoy cierto que vale tanto como el del caballero Reignauld... En cuanto á la fortuna, todo lo que está pasando me anuncia que debe ser grande... y ademas no carezco absolutamente de proteccion cerca de la vizcondesa; su hijo es amigo mio.

—Contais con él? preguntó Gertrudis.

Frantz dudó un instante antes de responder.

—Al presente no, dijo al fin; pero cuando pueda probar.

—Cuando podais probar, le interrumpió la jóven, ya no tendreis necesidad de la protec-

cion del señor vizconde de Audemer... pero hasta entonces, ¿quién sabe?...

=Gertrudis! Gertrudis!... la interrumpió Frantz á su vez, quereis desesperarme!...

—Quiero preveniros.

—Pero tengo el apoyo de la misma Delisa? Y la veré...

—Caballero Frantz, dijo Gertrudis, que no pudo impedir á su voz un lijero acento de burla, la acera que está delante de la casa de Audemer es un lugar de citas muy peligroso!...

Frantz se mordió los labios y sus cejas intentaron fruncirse.=Pero en vez de esto asíó jugando la cintura de Gertrudis.

=Pues bien! hermanita, exclamó, puesto que absolutamente quereis que os lo diga, cuento con vos y nada mas que con vos!

—Dios mio! dijo la joven riendo, qué poderosa proteccion teneis, caballero Frantz!

=Es la mejor y bien lo sabeis, puesto que me habeis demostrado lo inútil de las otras.. Teneis un corazon tan excelente!

—Bueno! interrumpió Gertrudis, ya no soy picara... estos son los cumplimientos que me haceis ahora.

=Bien sabeis que os amo mucho! repuso Frantz, y que tendria una verdadera alegria en haceros el mismo servicio.

Gertrudis hacia cuanto estaba de su parte por conservar su airecillo de burla; pero Frantz era un niño feliz cuya voz sabia por instinto los tor-

tuosos caminos que bajan al corazón de la mujer.

— Cuando él quería cesaba toda resistencia.

Además, en este momento defendía una causa ganada de antemano. Gertrudis tenía hacia Delisa un afecto estremado, y nada le decía que combatiese el sentimiento que la arrastraba hacia Frantz.

Su alma franca y buena no necesitaba otra cosa que manifestarse.

— Ireis á ella, añadió el jóven; estoy cierto de que ireis, hermanita .. Le direis cuánto sufro lejos de ella y cuánta necesidad tengo de verla....

La sonrisa de Gertrudis se hizo aun mas pícaro en este momento, porque el cucu suspendido á la pared hacia ese ruido débil que anuncia la hora con uno ó dos minutos de anticipacion.

Miró al cuadrante cuya aguja iba á señalar las nueve.

Frantz no pudo adivinar lo que significaba ni esta mirada ni esta sonrisa.

— Le pedireis, continuó; le suplicareis de mi parte de rodillas...

— Señor!... Como, vos ireis allí!....

— Eso es que rehusais?

— Creo que si.

— Gertrudis!...

— Caballero Frantz!...

— Hermanita mia!...

=Pobre caballero Frantz.....

El cuco dió las nueve. En el momento en que empezaba á sonar, oyóse el ruido sordo y lejano de un coche en la plaza de la Rotonda.

=Escuchad! dijo Gertrudis estrechando el brazo de Frantz.

Ambos callaron. En este momento de silencio, oyeron por la vez primera aquel otro ruido tambien sordo y continuo que hemos escuchado con Juan Reignauld en la escalera.

Ni uno ni otro pararon la atencion en ello.

El coche se acercaba rápidamente. Cuando se paró pudo muy bien conjeturarse que era en el portal de Hans Dorn.

Gertrudis dió una palmada y se dilató su rostro encantador.

=Esto se llama ser exacto, dijo.

—Esperais á alguien? preguntó Frantz.

—Si, respondió Gertrudis.

—Debo retirarme?...

—No!... no estareis demas y quizás os concierna un poco la visita... Solamente tened la bondad de pasar al cuarto de mi padre.

=Cuales? preguntó Frantz levantándose para obedecer.

En este momento sonó un ligero ruido de pasos en el patio.

Quiso Frantz repetir su pregunta, pero Gertrudis le metió en la habitacion de Hans Dorn, y cerró la puerta trás él.

## CAPITULO XI.

## La señorita de Audemer.

**A**PENAS hubo entrado Frantz en la habitación del mercader de ropas, cuando estinguieronse en los peldaños de la escalera, los ligeros pasos que habíanse dejado percibir en el patio. Un momento despues, tocaron á la puerta, y esta vez Gertrudis no se hizo de rogar para abrir.

Colocadas ambas puertas una en frente de otra, cuando la de la escalera giró sobre sus goznes, Frantz que habia aplicado el ojo de la llave estuvo á pique de caer de espaldas. Habíase obstinado tanto Gertrudis al rehusarle la entrevista, que á cualquier cosa estaba preparada más que á reconocer en la persona que esperaban á la señorita de Audemer.

Delisa fué la que entró! El carruaje cuyo ruido lejano habia interrumpido la conversacion de Frantz y Gertrudis era el de la vizecondesa. Conducia á la señorita de Audemer y á la anciana Mariana, encargada de acompañarla constantemente. Delisa habia ido á visitar á una de sus amigas. Y á la vuelta habia deseado pasar por casa de su bordadora, á fin de ver las diferentes obras encargadas para la gran fiesta del castillo de Geldberg.

Desde por la mañana, la jóven tan indiferente hasta allí á pensamientos de placer, habia tomado un repentino entusiasmo por la anunciada fiesta: y habia hablado largamente á su madre, que preferia notablemente este motivo de distraccion. Todo parecia interesarle, los bailes prometidos, las fiestas de caza, las largas escursiones á las áridas montañas, que se decia rodeaban al viejo castillo de Geldberg.

La vizecondesa la desconocia. A veces estaba tentada á atribuir este humor encantador de Delisa á la llegada de su hermano Julian; pero esta causa no parecia demasiado natural á una

tan sùtil observadora como la vizcondesa de Audemer. No le permitia su esperiencia considerar las cosas desde un punto de vista tan vulgar, preferia mejor explicar el hecho por alguna cosa rara: el aire, los nervios, la fantasía.....

Y con toda su alma repetia su exclamacion favorita.

=Ah! las jóvenes! las jóvenes!

La vizcondesa abusaba un poco de esta exclamacion, pero no era digna de dispensarse? Cuando se ha hallado, como á esta sucedia, una palabra poderosa, profunda, universal, contestacion de todo, que todo lo explica, que se adapta á los casos mas agudos de la discusion, piedra de toque de los mas dificultosos problemas, y que vale ella sola mas que dos ó tres sistemas de filosofia, bien se puede agarrarse á ella sin crimen.

Una palabra de esta naturaleza evita reflexionar y temer, es una dulce almohada sobre la que descansa la perezosa imaginacion.

Deben apreciarse tanto mas estas preciosas fórmulas, cuanto que es muy limitado su número. Podemos contarlas.

Aparte de *las jóvenes! las jóvenes!* hay *las mugeres! las mugeres!* usada por los viejos solteros; hay la de *los muchachos! los muchachos!* repetida continuamente por los maestros de escuela; y hay *es tonteria! es tonteria!* patrimonio del cómico silvido, del autor caido, del candidato vencido, y del escritor que se dice

*literato*, que el público ingrato se obstina en no admirar.

Separándose un poco, bien sea á un lado bien á otro, se llega en este mismo orden de ideas á resultados verdaderamente sublimes. Quien no ha conocido en toda su vida á alguno de esas buenas gentes que poseen una solución política para todos los enigmas de historia? Aun hay mas; el rey de estos generalizadores es este hidalgo que hace un crimen de malas cosechas de la revolucion de 89, ó este especiero de genio que pone las inundaciones, la sequia, y el tifus á la cuenta de la *clerecía*.

Mad. de Audemer habia sido todo el dia de la opinion de su hija; la fiesta habia declarado de antemano una maravilla que los futuros siglos no podian igualar. Y á propósito de la fiesta, la vizcondesa habia deslizado diéstramente algunas palabras acerca de las seductoras y amables cualidades del buen caballero de Reignauld....

Era tan alegre el humor de Delisa que no habia encontrado objeciones que oponer al panegirico del caballero.

Bien que la vizcondesa habia visto encantada al traves de la fiesta de Celdberg otra fiesta mas modesta en que debia hacer un papel principal; soñó el matrimonio, ramos de azahar en millones y en otras cosas deliciosas.

Por la tarde salió Delisa guardada por Mariana. Cuando acabó la visita, en vez de entrar en

su casa dió orden al cochero de conducirla á la plaza de la Rotonda.

—Pero señorita, dijo Mariana, el señor caballero debe estar en casa en este momento.

Querida, replicó Delisa; tambien es menester pensar un poco en la fiesta!... Si no doy prisa á Gertrudis no tendré si no cosas antiguas que llevar al castillo de Geldberg!

Delisa habia encontrado tambien por algunos dias de menos, un argumento de almohada en el que podia descansar en paz. La famosa fiesta respondia por todo; Mariana persuadida, calló.

Cuando llegaron á la puerta de Hans, Delisa bajó con presteza.

—Quedaos aqui si quereis, dijo; tengo dos palabras que decirla y vuelvo.

Mariana era vieja, era la hora poco mas ó menos en que tenia costumbre de acostarse; el coche tenia buenos cojines, muelles y blandos. Delisa sabia que encontraria á Mariana durmiendo.

Entró en el portal de Hans Dorn.

Esta visita estaba concertada entre ella y Gertrudis en la entrevista de por la mañana. Gertrudis no se lo habia dicho todo, primero porque el tiempo urgia, y luego porque no sabia toda la historia de Frantz. Habia prometido volverle á ver é informarle, y saber sobre todo si el desafio no tenia consecuencias posibles, y si Frantz estaba á cubierto de todo peligro.

Este era un pretesto para la conciencia de

Delisa, como lo era el bordado con respecto á Mariana. En realidad Delisa sabia casi tanto como podia saber, pero queria hablar de Frantz y oír pronunciar su nombre; habia sufrido tanto la noche precedente! habia tenido tan crueles temores!

Al entrar tendió la mano á Gertrudis que le hizo una graciosa reverencia. Aunque hubiesen participado de los mismos juegos en la infancia, Gertrudis, que tenia toda clase de tacto, no pretendia establecer una igualdad imposible, y ponía como un vestido de respeto á su afectuosa amistad. Delisa por el contrario, salvaba voluntariamente y con el mayor agrado la distancia que sus posiciones sociales establecia entre ellas.

Aunque hacia mucho tiempo que Gertrudis habia dejado de tutearla. Delisa empleaba siempre con la linda bordadora esta fórmula amiga.

Cada uno ocupaba su puesto. Se amaban, y la lealtad de sus corazones, unida á la delicadeza de sus caractéres, realizaba el difícil problema de una alianza sincera entre una señorita rica y la hija de un trabajador.

Alianza sin envidia por una parte, sin orgullo por otra; alianza que no lastimaba las estrechas conveniencias del mundo, porque cada una de las dos amigas permanecia es-

trictamente en su lugar: y si se daba algun paso fuera de la rígida regla de la etiqueta, jamás era la bordadora quien le arriesgaba.

—No te he dado bastantes gracias, buena Gertrudis, dijo Delisa al entrar, por la alegría que me has dado esta mañana. Si supieras todo lo que él me habia dicho anoche!..... Apenas podia conservar alguna esperanza....

Veíase una especie de embarazo en la fisonomía de Gertrudis; y alguna cosa faltaba á su acogida, por lo comun tan franca y tan cordial.

Hubiérase dicho que tenia un pensamiento de temor ó algun remordimiento.

Ofreció una silla á Delisa, quien se sentó.

Frantz que estaba siempre detras de la puerta habia reconocido al golpe á la señorita de Audemer.

Su primer movimiento fué de sorpresa, despues de alegría y luego de impaciencia. Apenas hacia dos ó tres segundos que habia entrado Delisa cuando ya le picaban los dedos á Frantz y sentia erocer el irresistible deseo de abrir la puerta que solo le separaba de la señorita de Audemer.

Pero habia dejado de verla. Al pasar el umbral Delisa se habia salido de la linea recta que mediaba entre la dos puertas, que era el único sitio donde podia verse por el

estrecho agujero de la cerradura de la puerta en que estaba Frantz.

Quedábale el recurso de poner la oreja en vez del ojo y escuchar; pero era muy gruesa la puerta de Hans Dorn y las jóvenes hablaban sin duda en voz baja. Al menos el pobre Frantz nada oía.

Mientras que este gruñía contra su desgracia, Gertrudis se había colocado cerca de su compañera y estaban charlando.

—Le has visto? preguntó la señorita de Audemer.

—Le he visto, respondió Gertrudis.

—Y qué?...

En vez de contestar, Gertrudis echó una mirada furtiva hácia la puerta de la habitación de su padre. Acababan de surgir en su espíritu nuevas ideas y había concluido su atrevimiento. Esta entrevista tan alegremente preparada ahora le causaba miedo.

Sorprendiase de no haber tenido escrúpulos de antemano. De qué manera acojería Delisa su audacia, y cómo anunciarle la presencia de Frantz?

Gertrudis no esperaba poder ocultarlo. Adivinaba la posición del joven como si en aquel momento estuviese á su lado, y veía su rostro cuya impaciencia amenazadora crecía por momentos.

Este permanecía callado y no se le advertía ningún movimiento; sin duda que iba á hablar muy pronto ó al menos á agitarse para llamar de cualquier modo la atención de Delisa.

Y si Delisa se enfadaba! La pobre Gertrudis se acusaba y se arrepentía amargamente.

Hasta la llegada de la señorita de Audemer no había pensado sino en el placer de verlos sorprendidos, felices, ruborizarse, temblar y sonreirse. Al presente tenía el corazón lleno de dudas y ya no sabía si su celo era una ofensa.

Permanecía al lado de su compañera, con la vista distraída y encendida la frente.

—¿Qué?... repitió Delisa.

—Dios mío! mi querida señorita, replicó Gertrudis llena de terror.

—Os aseguro que lo he hecho con buena intención!

Temblaba ligeramente su voz. Delisa alzó los ojos hácia ella, y su mirada tomó una espresion inquieta.

—Le habrá sucedido alguna desgracia? murmuró.

—No, no! gritó Gertrudis vivamente; he visto al caballero Fraatz y nada tiene que temer... por el contratio creo que viene mo-

tivos para estar muy contento.

—No me engañas, Gertrudis?

—Oh! señorita.

—Estas dos palabras tenían un acento de reproche, pero los ojos de Gertrudis permanecían bajos.

Delisa la contempló un instante en silencio; notó que la mirada de la linda bordadora se deslizaba muchas veces por entre sus párpados medio cerrados y buscaba la puerta de la habitación de Hans Dorn.

—Qué teneis, Gertrudis? jamás os he visto de esa manera!...

Esta era la primera vez desde hacia mucho tiempo, que omitía Delisa el tutearla: sin embargo, Gertrudis no tuvo tiempo de entristecerse, porque sonó un ruido en la habitación de su padre. Era Frantz cuya escasa paciencia estaba á punto de agotarse.

Gertrudis movió su asiento y se puso á tocer: su embarazo era cada vez mas visible.

—Gertrudis, añadió la señorita de Audemer que no podia menos de atribuir aquella corteidad á su posicion personal, bien sabeis que soy fuerte... os suplico que no me oculteis nada!

—Nada os oculto, querida señorita, replicó Gertrudis.

Iba á continuar; pero la idea de Fran!

oculto en la habitacion inmediata, le cortó la palabra. Al menos no queria mentir.

Delisa le tomó la mano. Esta reticencia le habia alarmado mas que todo lo anterior.

—Mi buena Gertrudis, dijo suspirando, bien sé que me amas... Tu amistad es la que te conduce á ocultarme la verdad en este momento.... Habla, yo te lo suplico.... Si supieras todo lo que me haces temer!...

—Dios mio! Dios mio... murmuró la pobre Gertrudis, en quien aparecia una sonrisa, á pesar de su angustia.

Si hubiera entrado de improviso un tercer personaje, sin estar iniciado en el secreto de la situacion, nada hubiera comprendido de lo que pasaba entre estas dos encantadoras jóvenes. Los ojos de Delisa permanecian secos; pero un velo de palidéz cubria su rostro, cuya espresion se hacia mas dolorosa á cada instante. Gertrudis, por el contrario, ostentaba en sus mejillas, en su frente y hasta en su garganta, un vivo encarnado; sus ojos, inclinados, parecian dispuestos á llorar: mas por encima de la ancha franja de sus pestañas lanzaba miradas furtivas hácia la puerta de la habitacion de Hans, y detrás de una lágrima que asomaba en sus párpados, podia verse una maligna sonrisa.

Dudó todavia por espacio de algunos se-

gundos; pero habiendo hecho Frantz un movimiento mas ruidoso en su escondite, levantó de repente la cabeza con aire enfadado.

—Pues bien; tanto peor! exclamó; mejor quiero declararlo todo, que dejaros en esa inquietud... si os enfadais, yo seré quien tendrá un sentimiento... y mas vale así.

Volvió otra vez la cabeza hácia la puerta de la habitacion de su padre, pero ahora fué con la cabeza erguida y muy abiertos los ojos.

—Allí está, dijo, reuniendo todo su valor.

Un encarnado fugitivo vino á colorar las mejillas de la señorita de Audemer. Gertrudis esperaba que le hiciesen algunos cargos: Delisa se levantó y le dijo dulcemente:

—Quiero verle.

Gertrudis la hubiera abrazado por esta palabra que derramaba un bálsamo en su corazón.

Lijera y feliz, lanzóse hácia la habitacion de Hans Dorn, cuya puerta abrió precipitadamente.

—Entró en ella, siguiéndole Delisa de cerca.

Frantz estaba en pié detras de la puerta. Fué sorprendido y permaneció como estático.

—Delisa! dijo balbuciente. Señorita...

Tomó la mano que le tendía la jóven y no se atrevió á llevarla á sus lábios.

Encontrábase en uno de sus accesos de timidez.—De pronto y en medio de su impaciencia, habia atravesado su espíritu un pensamiento de esos que echan un espeso rubor

sobre la frente de los niños orgullosos; un rayo, el temor de parecer ridiculo á los ojos de persona amada.

—Acordaos de vuestros primeros años: no es un leve disgusto, sino una angustia profunda la que os echa por tierra mas pronto y con mas rudeza que una verdadera desgracia.

Recuérdese una malhadada palabra, un gesto poco hábil, una torpeza; el corazon late, el sudor cae á gotas por las sienas, se padece mucho, el mismo remordimiento no es tan amargo como todo esto.

La puerta se abrió en el momento mismo en que Frantz se defendia contra el sùtil aguijon de esta vergüenza que tan fácil camino halla en los corazones adolescentes. El desgraciado se acordaba de todo y tenia fiebre. Aquella entrevista de la vispera que tan caramente conservaba en la memoria, ahora le parecia odiosa.

—Qué papel, Dios mio! qué miserable papel! en los mas necios vaudevilles hay un jóven que amenaza morir, que arranca una confesion y que no muere!

Porque la cosa ha caido en el dominio comun; se sabe que el jóven no muere nunca... y todo el mundo se rie.

Frantz hubiera querido morir.

Cuando apareció Delisa en el umbral, en lugar de unirse á ella, tuvo intenciones de ocultarse.

Si en aquel momento hubiera encontrado la maligna sonrisa de Gertrudis, no podemos decir á qué extremo habria podido llevarle su desesperacion.

Pero Gertrudis le volvia la espalda y se entretenia en arreglar la mesita del mercader de ropas.

La señorita de Audemer no participaba de la turbacion de Frantz, y ni aun siquiera notaba esta: guardaba silencio; pero era porque su corazon latia con violencia. Veiale salvado del gran peligro de la víspera, y salvado tambien de este otro peligro que el embarazo de Gertrudis le habia hecho temer. Hacia mucho tiempo que le amaba. Habianse encontrado en la época en que Delisa salia de la pension al mundo del oro. No tenemos ni motivos, ni deseos de hablar mal de los jóvenes herederos de la Bolsa, son nuestros señores: solo diremos que Frantz no se les parecia.

Entre todos estos hermosos jóvenes, de los cuales el que menos tenia un valor mercantil de quinientos á seiscientos mil francos, poco lugar ocuparia el pobre niño. No tenia ni caballos ni jockey, ni aun esa cosa comun que los mismos mulatos se dan: un nombre, un titulo, un miserable cuartel de escudo!

Estaba exactamente en aquella posicion precaria de las pastoras antiguas que se casaban con reyes: no tenia mas que su buen cora-

zon y su linda figura.

Y tambien algunas otras cosas que no sabemos describir exactamente; un encanto y una distincion innatas, una dulzura, un orgullo, un dón, un no sé qué, que agrada y que impone.

Cuando se habla de caballos, los *gentlemen* llaman á esto la *sangre* ó la raza.

La naturaleza de Delisa era amar todo lo que es noble. Un aire distinguido le llamaba la atencion; ella misma era el tipo encantador de esas gracias sencillas cuyo secreto solo guarda la verdadera aristocracia.

No habia en ella ni un átomo de coqueteria en el sentido vulgar de la palabra. Nada ocultaba, nada fingia. Una palabra escuchada por casualidad no ponía en su mejilla ese rubor que quiere ser una enseña pudorosa, y que lo indica en realidad es mucha ciencia. Sus hermosos ojos de limpidas y tranquilas miradas jamás recurrían á velarse con sus párpados. Tanto en su fisonomia como en el fondo de su corazon todo era natural y puro.

No sabia representar ese viejo papel cargado de necesidades y de mentiras que la rutina impone á las jóvenes: siempre era la misma, es decir, graciosa, decente y digna.

En el mundo á que su madre la habia conducido, habia ciertamente muchas señoritas encantadoras y muchos jóvenes llenos de seducciones: pero Delisa, sea porque fuese muy di-

facil, bien porque tuviese un gusto desgraciado no habia encontrado mas que á dos seres á quienes dar su simpatia: Lia de Geldberg que era buena y sencilla como ella y Frantz.

En todos los demas no habia visto mas que hermosos ojos, buenos colores, bonitos trajes, graciosos vigotes y lindos chalecos.

Aun no tenia la experiencia necesaria para distinguir lo verdadero de lo postizo...

El pobre Frantz habia sido atraido por ella en medio de esta rica multitud. Sea que la educacion y las circunstancias hubiesen empañado en ella esa fina flor de raza de que hablábamos hace poco; le habia separado del conjunto de esos buenos caballeros, que se esfadan cuando se les llama por el nombre de su padre. En medio de su loco aturdimiento habia sentido instintos de un honor caballeresco.

Se habian amado al mismo tiempo, pero sin decirselo. Sus declaraciones se habian cruzado la tarde anterior; pero esta era ya una alianza antigua, hacia muchos meses que estaba hecho el cambio de sus corazones.

Hemos dicho que habia entre sus rostros una semejanza bastante grande y que se hacia muy notable cuando por casualidad sus fisonomias espresaban el mismo sentimiento. En la parte moral no habia entre ellos mas relaciones que la igual franqueza de sus corazones. Sus caracteres, sin ser opuestos en nada se parecian. Frantz era vivo, petulante, osado; Delisa era

mas bien pacífica y tímida; Frantz llevaba la alegría hasta la locura, Delisa era seria. Bien cierto que Dios no ha hecho los caracteres humanos segun las reglas del arte poética. El hombre se transforma incesantemente, segun las circunstancias. Las cualidades que hemos notado en Frantz y en Delisa podian variar como todas las cosas hasta el punto de sufrir una trasformacion completa.

En este momento por ejemplo, en que Delisa traspasaba los límites de las consideraciones mundanas; la jóven no experimentaba ningun sintoma de cortedad. Estaba entregada completamente á su alegría, mientras que Frantz, el atrevido page, perdía la cabeza en fuerza de estar desconcertado.

Y á medida que el silencio continuaba, su angustia pueril le estrechaba mas y mas el corazon.

—Señorita, dijo al fin balbuciendo y á medio abrir los párpados; nada de lo que podais decirme igualará á los cargos que me hace mi conciencia. Soy un loco! por piedad no me mireis como un débil!...

Gertrudis escuchaba y trataba de no reirse, á lo cual le ayudaba el semblante profundamente desconsolado del pobre Frantz.

En cuanto á la señorita de Audemer, hubiérase dicho que no habia oido nada.

Conservaba la mano de Frantz entre las suyas y le recorria de pies á cabeza con una dulce mirada.

—Frantz, dijo al fin en voz baja y dejando á sus ojos espresar todo lo profundo de su emoci6n; soy muy feliz en volver á veros.

Habia tanto amor en estas sencillas palabras que la loca vergüenza de Frantz se desvaneci6 como por encanto. Ya no pens6 en su imaginario crimen, y se rehabilit6 á si propio en el fondo de su alma.

Alzó al fin sus ojos sobre Delisa, y toc6 con sus lábios la dulce mano de la jóven.

Delisa se sonreia; estaban muy cerca el uno del otro y se hablaban sus felices miradas.

Gertrudis sin saber por qué sintió ruborizarse. Por un movimiento irreflexivo atraves6 la habitacion con furtivo paso como queriendo retirarse á la sala inmediata.

Frantz quizá, sin saber por qué, la seguia con la vista y se alegraba de ello.

Pero en el momento en que la bordadora iba á atravesar el umbral, Delisa se volvi6 hacia ella.

—Quédate, mi buena Gertrudis, dijo con voz dulce y tranquila; no estás demas entre nosotros.

## CAPITULO XII.

## La conferencia.

=

**C**ertrudis fué á buscar su bordado, y volvió á sentarse junto á la mesa donde trabajaba su padre.

Delisa y Frantz se sentaron uno junto de otro. Las últimas palabras de la senorita de Aumeder, pronunciadas sin ninguna afectacion

y que hubieran podido interpretarse como una muestra de confianza dada á Gertrudis, imprimian á la entrevista cierto carácter grave. Podia ser aquella, desde aquel momento, una conversacion íntima; pero no una conferencia. Habia bastado á Delisa una palabra para quitar á la situacion la apariencia dudosa y ambigua que habia tomado. La sencillez, ese altivo y dulce encanto, era en manos de la jóven un talisman.

Y su grave fisonomia no espresaba ni inquietud ni turbacion: fijábase su mirada en Frantz con ingénua bondad, y si se detenia en sus lábios alguna palabra, era la secreta oracion dirigida á Dios que la hacia feliz.

Puede que Frantz hubiese deseado una cosa mas novelesca: experimentaba una sensacion en que se mezclaban una gran sorpresa y el despecho de ver escapársele sin cesar el misterio. Todo lo aclaraba Delisa; bastala que pusiese el pié en un camino para que de alguna manera se convirtiera en el recto. Nada como sus dignas y francas palabras, la aventura perdía su apariencia de atrevida. Habia alli una linda jóven que sonreia con un abandono lleno de ternura, y sin embargo Frantz sentia que su atrevimiento desaparecia. La soledad de aquella pobre habitacion inspirábale un temeroso respeto, que puede que no hubiera experimentado bajo el imperio de la mundana etiqueta.

Delisa fué tambien la primera en romper el silencio.

—No me hubiera figurado encontraros aqui Frantz, dijo; si lo hubiera creido, hubiera venido del mismo modo.... porque deseaba y tenia necesidad de veros.

—Qué buena sois!... murmuró el jóven.

Era tan baja su voz que no podia llegar á ser oida por Gertrudis. Esta permanecia presente á la conferencia.

La voz de Delisa, por el contrario, elevábase tranquila y sonora.

—Descaba veros, replicó, porque me habeis obligado ayer á leer en el fondo de mi corazon... Hace mucho tiempo que sé vuestro amor, Frantz, y hace mucho tiempo que sospechaba el mio... pero me esforzaba en dudarlo aun.

—Tan grande desgracia es amarme? preguntó Frantz en tono de reproche.

Los grandes ojos azules de la señorita de Audemer tomaron una espresion seria y pensativa. Apagose en su lábio la sonrisa.

—No lo sé, respondió bajando involuntariamente la voz, soy muy jóven y no conozco la vida... y vos, Franz, no sois todavia un niño?

Esta palabra suena siempre mal en un oido de veinte años.

Frantz dirijió disimuladamente una ojeada hácia Gertrudis, para ver si habia oido.

La bordadorcita disimulaba una maligna

sonrisa bajo el aspecto mas sério. Movia su aguja con presteza, y sus largas pestañas negras ocultaban á medias el vivo destello de sus ojos.

Desde que Delisa habia entrado en la habitacion del ropavejero, el inesplicable ruido que percibió Juan Reignauld en la escalera y del que hemos hablado ya muchas veces, habia cesado. En este momento comenzó de nuevo pero tan tímido y débil que no pudo escitar la atencion de los dos amantes.

Solo Gertrudis lo oyó, levantó vivamente la cabeza y púsose á escuchar.

—Partia el ruido del ángulo de la habitacion próximo al tabique de la primera pieza en el que estaba colocada la cama de Hans Dorn.

Era un sordo y antiguo chirrido, que parecia salir del pequeño espacio que separaba el lecho de la pared. Hubiérase dicho que un invisible trabajador minaba el muro exterior.

Gertrudis escuchó un momento inquieta; despues como la conversacion de los dos amantes llamaba nuevamente su atencion, y dijo para si: nada tiene esto de estraño, pues en el Temple hay de todas clases de oficios. El ruido provenia sin duda de la casa vecina...

—No lo se, prosiguió Delisa, meneando lentamente su linda cabeza, y si queria hablaros; Frantz, era para saberlo.... Lo que ayer

os dije es la verdad, os amo... pero ¿qué podemos esperar?

La fisonomía de Frantz brilló en aquel momento.

—Ayer, replicó, en medio de mi alegría esta pregunta me hizo muy desgraciado, porque nada hubiera podido responderos allí... Pero si supiéseis, señorita, cuánto ha cambiado hoy todo! Cuánto parece prometerme el porvenir.. Mas es esta una larga historia.....

—Y yo tengo muy poco tiempo, interrumpió Delisa.

—Nuestra buena Gertrudis lo sabe todo, continuó Frantz; le he contado mi secreto y os lo podrá decir.

—Gertrudis y vos, preguntó la señorita de Audemer, dirigiendo á la hija de Hans Dorn una mirada amiga, sois pues antiguos conocidos?

—Oh! sí.... principió Frantz atolondradamente.

Despues se detuvo, desconcertado, pues la graciosa bordadora prorrumpió en una franca carcajada.

—Oh! sí, repitió ella, nuestro conocimiento no es de semanas, ni de meses, sino de años.

—Y yo no lo sabia! interrumpió Delisa.

—Ni yo! exclamó Gertrudis, ni el caballero Frantz tampoco, yo lo aseguro.... Ayer nos

hemos visto por primera vez.

Franz estaba encarnado como una cereza: él no había creído mentir, Gertrudis le había parecido una antigua y fiel amiga.

—Y ya con confianzas? murmuró Delisa admirada.

—Oh! dijo Gertrudis, han pasado tantas cosas desde ayer!... El caballero Frantz ha estado en peligro de morir.... Y esto puede contarse por diez años, señorita.

Al pronunciar estas últimas palabras, el acento de la jóven se tornó sério y conmovido.

Después bajó de nuevo los ojos sobre su bordado.

Delisa hubiera querido abrazarla.

Frantz estaba aun turbado por su inentirra involuntaria.

—Por mi honor, dijo, que no he querido engañaros, Señorita....

Yo no he conocido otros amigos que Gertrudis y su padre.... Creo que me han amado siempre como me aman, y si os he engañado, ha sido muy á mi pesar.

—Gracias, mi buena Gertrudis, murmuró Delisa; ignoraba que te era deudora de tanto agradecimiento.

—Pero ahora tendré amigos; repuso Frantz súbitamente.... quiero decirselo todo en dos palabras, Delisa; soy rico y noble.

—De veras? murmuró la jóven admirada.

—Y el mas querido de mis bienes, continuó Frantz, es el de haber obtenido vuestro amor cuando era pobre y sin nombre!

Hab'aba con una conviccion tan profunda y el sentimiento que espresaba era tan propio de un hombre libre de repente de la desgracia que Delisa no tuvo el menor género de duda.

Gertrudis, por el contrario, á pesar de su ignorancia, sentia vagamente todos los obstáculos y toda la incertidumbre que existian entre la posicion real de Frantz y lo que él esperaba. Su corazon se angustiaba de verle tan confiado. Una voz se levantaba en su interior que respondia á estos trasportes de alegria con eco funesto: infeliz!

Ella, tan vivaracha de ordinario, no sabia por que estas palabras de alegria sonaban falsas en su oido y la ponian tristes.

—Teneis razon, Frantz, dijo la señorita de Audemer, os amé pobre y os hubiera amado siempre.... Mas bendito sea Dios! pues yo no hubiera desobedecido á mi madre y hubiéramos sido muy desgraciados.

Frantz se frotó las manos como si el recuerdo del peligro evitado hubiese redoblado de pronto su contento.

—Dios mio, dijo con profunda lástima, á su situacion del dia anterior, verdaderamente no sé como tenia la presuncion de esperar!... érais vos, Delisa, la que sostenia mi

valor; conocia vuestro corazon; sabia que no habia en vos mas que nobleza y bondad... No pensaba en mi miseria, loco de mi! no se me ocurría la idea de la vizcondesa por que solo en vos pensaba .. Pero ahora, añadió con gravedad, es preciso ver las cosas con seriedad... Desde que de vos se trata, Delisa, conviértese la ligereza en crimen. Escuchad! necesito algunos dias aun para conocer el nombre de mi padre; hasta tanto permaneceré prudentemente retirado, y esperaré á tener una completa certidumbre para presentarme á la señorita vizcondesa de Audemer.

Esto era acertado. Delisa hizo un signo de aprobacion.

—Y creereis, repuso Frantz, que presentándome con mis titulos y mi fortuna, estoy espuesto á sufrir un desaire.

—Mi madre es buena, respondió Delisa; le diré que os amo.

Frantz oprimió con sus labios la mano de la jóven.

Cada vez que oigo desprenderse esa palabra de vuestra boca, dijo, tengo miedo de soñar con demasiada felicidad... y sin embargo es bien cierto que estais ahí! Todo lo que veia en la locura de mis desvarios, lo ha realizado Dios!... oh! qué bella sois Delisa, y cuánto

amo la vida!... Somos jóvenes, nuestro porvenir es tan largo como un siglo, y ni una nube! por do quiera vuestra linda sonrisa! nada mas que felicidad!...

Detúvose; tenía henchido el corazón. Falta-ban palabras á su entusiasmo. Por un mo-mento, permaneció silencioso y abstraído; con-templando con adoración á Delisa.

Contemplábalo también la joven; arrebatada y convencida. No ocurría á su encantada imaginación duda alguna. La contagiosa ilu-sion habiase comunicado del alma de Frantz á la suya, y su imaginación enagenada era me-cida por encantadoras fantasmas. No pensaba en preguntar; todo lo creía.

Era tan feliz creyéndolo!

Habíanse acercado sus sillas no sabemos co-mo. Estaban próximos uno de otro: casi to-cábanse sus semejantes facciones: los rizos de sus rubios cabellos mezclaban sus ondas ami-gas; era este un cuadro apacible como la son-riente esperanza de la adolescencia.

Se les hubiera creído á primera vista herma-no y hermana.

—Pero la helada mirada de Frantz, ocul-taba ardientes reflejos, y había mucha pasión en aquella dulce fatiga que hacía lánguida la pupila de Delisa. Descubriase el amor, el jó-ven y encantador amor que todo lo adorna y

que sabe hacer más bella hasta á la misma belleza...

Semejante á la flor que abierta á la sombra y encarecidamente admirada encuentra nuevos y desconocidos matices, si penetrando repentinamente el sol por entre el follage llega á tocar uno de sus rayos de oro su virgen corola...

Gertrudis no se atrevia á mirarles. Tenia encendida la frente y le pesaba el corazón.

El ruido continuaba lento y uniforme en el hueco de la cama de Hans Dorn.

—Os acordais, Delisa, dijo Frantz con lentitud, de aquel baile en que os vi por la vez primera?... Me pareció que defallecia todo mi ser, y cuando oí el metal de vuestra voz, creí que iba á morir... entonces era yo un niño, y jamás me habia atrevido á mirar á una mujer... sabeis por qué os amaba?

—Y sé yo porque escuchaba temblando vuestras primeras palabras?... murmuró Delisa.

—Aqui hay una cosa extraordinaria! replicó Frantz, yo os hubiera amado sin esto, porque un amor como el mio, no puede nacer sin la voluntad de Dios... pero os pareceis tanto á mi madre...

—A vuestra madre? dijo Delisa.

—Yo no la he conocido, prosiguió Frantz

moviendo la cabeza con tristeza; pero tengo su retrato colgado á la cabecera de mi cama como una imágen sagrada.. por mucho tiempo fué mi único amor.. Cuando os vi, Delisa, me pareció ver á mi madre... hasta entonces no la habia comparado mas que á los angeles, y la vi representada en vos... era la misma belleza tranquila y serena, la misma dulce franqueza, la misma mirada que descubria el mismo corazon... vamos, Delisa, era nuestro destino! Desde aquel dia, vuestra imájen está grabada en el fondo de mi alma, y cuando llegaba la noche sin haberos visto, os contemplaba en el retrato de mi madre...

Se detuvo para sonrir. Delisa tenia los ojos húmedos.

—Oh! ciertamente, exclamó Frantz con alegría, yo no pensaba en aquel tiempo en los obstáculos que nos separaban,.. no pensaba mas que en encontraros hermosa y en adoraros desde lejos... y no soy feliz, Delisa! no he visto el peligro, hasta el momento en que mi buena estrella me daba una victoria fácil... Muchas veces oí decir que el caballero Reignauld habia obtenido de la señora de Audemer la promesa de vuestra mano; pero evocaba por el recuerdo vuestra frente pura, vuestros grandes ojos azules y la divi-

na aureola de que os veia rodeada en mis sueños; tambien vuestros hermosos cabellos Delisa, que forman un dulce marco á vuestra mejillas; todo esto lo comparaba con el rostro grotesco del caballero Reignauld y decia para mi; esto es imposible...

—Frantz se interrumpió otra vez; bajó los ojos y se puso pálido!

—Dios mio! murmuró estremeciéndose.... Parece que esto es imposible!... Pero por qué entristecerse? añadió sacudiendo la melancolia que se apoderaba de él!

—Delisa. Delisa! nada tenemos que temer! No lo sabeis todo; vuestro hermano es amigo mio; dentro de algunos dias, cuando haya averiguado el nombre de mi padre, me presentaré á la señora vizcondesa de Aude-mer, bajo los auspicios de Julian.

Delisa no respondió, pero habló por ella la alegría pintada en su rostro. En el fondo de su alma daba gracias á Dios.

Tan confiada estaba como Frantz. Cada palabra de este le sacaba de una duda. Al entrar en casa de Hans Dorn, apenas tenia una vaga esperanza; ahora le parecia imposible temer.

El tiempo pasaba. Delisa olvidaba á la vieja Mariana que esperaba en el coche; lo olvidaba todo, y se dormia en la tranquilidad de su dicha.

Frantz le habia pasado un brazo al rededor de la cintura, la cabeza de Delisa inclinada y pensativa, se apoyaba dulcemente en el hombro de Frantz.

Así hubieran podido permanecer muchas horas, porque un instinto secreto apartaba de ellos la idea de separacion. Gertrudis fué quien los sacó de su estásis.

La linda bordadora acababa de concluir la esclavina que era el motivo de la visita de la señorita de Audemer. Al acabar la última flor, le pareció que se hacia mas fuerte y mas cercano el ruido que habia escuchado junto á la cama de su padre.

Se acercó en silencio y metió la cabeza entre las cortinas. El lecho, contra el cual apoyaba su cadera, rodó bruscamente y fué á chocar contra la pared.

El ruido cesó....

Gertrudis permaneció escuchando un instante junto á la cama de su padre, volvió en seguida hácia los dos amantes, que no habian hecho alto en ella, y hechó con ademán festivo la esclavina sobre los hombros de Delisa.

—Hé aqui un pretesto para vuestra larga visita, señorita, dijo: habreis tenido que esperar á que concluyese vuestro bordado con el objecto de llevarlo.

—Delisa volvió en sí temblando.

—Pues hace tanto tiempo que estoy aquí? murmuró.

—Un cuarto de hora, dijo Frantz.

—Una hora larga! exclamó Gertrudis: pero qué os parece esto, caballero Frantz.

Frantz tocó aquel encantador y delicado trabajo.

—Magnífico! respondió.

—Eres una hechicera, Gertrudis dijo la señorita de Audemer admirando el bordado; pero destesto esta esclavina, añadió con un profundo suspiro.

—Y porqué?

—Porque me hace pensar en esa fiesta de Alemania, en ese viaje tan largo.

—Pobre caballero Frantz! dijo Gertrudis, quince dias de ausencia:

Frantz no comprendia nada.

Gertrudis arreglaba los pliegues de la esclavina con la coqueteria de un autor que lee su propia obra.

—Acabo de saber que van á hacerse las invitaciones, prosiguió Delisa, la partida seguirá segun se dice, á la invitacion.

—Y os es absolutamente preciso ir á esa fiesta? preguntó Frantz.

—Mi madre cuenta los dias hace un mes, respondió la jóven; hemos aceptado de ante-

mano y están hechos los preparativos.

—Se dice que la fiesta será hermosa, murmuró Gertrudis con un acento que revelaba una poca de envidia.

—De buena gana te cedería mi puesto, replicó Delisa. Esos días me serán muy penosos, y no puedo pensar en ellos sin horror. No tendreis tiempo Frantz de aquí á allá para recibir buenas noticias que os den acaso con mi madre... vá á marchar con todo el deseo de verme casada con el caballero de Reignauld... y en medio de esa familia de Geldberg...

Frantz tenia inclinada la cabeza, y la levantó con viveza.

—La fiesta será en el castillo de Geldberg? dijo.

—Si, contestó Delisa y como podeis adivinar, estaré fastidiada, atormentada,.. Si al menos fuese como en Paris, y pudiese veros alguna que otra vez, esto me daría valor.. pero estaré sola!

—No, la interrumpió Frantz, con tono decidido, allí será mejor que en Paris, y me vereis todo lo que querais... Espero seguiros al castillo de Geldberg.

Gertrudis le miró sorprendida.

—Qué locura! dijo la señorita de Audemer, en vuestra posicion con respecto á los Geld-

berg no podeis esperar ser convidado.

Frantz se ruborizó, pensaba en Sara.

— Seré convidado, sin embargo, replicó, y os doy mi palabra de que me vereis en la fiesta.

— Lo hará como lo dice, señorita! exclamó Gertrudis con tono en que la sencilla admiracion se mezclaba con la burla; desde que es rico el caballero Frantz é hijo de un principe, os prometerá si quereis, saltar el Sena á pies juntillos... y quien sabe si cumplirá su promesa! añadió de repente bajando la voz bajo la impresion de un supersticioso recuerdo; está rodeado de cosas muy estrañas y cuando se reflexiona lo que le ha sucedido desde ayer, no se sabe ya qué pensar.

En este momento llamó Juan Reignauld por primera vez á la puerta de la escalera.

Gertrudis no oyó. Juan se vió en la necesidad de repetir el golpe dos ó tres veces. Cuando la jóven se apercibió de ello, se dirigió hacia la habitacion de la entrada cerrando la puerta de la en que estaban los dos amantes.

Este debe ser Hans Dorn. Gertrudis no estaba turbada porque su conciencia no le hacia ningun cargo. Abrió la puerta sin vacilar y presentó la frente al beso de su padre.

El pobre Juan no pensó en aprovecharse de la ocasión.

—Mil perdones por venir á veros á esta hora, señorita Gertrudis, dijo permaneciendo en el umbral de la puerta; pero tengo que pedir os un gran favor.

Tenia el pobre Juan un aire mas tímido aun que de costumbre y el movimiento involuntario que hizo Gertrudis al reconocerle habia redoblado su embarazo. Habiendo dejado á Hipólito en la plaza de la Rotonda, soñaba en jugar, en ganar y en sacar á su madre que tanto amaba; la elocuencia del favorito de Mad. Batailleur le habia electrizado.

Gertrudis se ruborizó y vaciló. Parecíale que el murmullo de la conversacion de los dos amantes debia llegar hasta los oídos de Juan.

Para esplicar el ruido de estas voces le hubiera bastado decir que habia vuelto su padre pero no sabia mentir.

=No, respondió.

Serenóse la fisonomía de Juan.

=Entonces no está todo perdido, exclamó; mi buena señorita Gertrudis, toda mi esperanza está en vos... quereis prestarme hasta mañana un pantalon, un chaleco y un frac de caballero?

—Para qué? preguntó Gertrudis sorprendida.

Juan no respondió.

Gertrudis se acordó que estábamos en lunes de carnaval.

—Querreis ir al baile? preguntó con creciente sorpresa.

Juan levantó hácia ella sus tristes y húmedos ojos.

—Al baile... repitió.

Pero ya hacia cuatro ó cinco minutos que no escuchaba las entusiastas palabras de Hipólito. Su ardor se resfriaba y su timidez volvía.

Por punto general la benigna y cordial acogida de Gertrudis ponía muy pronto fin á la cortedad del tocador de órgano. Pero Gertrudis estaba en esta ocacion casi tan turbada como él.

Juan sufrió el choque de esta turbacion. Habia comenzado á espresarse con el rubor en la frente pero, con la voz libre; despues de algunas palabras, su frase se embrolló, se puso balbuciente y no dijo mas...

Decidme pronto lo que quereis, Juan, murmuró Gertrudis, estoy de prisa.

El tocador de órgano tuvo grandes deseos de marcharse, y para retenerle fué necesario el pensamiento de su anciana madre.

—Ha venido ya el señor Dorn? preguntó muy bajo y con los ojos fijos en el suelo.

Habia en esta palabra tan dolorosos reproches, que Gertrudis tuvo como un remordimiento.

—Juan, mi pobre Juan, dijo tomándole las manos; yo estoy loca!... pero qué quereis hacer con un traje de caballero á semejante hora de la noche?

—Juan movió la cabeza y volvieron á bajarse sus párpados.

—Mejor hubiera querido que no me preguntáseis nada, señorita Gertrudis, replicó; porque quizás me direis que hago mal... pero bien sabeis que nada sé ocultaros, y si quereis escucharme, voy á deciroslo todo...

Los ojos de Gertrudis espresaban una gran curiosidad.

Pero promovióse en este momento en la habitacion de Haus Dorn, un ruido de sillas que se mueven. Al cabo de dos ó tres segundos habia la jóven olvidado á Frantz y Delisa. Cambióse su fisonomia.

—Os creo, os creo, mi buen Juan, dijo precipitadamente: qué necesidad tengo de saber?... Esperadme aqui un momento que os voy á traer lo que me pedis.

—Sin embargo, repuso el tocador de órgano, si deseais conocer.

—No, no, no! dijo por tres veces la jóven Esperame aqui: vuelvo.

Ganó con viveza la puerta de la habitación de su padre, pero antes de abrirla, detúvose indecisa.

Seguíala la mirada de Juan impregnada de gratitud y de amor. Esta mirada era la que la detenía; porque en el cuarto de Hans Dorn había luz, y Juan iba á ver á los dos amantes si abría la puerta.

Y entretanto era menester no perder tiempo.

Ocurriósele un medio cándido como su alma é infalible con respecto á la naturaleza obediente del pobre tocador de órgano.

—Escuchad, Juan, dijo, dándose un tono solemne; voy á buscar los vestidos que me pedis: pero es necesario que volvais la espalda á esta puerta... en esta habitación hay una cosa que no debéis ver.. el secreto de mi padre.

Juan se volvió al instante hácia la escalera quedándose á oscuras porque Gertrudis se llevó la luz.

Gertrudis se apresuró á pasar á la habitación de Hans, cuya puerta creyó haber cerrado tras de sí; pero había quedado entreabierta.

Asidos de las manos charlaban Frantz y Delisa. Apenas vieron á la jóven atravesar la pieza para dirigirse hácia el gabinete de

que Hans Dorn había tomado por la mañana la ropa de Frantz.

Gertrudis colocó la luz sobre un cofre y se puso á buscar un vestido que le viniese á Juan.

Este permanecía en su puesto con la cara vuelta hácia la sombría escalera y sin acordarse de penetrar el secreto de Hans Dorn. El misterioso ruido escuchado primero por Gertrudis en el hueco de la cama de su padre y luego por Juan Reignauld desde la escalera, no se advertía ahora. Parecía sin embargo á Juan que alguien pretendía abrir por dentro la leñera de Hans Dorn.

Iba á salir para examinar de nuevo y para tratar de descubrir al fin la naturaleza de este ruido, cuando otro incidente llamó irresistiblemente su atención.

La escalera lanzaba al interior de la casa un viento frío y sutil. La puerta que Gertrudis creyó haber cerrado se meneaba y entreataba á cada instante. Por ella llegaban hasta los oídos de Juan ciertos cuchicheos vagos.

Primero fué un confuso murmullo, y luego creyó Juan distinguir la voz de un joven.

Un movimiento de celos le hirió el corazón; sus ojos ardían, sintió correr el frío

por sus venas y tuvo necesidad de toda sus fuerzas para no volverse y hechar una mirada hácia atrás.

Resistió sin embargo y permaneció inmóvil. En vano buscaba Gertrudis entre los numerosos despojos hacinados en el gabinete un vestido conveniente y completo. Estaba impaciente, y como siempre sucede la impaciencia lejos de adelantar, retardaba el negocio.

Juan Reignauld escuchaba siempre detras de si aquellos cuchicheos acusadores. Subiale la fiebre al cerebro y visiones que causaban celos pasaban por delante de sus ojos.

En un momento en que defallecia su voluntad y en el cual solo estaba contenido por un vago instinto de docilidad creyó escuchar el ruido de un beso.

Saltó como si un vivo aguijon le hubiese penetrado en las carnes. Se volvió, y sus ávidos ojos penetraron en la habitacion de Hans Dorn.

Vió una rubia cabeza de jóven que se inclinaba sobre una blanca mano y oyó un segundo beso.

El rostro del jóven le llamó la atencion; él lo conocia, pero sin poder decir en aquel momento donde le habia visto. El de la muger se ocultaba detras del tabique; pero Juan

no tenia necesidad de verla; para él, no podia ser otra que Gertrudis....

Una corriente de aire en sentido inverso volvió á cerrar la puerta. Juan se volvió maquinalmente, y tomó la posicion que se le habia mandado.

Ya no pensaba en nada. Estaba como un hombre que experimenta de pronto una gran desgracia.

=Tomad, Juan, dijo Gertrudis, que al fin llevaba los vestidos; mi padre va á volver; marchaos al instante, y devolvedme todo esto mañana por la mañana temprano.

Juan no respiraba y guardó el mayor silencio. Sus ojos se fijaron sobre los de la jóven triste y como estupefactos.

=Y bien!.. dijo Gertrudis dándole la ropa.

Volvióse lentamente Juan Reignauld y fijó los ojos en la puerta de la habitacion de Hans que ahora estaba cerrada.

Gertrudis llena de impaciencia, hirió el pavimento con su lindo pie.

=Oh! Gertrudis! Gertrudis! murmuró Juan juntando las manos con ademan suplicante; os lo suplico, tened piedad de mi.

Gertrudis no comprendia el motivo de esta repentina angustia, y Delisa le habia dicho pasar que queria retirarse.

Puso el lio de ropa en las manos de Juan

y le impelió festivamente hacia la escalera.

Y en seguida cerró la puerta detras de él.

Juan bajó los escalones uno á uno segun el impulso que habia recibido y con el movimiento de un autómeta.

Cuando llegó al patio, cubrió con sus manos su encendido rostro. Un pensamiento acababa de brillar en la oscuridad de su cerebro; tuvo un recuerdo.

Y era que en aquel mismo sitio en que se hallaba, habia visto por la primera vez á aquel hermoso jóven y Gertrudis estaba allí con él.

Levantó la cabeza hácia la ventana iluminada de su casa, y se fué en seguida apretándose el corazon que estaba á punto de desllecer.

Un instante despues, Frantz y Delisa dejaban á su vez la casa de Hans Dorn.

—Dios quiera que vuestras esperanzas se realicen, Frantz, dijo la señorita de Audemer al llegar al umbral de la puerta de la calle; pero que seais feliz ó desgraciado, vuestra prometida... y si no llego á perteneceros, jamás otro hombre me llamará su muger.

La vieja Mariana despertó sobresaltada, en el momento en que Delisa se sentaba junto á ella en los almohadones del coche.

—Que viva es la juventud!... murmuró la vieja, jamás hubiera creído que se pudiera subir y bajar en tan poco tiempo!...

Gertrudis estaba sola en su habitación y preparaba su lecho. Hans Dorn no había vuelto y nadie había ya ni en la escalera ni en el patio. Al cabo de algunos minutos, abrióse lentamente la puerta de la leñera y sin hacer ruido. Una masa negra se deslizó en las tinieblas que bajó arrastrándose la escalera.

Atravesó el patio y despues el portal, para llegar á la plaza de la Rotonda.

La claridad lejana de los faroles de gas, iluminó el rostro macilento del idiota Geignolet.

Tenia en la mano un clavo enorme, casi todo cubierto de yeso.

Se sentó en el suelo con la espalda contra la pared. Sacó de su bolsillo el guñapó que le servia de pañuelo y se enjugó la frente. Despues midió con la vista la parte del clavo blanqueado por el yeso.

—Es muy duro! murmuró, y me he lastimado las manos!... pero ya es muy profundo el agujero!

Y se puso á aguzar la punta del hierro contra las losas.

Bien pronto unió á los chirridos del me-

tal su ronco y monótono canto.

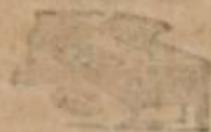
Las primeras palabras de la copla, se perdieron en un murmullo sordo y confuso; despues alzó la voz, y pudo escucharse lo siguiente:

He visto al viejo Hans Dorn abrir su armario  
Y en lo mas alto de todo poner la caja!...  
Ya mañana estará el agujero,  
Y yo sé dónde están las monedas;  
Que aventura tan buena! tan buena!!!



## CAPITULO XIII.

## La casa de juego.



**L**a casa de juego de la señora baronesa de Saint-Roch, situada en la calle Prouvaires, era un garito de mediana clase donde se hacia sentir con frecuencia el ruido de los mercados y de la calle Saint-Denis.

Para llenar los salones, la señora baronesa se veía precisada á recibir gentes de escasa valía, lo cual es una desgracia para una persona de su clase.

Abria su casa á cajeros disipados, á cómicos perversos, á comerciantes en pequeño, malos y tímidos sujetos que escatimaban con el vicio y contaban con la pasión.

Felizmente, la vecindad del palacio real le suministraba un núcleo de parroquianos muy acomodados: forasteros de provincia, señores de aventura, y extranjeros en fin, presa envidiable que todos los garitos se disputan.

Seguramente que es muy doloroso para un caballero que se titula el Señor Conde, sentarse mano á mano junto á un tenedor de libros de la calle Lombard; pero son muy raras las casas de juego montadas bajo cierto pie, y la policía tiene el diablo en el cuerpo. No hay medios de escoger. Pasaron los felices tiempos de la rolina, y el jugador que es naturalmente filosófico, vislumbra con un corazón estóico, el momento en que el rey de Oros perseguido, irá á ocultar su cabeza proscripta al apartado barrio de Sanit-Marceau.

Si es necesario seguirle, hasta los Lasareros de la Bievre, le seguiremos. En nuestros días no existe mas que esa dignidad real que pueda encontrar en el destierro un ejército de fieles.

La casa de la calle Prouvaires estaba lejos

de estas estremidades. En atencion á lo desgraciado de los tiempos, podia pasar por un establecimiento muy regular en donde se jugaba fuerte. Si se encontraban en él cortadores, tampoco faltaban marqueses ni mugeres bonitas. Y además, habia una circunstancia de eminente seguridad; y era que la señora baronesa de Saint-Roch, jamás habia tenido que hacer con la policia.

Como puede adivinarse, era viuda, y viuda de un hombre muy considerable. Habia experimentado grandes desgracias. Una série de lamentables desastres la habia reducido á la posición en que se encontraba ahora; que ciertamente no se habia hecho para ella.

Ah! si los muertos pudiesen ver lo que pasa sobre la tierra, de cierto el baron de Saint-Roch seria un muerto muy desgraciado! Al menos, su noble viuda guardaba en medio de la afliccion en que la suerte injusta la habia colocado, toda la dignidad posible. Los ayudantes de que se rodeaba merecian mucha consideracion; su brazo derecho, el banquero de treinta y cuarenta, no era nada menos que M. Navarin, antiguo oficial superior al servicio del rey de los griegos, condecorado sobre un campo de batalla ilustre, por la propia mano de uno de los mas gloriosos Helenos: el gran Kolo kopoulo!

Todavía no hemos tenido ocasion de hablar de M. Navarin: en esta ocasión á la baronesa de

Saint-Roch, ya la conocemos bajo el nombre de Josefina Batailleur, mercader de *frivolidades* en el Temple.

Ademas de M. de Navarin la Batailleur habia tenido el socorro y los consejos de una persona, eminentemente á propósito para esta clase de negocios; la señora de Laurens se habia mezclado en todo, y en todo se conocia la esperiencia de su mano.

Nada anunciaba por fuera, la industria que se ejercia en lo interior. La casa tenia una apariencia sábiamente modesta, y apenas tenian lugar los vecinos para dudar de lo que pasaba tan cerca de ellos.

Entrábase por la calle de Prouvaires pero habia otra salida que daba al mercado de volateria. La escalera, ceremoniosamente iluminada, no prodigaba ese gas acusador que es como una enseña en los lugares públicos. Llegábase al primer piso despues de haber dado al portero, discreto y pagado, el nombre de la señora baronesa.

En la puerta se recibia por un anciano doméstico de rostro venerable, frente calba, librea gris y benigna y patriarcal sonrisa.

Este buen hombre era el fiscal del establecimiento: recibia á los buenos y despedia á los sospechosos, y estos quedaban persuadidos de que habrian dado algun paso en vago.

¿Un anciano tan respetable, podia ser el cancerbero de un garito?

Es necesario tener buenos muebles. Sara era quien habia escogido este servidor precioso.

Desde el umbral no se escuchaba ningun ruido, sino alguna que otra vez un murmullo confuso, cuando la voz de los jugadores se levantaba por casualidad, por encima del diapason ordinario.

Y esto era raro, porque una severa consigna era la ley del salon y ordenaba arruinarse muy callandito. Pero aun en este mismo caso las voces perdian su estrépito al atravesar las macizas puertas y llegaban al oido del profano como un dulce eco de conversaciones cortes.

Tampoco se escuchaba el resonar del oro, ni aun la monótona charla del banquero ayudando al juego con esas palabras sacramentales que por punto general, hieren el oido desde que se abordan las avenidas de un garito.

Una vez admitido se entraba en una antesala rodeada de perchas y de vaseras; y despues de la antesala habia un salon pequeño en el cual estaban reunidas, algunas damas jóvenes y en su favor parte Lonitas, como para pasar la noche.

Tal vez era esto un engaño para la policia en caso de necesidad; tal vez era otra cosa.

En la tercera pieza habia una mesa de sa-canete presidida por un empleado de la casa.

En la cuarta que era la última, un vasto

tapete verde, de forma cuadrilonga, rodeado de una fila cuádruple de aficionados, servia para jugar al treinta y cuarenta.

En esta pieza estaba la señora baronesa de Saint-Roche, y su ministro responsable M. de Navarin, antiguo oficial superior.

Las tres primeras habitaciones estaban amuebladas con bastante sencillez; esta última estaba casi desmantelada. A no ver mas que las paredes se hubiera dicho que era una sala de villar. No habia en efecto, ni cuadros ni grabados, sino solo dos marcos con su pizarra de los que se ven en todos los cafés, y una especie de armero donde habia un par de docenas de tacos; uno de aquellos marcos servia para apuntar los tantos, y contenia el otro el código del juego de villar.

Solo faltaba el villar.

Ademas de esos cuadros cuyo destino no se adivinaba á primera vista habia otras dos particularidades que impedian que esta habitacion se pareciese exactamente á las salas de treinta y cuarenta de los antiguos juegos públicos.

Era la primera un enorme bastidor sobre el cual se estendia un paño verde y que estaba colocado tras de la pared detras del banquero.

A derecha y á izquierda de este bastidor estaban de pie é inmóviles dos lacayos de vigorosa apariencia.

La otra era una especie de cajon enrejado

que rompía desgraciadamente la simetría de la pieza. Figuraba una verdadera habitación que podría contener en el interior dos o tres personas y cerrada completamente por cortinas de seda.

A un lado tenía la pared que sin duda tenía una puerta para dar salida á la parte exterior y al otro la mesa de treinta y cuarenta de la cual no ocupaba el centro ciertamente.

La señora baronesa de Saint-Roch se sentaba siempre entre esa pequeña habitación, y Navarin el banquero, que estaba en medio de la mesa.

Los jugadores estaban acostumbrados á ver á la señora baronesa meter de cuando en cuando su oreja entre las cortinas de seda á fin de recoger palabras que nadie escuchaba á escepcion de ella.

No se veía en el cajon enrejado otra abertura que una especie de boquete en forma de ventana colocado encima de la mesa misma que daba paso á unas blancas manos esparciendo en las diversas suertes el oro y los billetes de banco.

Algunas veces os habian mostrado por esa ventanita manos de hombres.

Nadie, entre los parroquianos de la casa habia sabido penetrar el misterio de esa habitación de que vamos hablando. Se la llamaba *el confesonario de la Princesa*. Ocupábase enormemente de él, y Dios sabe todas las su-

posiciones que se hacian en derredor suyo!

Los jugadores felices la miraban sonriendo como si ocultase alguna divinidad favorable; los degraciados le arrojaban miradas irritadas y le acusaban de su mala suerte. Aquellos que no tenian la supersticion del juego estaban de acuerdo en pensar que habia detras de aquellas cortinas corridas siempre uno ó muchos grandes personages.

Y este enigma que permanecia eternamente insoluble no perjudicaba en nada al tráfico de la casa: por el contrario era un atractivo de mas. Aquella blanca mano que manejaba tantos billetes de banco fascinaba á los mas frios: gente habia que no iba á la casa sino por esa habitacion y cuyas palabras hacian relacion á ella.

Estos veian al traves de las cortinas de seda un rostro encantador, aquellos la vetusta fisonomia de una duquesa millonaria.

Y todos se deshacian por ver realizado su sueño.

Se queria reducir á la princesa, y la historia de Frantz llamado al *confesonario*, probaba al menos que la esperanza de los parroquianos no era del todo una quimera.

Serian como las diez y media de la noche y el personal de la casa estaba muy completa. M. de Navarin, antiguo oficial superior, ocupaba su puesto á la derecha de la pequeña habitacion; á su lado estaba la caja, y mas

allá de la caja el hombre que tallaba.

M. de Navarin era un personaje de dulce y marcial fisonomía. Tenía maneras graves, dignas y corteses, y su modo de echar el anzuelo á la pesca de los luises de oro sobre el tapete indicaba un excelente caballero.

Su empleo múltiple. Además de su importante oficio de banquero que llenaba con general satisfacción, su bigote cano estaba especialmente encargado de imponer respeto á los jugadores turbulentos ó mal avenidos que pretendían discutir sobre las decisiones de la suerte. En caso de alarma tenía también la misión de salvar la patria en concurrencia de los lacayos de librea gris, que detras de él permanecían de pie.

Sara había tenido razón en decir hablando á Esther de su casa de juego, que estaban tomadas todas las precauciones.

—M. de Navarin tenía á la mano un botón de cobre fijo en la misma mesa, y que podemos comparar al resorte de una válvula de seguridad.

La maniohra era muy simple y fácil. Al primer ruido sospechoso los jugadores tenían órden de levantarse; el antiguo oficial superior comprimía el botón que hacía salir á los cuatro lados de la mesa las bandas de un villar. Los dos lacayos levantaban el bastidor tapizado de paño verde que se adoptaba exactamente á las bandas, cubriendo á un tiempo las



puertas, las cartas y los dignos acusadores del verdadero tapete.

En el mismo instante el cajon de que hemos hablado, comenzaba á rodar sin ruido y entraba en una habitacion inmediata, presentando solo su parte anterior que figuraba una puerta enrejada.

Y en lugar de este garito en que el treinta y cuarenta hacia ajitar tanto oro, no quedaba mas que la inofensiva sala de un villar.

Numerosas repeticiones habian adiestrado la mano de los maquinistas; que para hacer su transformacion no necesitaban mas que la cuarta parte justa de un minuto.

Pero como ya hemos dicho, esas sábias precauciones habian sido hasta estonces inútiles.

La casa de la baronesa de Saint-Roch estaba virgen de todo asunto con la policia.

En este momento se estrechaban las filas al rededor de la mesa, y el juego marchaba viento en popa. El oro se deslizaba sobre el tapete y los ajados billetes de banco desp'egaban por todas partes su papel suave y trasparente. El ventanillo del confesonario aun estaba cerrado: la *Princesa* no habia llegado todavía.

La señora baronesa de Saint-Roch en todo el brillo de su magnifico traje, tronaba en un puesto con una verdadera magestad. El hombre que manejaba las cartas, ex-compañero

de Traslati hacia su papel á las mil maravillas, y trastornaba todo el juego en un abrir y cerrar de ojos.

No faltaban caprichosas fisonomías al rededor de la mesa. El demonio del juego las animaba todas con su soplo grotesco y terrible á la vez. Algunos prodigaban puñados de lises con valiente locura, otros echaban tímidamente sobre el tapete el modesto escudo de cinco francos; otros en fin mas prudentes todavía se contentaban con seguir desde lejos la suerte, y apuntaban con cuidado sobre unas cartas el éxito de sus partes imaginarias.

Estos últimos son muy conocidos de cualquiera que haya puesto el pie en un garito una vez en su vida. Son locos, graves y tristes, verdaderos filósofos empeñados en soñar lo posible, en especular con su fantasía y en querer fijar á la inestabilidad misma.

En los buenos tiempos del Palacio Real, eran muy numerosos y ganaban algunos diez francos en la noche: ahora vejetan miserables y decaidos, esperando al Mesias que restaurará la rolina.

Fuera de la señora baronesa de Saint-Roch, no conocemos sino á dos personajes entre esta multitud ávida y atenta.

El autor de vaudevilles amable Ficelle creador de la *botella de Champagne* y su Pylades el señor conde de Mirelune habian entrado alli, como entraban en todas partes, para

matar el tiempo y ocupar á la casualidad su distraccion ociosa.

—Ni el uno ni el otro era jugador, pero el tiempo estaba muy frio y era preciso hacer algo.

Estaban en la última fila, agarrados del brazo como siempre y con el lente en el ojo.

—Con que vos tambien, decia Ficelle; habeis recibido un mensaje del palacio de Geldberg?

—Un mensaje por espreso.

—Y que contiene?..

—Oh! es muy amable!... se trata de esa gran fiesta de que tanto se habla... ya sabeis en el castiilo de Alemania.

—Pardiez!

—Y os convidan tambien.

—Ya lo creo! no han tenido la idea de pasarse sin mi!.. ignoraba que os hubiesen escrito y contaba con presentaros.

—Yo tambien querido, dijo Mirelune un poco picado; de todos modo gracias por la intencion!

—Muy bien! replicó Ficelle, veo que nos han tratado como verdaderos amigos... adivino vuestra carta en atencion á la mia... Se cuenta con vos, no es verdad, para dar á la cosa alguna alegría.

—Si, si, respondió Mirelune, para poner atractivos en todo esto.

—Para animar la fiesta..

- ==Para calentarla..  
 ==Para decir y hacer locuras.  
 —En fin, para distraer á toda esa gente de dinero!

Los dos amigos se miraron y cambiaron un incommensurable bostezo.

Así se adquieren las reputaciones parisien-  
 ses. Nadie bosteza mas frecuentemente que uno de esos necios reputados graciosos por excelencia. El árbol que se cita, el árbol que se celebra por su esflorescencia prematura, el famoso ingerto del 25 de marzo en las Tulle-  
 rias, apenas abre sus botones cuando ya sus oscuros vecinos están completamente floridos.

==Y teneis alguna idea? replicó Mirelune.

—Tengo sesenta!

—Diantre! será necesario que nos entendamos, si quereis; yo no tengo todavia ninguna.

—Las mezclaremos, dijo Ficelle con magnanimidad; primero, será necesario un teatro.

==Evidentemente., y una compañía.

Ficelle se encogió de hombros con un aire de superioridad profundo.

==Se trata de divertir á esa gente, y los pequeños banqueros y los baroncitos querrán mas bien representar ellos mismos que escuchar artistas de Paris... supongamos que haya diez actrices y diez actores improvisados... ya son veinte.

Mirelune no parecia estar convencido.

—Figuraos! replicó Ficelle, qué ocasion para plumas, flores y diamante!.. y ademas los jóvenes llevarán pantalon colan y zapatos de polaina.

—Bueno es esto! murmuró Mirelune, esos se divertirán, pero y los otros?

—Supongamos que los otros sean seiscientos. .. No habrá por una parte mas que veinte elegidos, felices como reyes que ofrecerán sus personas á la admiracion general y seiscientos espectadores contentos como dioses que mordearán á los elegidos de muy buena gana y les declararán burlescos con su equidad unánime.

—Amable, dijo Mirelune, cuando no escribis como teneis el espiritu!.. pero que habrá de representarse?

—Primero *la botella de champagne*..

—Ya eso es muy viejo.

—Yo vario el nonbre de los personajes y le doy un vuevo titulo: *el triunfo del champagne y del amor*,.. que decis á eso?

—Eso es muy trovador, pero muy bonito.. mirad, mirad, ya esta ahí la princesa!

El ventanillo de la habitacion misteriosa se abrió en este momento con efecto y una mano de un esquisito modelo puso un billete de banco sobre el tapete ayudado de un rascito de marfil...

## CAPITULO XIV.

## El desconocido.



**L**A palabra *princesa*, pronunciada por el señor conde de Mirelune en el momento en que el ventanillo se abría, corrió al rededor de la mesa. Cada cual levantó sus ojos, y la pequeña habitación vino á ser el objeto de las miradas de todos.

Esto, sin embargo, no era una cosa extraordinaria; casi todos los días se abría el mismo ventanillo para mostrar la misma mano; después de tantos meses, el enigma permanecía siempre lo mismo, siempre insoluble: y los misterios ganan en importancia mientras más viejos son.

Poco à poco se iban amontonando hipótesis, se agotaba lo verosímil, y los espíritus más positivos se elevaban hasta lo novelesco.

Centenares de versiones corrían sobre la jugadora del *confesonario*, sobre la princesa como la llamaban, y su llegada causaba siempre una especie de emoción en la asamblea.

La señora baronesa de Saint-Roch, tenía no poco que hacer con resistir á los innumerables ataques dirigidos con tal discreción. Estaba rodeada, sitiada, acosada; los viejos parroquianos que habían pasado al estado de amigos de la casa, la combatían por los sentimientos, los extranjeros tomaban de su bolsa argumentos más irresistibles todavía; más no producían el menor efecto; la fidelidad de la señora baronesa resistía á todos los asaltos, por lo cual no dejaban de tener gran pena los curiosos.

Cuando la estrechaban muy de cerca, la

astuta baronesa empleaba una maniobra análoga á la que usan los viejos ciervos para hacer perder la pista á la jauria, lanzaba una nueva hipótesis á la circulacion, y enredaba tan perfectamente aquel caos, que lo mas diestros eran completamente derrotados.

Por espacio de un minuto largo, y esto es mucho en semejante lugar, circuló al rededor de la mesa un contenido murmullo. El juego sufrió un momento de detencion. La parte modesta de la asamblea, los mercaderes en pequeño separados bien lejos de su mostrador, los cómicos en vacaciones y otros muchos, abrian enormemente los ojos, y parecian querer devorar aquella mano que salia del *confesonario*. Las mugeres que habia diseminadas alrededor de la mesa, se mordian los labios viendo palidecer su estrella, y afirmaban en voz baja, que la princesa era algun viejo mónstruo, que tenia muy poderosas razones para ocultarse. Hay viudedades que conservan unas manos escantadoras. Los extranjeros apestaban el lente, y los ingleses que están en todas partes donde se juega, acariciaban sus carteras, y se preguntaban gravemente de que extravagancias serian capaces en aquella ocasion Sus señorías.

Pero nada se podia adelantar; la baronesa estaba muda aun para las carteras britá-

nicas, y los degraiciados lentes no podrian absolutamente nada contra las cortinas de seda.

—Vamos, vamos dijo el antiguo oficial superior al servicio del rey de los griegos, haced el favor de jugar, si os parece.

Este llamamiento tuvo un éxito mediano; todos los ojos estaban ocupados en seducir á la pequena habitacion.

—Al diablo, si yo no conozco esa mano! dijo Mirelune á Ficelle...

—Esto es sorprendente! murmuró este último; alli dentro hay un vaudeville de muchisimo éxito!

—Mirad bien, amable, esa es la mano de la marquesita de Vieux-Lieu...

—Veo tres actos, replicó Ficelle: el marido que busca á su muger y que la encuentra inocente en ese cajon.. Alnal hecho un fosal ocupado en picar las cartas.. un honrado cajero pero débil, que viene aqui á perder su honor...

—Por último, interrumpio Mirelune la mano de la marquesa es mas fuerte... y estoy por decir que esos deditos son en un todo los de la vizcondesa de Longpré.

—Bonitas coplas, replicó Ficelle; palabras... y un poquito de corazon.. y garantizo ochenta representaciones!

El autor de vaudevilles, respiró prolongadamente; su rostro estaba radiante, porque no todos los dias ponía la mano sobre una idea.

Mientras que se felicitaba con todo su co-

razon; y el ingenioso Mirelune hallaba un tercer nombre para la propietaria de la linda mano blanca, se habia restablecido la calma al rededor de la mesa; ocupando lentamente su puesto el interés del juego... M. de Navarin iba á dar la señal de tallar, cuando se abrió la puerta en medio del profundo silencio que precede á la decicion de la fortuna.

Lo general es que en este momento solemne, puede un rey atravesar el umbral sin distraer la atencion de la asamblea; pero esta noche corria un viento de conmocion en la sala y todos los nervios estaban ajitados: asi es que todos se volvieron involuntariamente.

Vieron entrar un personaje de elevada estatura, que llevaba con nobleza un traje á la vez elegante y severo. Era un hombre jóven todavia y de una fisonomia notablemente hermosa.

Nadie habia en el salon que le conociese. A su vista, la misma señora baronesa de Saint-Roch dejó escapar un movimiento de sorpresa.

Atravesó con la cabeza erguida y con tranquilo paso, el espacio que separaba á los jugadores, en seguida dió la vuelta á la mesa y fué á colocarse á la izquierda de la pequeña habitacion, cuya derecha ocupaba la baronesa de Saint-Roch.

El desconocido se hizo lugar hasta la primera fila.

La mano de la misteriosa persona que ocu-

baba el *confesonario*, descansaba entonces sobre el tapete; el extranjero se inclinó hacia adelante y tocó aquella mano que se retiró como asustada.

La sorpresa general llegaba á su colmo; el juego se detuvo por segunda vez. Ingleses y cómicos miraban con la boca abierta. Ficelle olvidaba su embrion de vaudeville, y Mirelune abandonaba la investigacion de un cuarto nombre de condesa...

Entre tanto, percibióse un lijero movimiento en el interior del *confesonario*. La señora baronesa de Saint-Roch advertida sin duda por una señal convenida, metió la oreja por entre las cortinas del ventanillo.

Despues de dos ó tres segundos, se levantó y fué á colocarse junto al extranjero.

—Esto se complica! dijo Ficelle.

—Qué diablos significa todo esto? murmuró Mirelune.

La señora baronesa de Saint-Roch, pronunció algunas palabras al oido del extranjero, quien se inclinó en señal de asentimiento.

Entonces se dirigió aquella hacia una puerta lateral. El desconocido la acompañaba. Salió como habia entrando sin abrir su boca.

. . . . .  
. . . . .  
*Los parroquianos de la casa de juego de la calle de Prouvaires, habian encontrado para la habitacion enrejada un nombre,*

que era toda una descripción.

En su parte interior, era un microscópico retrete, una lindísima caja, tapizada de seda y adornada con toda la coquetería posible.

En el momento en que el desconocido, que había tenido la inaudita audacia de tocar sin cumplimientos la blanca mano del raserito de marfil, dejaba á la sala de juego, siguiendo á la señora baronesa Saint-Roch, Sara estaba sola en el departamento de que hablamos.—Estaba en pié con la mano apoyada en el brazo de su sillón, en la actitud de esperar inquieta.

El interior del cuartito, era mucho más sombrío que la misma sala; la escasa luz de esta era la que penetraba allí, al través de las cortinas de seda.

Gracias á esta tinta sombría, Sara podía ver sin ser vista. El ojo curioso de los jugadores no podía atravesar los tapices de la oscura habitación, mientras que la mirada de Sara, encontrando acomodadas salidas, investigaba á su placer el círculo de la mesa.

Cuando la asamblea se componía de cierta clase de gente, y la fantasía de la Chiquita hacía que quisiese mezclarse con los jugadores, se daba en la puerta una consigna más severa; y Sara preventivamente transformada con una especie de tocado teatral

iba valientemente á ponerse de codos sobre el tapete verde. La señora baronesa de Saint-Roch, tenia verdaderamente un talento precioso para adornar una cabeza y transformar un rostro. Saliendo de sus manos Mad. de Laurens, hubiera podido en rigor aprontar las miradas de sus amigos; pero era una mujer prudente en sus locuras, y á nada se atrevia, sino despues de pensarlo con maduréz.

El dia de que hablamos, no habia tenido necesidad la señora de Saint-Roch de ocuparse de su toilette; la presencia del autor de vaudevilles y del señor conde de Mirelune, que ambos tenian entrada en el palacio de Geldberg; ordenaba á Sara no presentarse en la sala comun. Apenas hacia hacia algunos minutos que habia llegado, cuando el extranjero, que sin duda sabia la contraseña, se habia introducido en la casa.

Sara no le habia visto entrar. En aquel momento estaba muy preocupada pensando en los sucesos del dia. Su mano habia abierto maquinalmente un cofrecito de esquisite trabajo que estaba junto á ella y que le servia de caja, y del cual habia sacado un billete de banco, poniéndole sobre el tapete por pura costumbre.

Esto de arriesgar una puesta en aquella mesa que era suya y cuyo banquero usaba

de fondos suministrados por ella, era á no dudarlo, una niñada de jugadora de mérito. El combate formal, estaba entre M. de Navarin y la multitud.

Jugando contra él, Sara jugaba contra sí propia. Pero el antiguo oficial superior al servicio del rey de los griegos, pretendía que aquella maniobra no era absolutamente inútil: los billetes de banco, atraían los billetes de banco, esto hacia abrir las carteras, y esto hacia prosperar la partida.

Por otra parte los días en que Sara quería jugar por su propia cuenta, tenía la mesa de sacanete donde su presencia nunca dejaba de amontonar pilas de oro.

Pero aquella noche, tenía en la cabeza otra cosa muy diferente que el juego. Su memoria estaba en cierta manera fatigada, y su espíritu trabajaba á su pesar. Qué de cosas en veinte y cuatro horas, sin hablar de las aventuras del baile Favart! La enfermedad de su marido que parecia llegar al supremo periodo, el duelo de Frantz que habia salido vencedor de la prueba y que permanecia para ella como una amenaza viva, su hija en fin, esta pobre niña miserable y pálida que habia visto al través de las tablas mal juntas del tenducho de Arabj!...

Judit la hija única de la gran señora, la heredera de todos esos millones laboriosa-

*mente robados, Nono la esclava del usure-  
ro, la mártir del idiota, la miserable cria-  
tura que se consumia rodeada de la desdeño-  
sa piedad de las pobres gentes del Tem-  
ple!*

*Judit, que tal vez mañana iba á cam-  
biar su pobre colchon tendido sobre las des-  
nudas piedras por un lecho suntuoso; su  
indiana húmeda y deteriorada por los en-  
cajes y los terciopelos; sus lágrimas por  
sonrisas, su rostro demagrado y hundido,  
por la belleza de la juventud feliz!...*

*Pues era bella, á pesar de sus pade-  
cimientos!*

*¡Qué de rayos de desconocida alegría iban  
á animar sus grandes ojos languidos! cómo  
sus incultos cabellos iban á brillar dulce-  
mente! qué de gracias iban á aparecer en  
su talle, debilitado por la necesidad, y a-  
feado por innobles harapos!*

*Sara se sonreía. Jamás la había visto  
tan bien; jamás había penetrado tan aden-  
tro en la espantosa miseria en que se mo-  
ría su hija, y esto sucedía la vispera de sa-  
carla de ella, la vispera del triunfo y de la  
alegría!*

*Dios mio! Judit apenas tenía quince años.  
Toda una vida de felicidad, por algunos  
años de penas! Cuantos días le serian nece-  
sarios para olvidar sus antiguos padecimien-  
tos! la juventud reflorece muy pronto, y la*

*desgracia que ya no amenaza, es un encanto...*

*Sara también soñaba. Ordenaba el porvenir de su hija, y le hacía bello, dulce, radiante; tenía todas esas esquisitas prevenciones, todas esas tiernas delicadezas que hacen del corazón de las madres como un nido blando donde reposa el pensamiento de su hijo...*

*Después le asaltaban otras ideas; una nube pasaba sobre su sonrisa; su frente se arrugaba amenazadora. Era también esto por Judit?*

*Pensaba en M. de Laurens, que era el obstáculo interpuesto entre Judit y la vida; pensaba en Frantz, que podía matar el porvenir de la hija perdiendo a la madre.*

*Y su frente se erguía terrible; y las inclinadas pestañas de sus párpados velaban una mirada inexorable y fría.*

*Era necesario matar para defenderse....*

*Y entre todos estos pensamientos otros se deslizaban también perversos y frívolos. El alma de esta mujer era un caos.*

*Todas las gradaciones del mal se mezclaban en ella, impotente para extinguir una chispa de fuego divino.*

*Mad. de Laurens pensaba en Lia, su joven hermana. Mientras que Judit padecía, Lia era feliz.*

*Lia era hermosa como un ángel, y su co-*

razon se parecia á su rostro ..

Pobre Judit! tambien era por ella por quien Mad. de Laurens detestaba á Lia .

Por ella que padecia con tanta resignacion, y á quien la tortura no habia podido enseñar el odio.

Despues de Lia pensaba en Esther. Esther era condesa, viuda y no tenia mas que veinte y cinco años: Sara la envidiaba por todas estas cosas: ademas tenia el instinto de propagacion del mal, que entra en el corazon al mismo tiempo que el vicio.

La educacion de Esther habia comenzado; Sara no la queria dejar en la mitad del camino.

Esther tenia una parte en sus delirios, el doctor tambien, y todo el mundo y todas las cosas...

En el momento en que ponía su primera puesta sobre el tapete, ayudada de su raserito de marfil, pensaba en ese baron Alberto de Rodach que habia encontrado de una manera tan estraña en el palacio de Geldberg.

Desde la vispera lo habia encontrado por tres ocasiones en su camino. Primero en el Temple, despues en el baile de la opera-cómica, y luego en el palacio. El conocia á Esther, y Sara se preguntaba quien le habria enseñado el camino del palacio de Geldberg, cuando su

mano que salia con descuido por el ventanillo, sintió el contacto de otra mano.

Volvió en sí con sobresalto y miró vivamente en derredor suyo. A la izquierda del confesionario habia un hombre de pie, y con el brazo estendido todavia. Sara le examinó al través de las cortinas y reconoció al baron de Rodach.

Y experimentó un verdadero movimiento de terror.

—Otra vez él... murmuró.



## CAPITULO XV.

**Detras de la cortina.**

**E**l señor baron de Rodach estaba inmóvil cerca del departamento. Tenia los ojos fijos sobre el enrejado, y la casualidad los dirigia al punto preciso en que se encontraba Sara.

Parecía que su mirada tenia el poder de atravesar el lienzo.

A su vista la Chiquita se inclinó precipitadamente hácia el otro lado de su escondite, y llamó á la Batailleur en voz baja. La obediente oreja de la señora baronesa de Sain-Roch,

fué á meterse al instante entre el enrejado.

La Chiquita pronunció algunas palabras rápidas, y la señora de Saint-Roch se levantó para ejecutar sus órdenes.

Se trataba de hacer entrar al baron en el departamento.

La salida de este último aturdió á los jugadores como lo habia hecho su aparicion, y esperaron durante algunos segundos para ver si no volvia.

—Vamos, vamos, señores, dijo el antiguo oficial superior á quien impacientaban estas distracciones; ocupémosnos de nuestro negocio si os agrada.... el juego está hecho, y nadie apunta mas!

Las cartas que se habian vuelto se alinearon.

En este momento, la señora de Saint-Roch y el baron atravesaban un corredor que conducia á la sala que confinaba por detrás con la del juego.

Por esta pieza era por donde se entraba al confesonario, y era la misma hácia donde podía rodar en caso de alarma.

La Chiquita habia abierto de antemano la puerta y estaba en el umbral; su rostro expresaba una singular agitacion. Desde que la señora de Saint-Roch apareció, precediendo al baron, la Chiquita le detuvo con un gesto imperioso.

—Está bien mi buena Batailleur, dijo; de-  
jadme

La tendera disfrazada de baronesa, se detuvo y volvió la espalda: el señor de Rodach que pasaba en este momento junto á ella; se volvió con viveza al nombre de Batailleur. La tendera estaba ya en el extremo del pasillo, y aun permanecía inmóvil y con los ojos fijos sobre la puerta por donde habia desaparecido.

Esta circunstancia no se escapó á la Chiquita, y sin saber por qué se acrecentó su turbacion.

La señora de Saint-Rech por el contrario ignorando el efecto que su nombre habia producido, entraba muy tranquilamente en la sala de juego y colocaba entre los brazos de su sillón su redondo talle forrado de seda.

—Dónde diablos le ha conducido? preguntó Mirelune al autor de vaudevilles.

Ficelle señaló con el dedo al departamento.

—Calle, calle! murmuró el caballero. No es mala idea!... decididamente daria cualquier cosa por saber si la mano blanca pertenece á la marquesa ó á la condesa...

—Qué escena pasará allí... dijo Ficelle; es un diablo que no se pueda llevar ese *confesionario* al teatro!...

Y esto fué todo. El silencio volvió á reinar al rededor de la mesa, el juego marchaba y la distraccion habia concluido.

Quando el baron de Rodach se cansó de contemplar la puerta por donde la Batailleur habia salido, se volvió hácia Mad. de Laurens y

le besó la mano con grave cortesía. La ajitación de la Chiquita estaba lejos de haberse calmado; sus cejas se fruncian y el rubor le subía al rostro. Esta turbación que no sabía disimular, resaltaba con la serenidad tranquila que brillaba en el hermoso rostro de Rodach.

—Hermosa señora, dijo incorporándose, creo que no me esperábais.

Bajáronse los ojos de Sara, y estuvo dos ó tres segundos sin responder.

—Alberto! Alberto! murmuró al fin con una voz que demostraba su turbación, sois un hombre extraño!... quien os ha conducido aquí y como habeis podido entrar?... es á mi á quién veniais á buscar?

El baron se sonrió friamente.

—Muchas preguntas son esas, hermosa señora, replicó. Procedamos con orden... lo que me ha conducido aquí ha sido un poco de casualidad y mucho de voluntad... he entrado diciéndome amigo de M. de Navarin, y pronunciando el respetable nombre de la señora baronesa de Saint-Roch...

Sara palidecia al escucharle.

—En cuanto á la tercera pregunta, repuso el baron, podeis dudar, encantadora señora, que haya venido aquí por vos?

Se detuvo y prosiguió casi al mismo tiempo, mezclando á su gravedad una imperceptible tinta de ironía.

—Tal vez he venido tambien para otra cosa...

—Y esa otra cosa?... preguntó la Chiquita tratando de sonreirse.

El baron se inclinó y respondió:

—Ese es mi secreto.

La Chiquita alzó sobre él su mirada, como si hubiera querido leer su pensamiento en sus ojos. Pero los ojos del señor de Rodach, brillantes y espresivos, estaban en aquel momento como un espejo en que ningun objeto se retrata.

Por punto general, la Chiquita representaba superiormente una comedia; pero qué papel habia de hacer en aquel momento? No comprendia el pensamiento intimo del baron y tampoco sabia si era amigo ó enemigo.

Jamás le habia ocurrido la idea de preveer algun peligro por este lado. Habia amado á Alberto, y quizás encendido por algunos dias el débil fuego de su estinguido capricho; y de tanta mejor gana, cuanto que este capricho se le presentaba bajo un aspecto nuevo.

Le habia conocido vivo, aturdido, fogoso en acciones y en palabras, y ahora le hallaba grave y frio. Esto era sin duda, una máscara, pero para un hombre de este carácter, una máscara, es cosa muy pesada de llevar. Y Alberto llevaba la suya, como si no hubiese tenido otro oficio en su vida.

La vispera, en medio de la confusion del baile, la Chiquita le habia encontrado semejante á si mismo; pero no habia hecho mas que entre-

verle, bajo su lindo traje de majo, que también acompañaba los ademanes espirituales y atrevidos de su antiguo amante.

Todo esto había cambiado en algunas horas; ya esta noche en el palacio de Geldberg, Alberto se había resguardado bajo un severo manto de frialdad. Ahora parecía haberse aumentado esta frialdad, y Sara creía ver cierta amargura en la austera sonrisa que vagaba sobre los labios del baron.

Por un instante tuvo deseos de recurrir al arma probada de su coqueteria; pero le ocurrió la idea de oponer frialdad á frialdad y de escudarse en su orgullo. Era muy esperta en toda clase de luchas, y sabía como se pone á los hombres de rodillas.

Pero un secreto instinto le quitaba ahora su valor y á nada se atrevía. Rodach, dueño de tan gran parte de su secreto, le parecía muy fuerte y muy temible para poder atraerle de cualquier modo.

—Dios mio, qué loca soy en quebrarme así la cabeza! dijo de pronto y esforzándose á reir; no es, en efecto, por mí sola por quien venis, Alberto... mi hermana, que os conoce casi tan bien como yo, me ha dado de antemano la solución del enigma... vos sois jugador.

Rodach guardó silencio,

—Y bien! añadió Sara alegremente; ese es un lazo simpático mas entre nosotros dos... pero por qué me habeis ocultado esto?

—Querida señora, dijo Rodach, vos me habeis ocultado tantas cosas!...

Las cejas de la Chiquita se frunciéron ligeramente.

—Decididamente me haceis la guerra, caballero, murmuró. Despues de tan larga ausencia, no teneis para mi sino palabras duras... y venis á velarme el corazon, cuando con tan poco podriais hacerme la mas feliz de las mujeres!

Pronunciando estas últimas palabras, la voz de la Chiquita se hizo dulce y como impregnada de súplica; su mirada se deslizó, penetrante y sutil por entre sus párpados medio cerrados.

El baron no parecia conmoverse.

La Chiquita dejó escapar un gesto de cólera.

—Ademas, exclamó, si ya no me amais, á qué perseguirme tan encarnizadamente?... Desde ayer os encuentro por todas partes... y será necesario recordaros, caballero, que solo la pasion puede servir de excusa al hombre que penetra ciertos secretos...

Rodach no respondió todavia,

—Caballero! caballero! replicó Sara en cuyos ojos brillaba una luz rencorosa, guardaos!... hasta hoy todos los que me han atacado, han tenido ocasion de arrepentirse!

—Ya lo sé, murmuró el baron mirándola fijamente; pero no tanto como aquellos que os han amado...

Sara se estremeció, su boca se abrió tem-

blando y contraída, y permaneció muda.

Sus ojos estaban clavados en el suelo.

Todavía la miró el baron un instante con aire desdenoso y frio. Despues hizo un esfuerzo sobre si mismo, como si el papel que se imponia repugnase poderosamente á su orgullo.

Tomó la mano de Sara y la toco con sus labios.

—Oh! sí! prosiguió dando á su voz un repentino acento de dulzura, aquellos que os aman padecen, señora... y sé de un hombre que pagaria muy caro el no haberos conocido nunca.

Rodach sabia de mas de uno y á pesar suyo su palabra se teñia de amargura, porque pensaba en la conversacion que habia tenido con el doctor José Mira.

El doctor le habia dicho muchas cosas.

—Y quién es ese hombre? preguntó la Chiquita sin levantar los ojos.

—Vos lo sabeis, señora, replicó el baron, pues veis que he venido de Alemania por encontraros...

La Chiquita tuvo necesidad de toda su fuerza para no dejar estallar su triunfo. Su corazon saltaba; la amargura se cambiaba para ella en victoria. Todavía un esclavo!

Porque ya no dudaba; estaba tan hecha á ser adorada!

—Escuchadme, Sara, repuso el señor de Rodach con lentitud. Se acerca el dia en que sabreis todo lo que hay en el fondo de mi alma...

sabreis lo que me ha conducido á penetrar vuestro secreto...

—Por qué no esta noche? preguntó Mad. de Laurens.

—Porque esta noche quiero hablaros de mí... de vos y de mí solamente... todos vuestros secretos son míos, señora, á escepcion de uno solo que me concierne.. y este es puramente el que quiero saber.

—Todos mis secretos! repitió Sara que volvía á su terror.

Sus ojos interrogaron á hurtadillas las facciones del baron. Rodach parecia sonar.

La Chiquita le contempló por un instante, haciendo por decirlo así una comparacion rápida entre sus fuerzas, y el poder de este hombre que osaba decirle, sé todos vuestros secretos...

No se engañaba este?

A medida que Sara pensaba, su mirada se hacia mas segura, y desaparecian los pliegues de su frente.

Todos sus secretos! Qué locura! Y ademas, ella creia que Rodach la amaba aun; no estaba segura de su imperio? no sabia que podia subyugar y tiranizar á todo corazon que se abriese imprudentemente á ella? Su vida, no se habia pasado en seducir, en fascinar, en vencer?

Y habia para ella débiles y fuertes? no habia encorvado las almas mas orgullosas bajo

el nivel de su yugo?...

Ahora esperaba dispuesta, y segura de la victoria.

—Sara, repuso el señor de Rodach despues de algunos momentos de silencio, una confesion franca puede repararlo todo... el corazon se estravia alguna vez y aquellos que aman, perdonan... Qué ibáis á hacer esta noche en casa de ese joven de la calle Dauphine?

La Chiquita estaba resuelta á no sorprenderse de nada; y por tanto no se sorprendió.

—Qué! dijo balbuciente, tambien sabeis eso?...

—Lo que yo ignoro, y lo que queria que satisfactoriamente me esplicaseis, replicó el baron, es el motivo de esa visita.... me parece que solo el amor....

Sara respiró con fuerza.

—Éstais celoso, dijo con viveza.

—No tengo motivos?... preguntó el baron. A decir verdad, si su papel le era pesado, al menos no le costaba mucho trabajo el representarlo. Sara le ayudaba á las mil maravillas, y esta criatura tan hábil, mimada por la costumbre de triunfar, cerraba los ojos y se entregaba ciegamente.

Reflexionó un instante. Una circunstancia que habia olvidado volvió de repente á su memoria.

—Fuí allí! exclamó dando palmadas; Dios mio, que yo no haya pensado antes en esto!...

no me habriais asustado, Alberto, como á una chiquilla con vuestra grave frialdad y vuestra seriedad de tutor castellano!... Ahora recuerdo vuestra aparicion en la puerta del gabinete del café Inglés. Desde entonces, sin duda, habeis perdido vuestro aire alegre, para tomar ese rostro fúnebre... He adivinado?

Rodach hizo un gesto equivoco. Tenia toda la apariencia de un hombre que quiere demostrar estar al corriente de lo que se trata y que no sabe nada...

La Chiquita tomó este embarazo por el despecho que Rodach experimentaba al ver penetrado su misterio. Acariciaba demasiado su idea, para perderla un instante de vista.

—He ahí el motivo de vuestra llegada teatral al palacio de mi padre, replicó; estais celoso, mi pobre Alberto!... como un vejete ó como un colegial... Vaya! un caballero tan hermoso! un don Juan! acabar por donde los pastores comienzan! y despues de vuestra visita al palacio, habeis estado como un alma en pena... Cuando yo salí, estabais en algun sitio en la calle... me habeis seguido á mi casa, á la de la Batailleur, á la de Frantz.

—Ah! interrumpió Rodach aparentando ignorancia. Se llama Frantz.

—Me habeis seguido hasta aquí... en cuanto á la manera con que hayais podido entrar, en cuanto á los medios que hayais empleado para saber los nombres del banquero y de la baronesa,

los ignoro; pero despues de todo, no hay necesidad de ser hechicero para esto!

Rodach le dejó hablar sin interrumpirla, y no parecia tener deseos de reanimar su inquietud.

—Y ese jóven Frantz!... dijo con finjida duda, le amais?

—Tal vez, respondió Sara haciendo dengues.

Contrajéronse las negras cejas de Rodach.

—Si yo le amase, prosiguió la Chiquita dando á su sonrisa provocadoras gracias, que hariais Alberto?

Rodach bajó los ojos y respondió con tono sombrío:

—Le mataria!

La Chiquita le contempló á hurtadillas por espacio de uno ó dos segundos con un placer evidente.

Despues le tomó la mano y le llevó muy dulcemente hasta el fondo de la pequeña habitacion. Se sentó muy cerca de él, con las manos entre las suyas y la cabeza apoyada en su hombro.

Sus hermosos cabellos negros ondulaban sedosos sobre el pecho de Rodach; sus ojos, á la débil luz que penetraba en el reducido aposento, brillaban de una manera estraña. Estaba hermosa como una pasion tentadora y que embriaga!...

—Si un hombre hiciese lo que acabais de decir, murmuró con voz baja y penetrante, seria suya por toda mi vida!

CAPITULO XIV.

**Un saldo de cuenta.**

---

**D**espues de las últimas palabras de Mad. de Laurens, hubo un silencio bastante largo en el confesonario de la princesa. Sara habia pronunciado esas palabras que pedian un asesiato, con la voz mas dulce y sin perder su encantadora sonrisa.

Empero al través de esa voz suave y detras de esa sonrisa, aparecia claramente una voluntad tan inexorable, que el baron no pudo menos de estremecerse.

Rodach no conocia á Mad. de Laurens tan intimamente como ella pudiera creerlo, pero la habia juzgado al primer contacto y adivinaba la varonil energia que se ocultaba bajo sus encantadoras gracias. Esta muger le espantaba mucho mas que Reignauld y que Mira; era el enemigo mas temible de todos los que querian la sangre de Frantz.

Sara no se habia engañado del todo al pensar que el baron la habia seguido; solo que habia tomado las cosas desde muy arriba, y hacia remontar la aventura desde el desayuno en el café Inglés. El baron solo hacia una hora que la seguia, y esto por haberla encontrado en la calle de Dauphine, á la puerta del alojamiento de Frantz.

En efecto, siguiendo los pasos de Sara, era como habia llegado á la casa de juego. Probablemente hubiera encontrado el camino en esta circunstancia, porque habia adquirido muchas noticias durante su conversacion confidencial con el doctor José Mira, y entre ellas se encontraban los nombres de M. de Navarin y de la señora baronesa de Saint-Roch.

Despues de haber dejado el palacio de

Geldberg á eso de la cinco y media, el señor de Rodach habia pasado una hora con el mercader de ropas de Hans Dorn. Los dos juntos habian ido á la casa de Frantz, y durante su ausencia el mercader de ropas habia alquilado para él el departamento del piso principal; y esto con grande admiracion de la portera.

Ellos no querian, al parecer, encontrarse con el jóven, porque la expedicion se hizo con la mayor premura y sin que Hans Dorn tuviese apenas tiempo para examinar en detalles el alojamiento.

Cuando concluyeron partió su carruaje al galope. En todo el camino el baron y él conversaron en aleman de cosas que habian pasado en otro tiempo y que hacian asomar lágrimas á los ojos del buen servidor de Bluthaupt.

—El niño será feliz, decian con emocion profunda; Dios lo quiere así, mi gracioso señor, puesto que ha conservado vuestro amor.. Ah! buena cosa han hecho los judios!.. Se dice que los retratos de los viejos condes han vuelto al gran salón del castillo y que tienen sus nobles rostros contra la pared..., Por el nombre de la Virgen! nosotros les volveremos, para que vean al hijo de su sangre sentado en el sillón señorial!

Hans hablaba de este modo y su leal corazón latía con fuerza á la idea de la patria reconquistada. Rodach le escuchaba distraído.

Separáronse en el momento en que el barón entraba en su casa por la vez primera desde su llegada á París.

—Sobre todas las cosas, mi buen amigo, dijo Rodach, cuidado mucho aquella cajita que os he confiado.. quizás es el porvenir entero del niño.

Además de este cuidado Hans tenía negocios para toda la noche; y estaba muy contento porque iba á trabajar para el hijo de sus señores.

Hacia tres noches que Rodach no pegaba los ojos y estaba rendido de fatiga. Tenía dos horas para descansar.

Pasadas estas dos horas, el despertador colocado cerca de sí le echó sobresaltado fuera de su cama, donde dormía enteramente vestido.

Salió de nuevo, Su coche le condujo á la calle Pierre-Lercot; una de esas calles estrechas y asquerosas que abren de par en par las puertas de sus casuchas para recibir á los vergonzosos desterrados del palacio real. Rodach se metió en el fango que separa dos largas hileras de tabernillas envenenadas y de madrigueras obscenas. Iba á casa de Verdier

el campeón valiente de la casa de Geldberg.

Verdier estaba solo en su tabuco en el quinto piso. Si esperaba una visita, no era ciertamente la del señor baron de Rodach.

Verdier, siempre estaba al día, como todos sus semejantes, era jugador, bebedor y su estado normal el de no tener dinero ni bolsillo. La herida que le enclavaba en su miserable lecho le había sorprendido en una de esas horas de carencia absoluta, muy comunes en su vida.

Había gastado alegremente la víspera su último escudo, contando con el precio de la sangre, para comer al siguiente.

No era grave su herida pero por falta del conveniente cuidado, le causaba padecimientos atroces. Sobre una silla de paja que estaba al lado de su lecho había una taza, que contenía algún brevaje y cuya última gota se secaba entonces.

Tenia calentura: la obscuridad que reinaba en la desmantelada habitación, estaba llena para él de fantasmas. Con voz apagada llamaba á sus amigos por sus nombres. Nadie le respondía.

Temblaba y creía estar en la agonía.

Cuando el baron atravesó la puerta, que nada guardaba, no supo al principio hácia que

lado dirigirse en medio de aquella oscuridad profunda.

La debilidad del enfermo sofocaba en aquel momento sus quejas y no se escuchaba mas que su respiracion fatigosa y oprimida.

=Verdier! murmuró el baron.

—Quién es? replicó una voz ronca; sois vos al fin, señor caballero de Reignauld?

Rodach se dirigió á tuestas hácia la cama.

=Oh! cuánto padezco y cuan débil estoy replicó Verdier; al diablo señor, si es prudente dejarme morir asi como un perro!... Antes de morirme yo os hubiera dejado algun recuerdo.. dadme de beber si gustais; estoy sofocado!

=Donde hay luz? preguntó el baron.

=Ahí hay un cabo de vela sobre mi maleta. detrás de la puerta... Los fósforos están sobre la silla, aqui, á mi lado; cuidado con mi pipa! Oh! oh! habeis hecho bien en venir, porque tenia casi tanta necesidad del procurador del Rey como de un médico!

Rodach frotó un fósforo contra el suelo: iluminada de repente la habitacion, mostró sus paredes desnudas y empolvadas.

Verdier habia intentado sentarse sobre la cama.

A la vista de Rodach, abrió estraordinariamente sus ojos estraviados.

—Estoy delirando!.. murmuró, dejándose caer desplomado, ó este es el diablo?..

Entre tanto, Rodach investigaba por todas partes buscando con que satisfacer la sed del enfermo. En seguida se acercó al lecho teniendo en su mano la taza llena.

—Bebed, dijo.

Verdier se volvió, pálido de espanto, aun mas todavía que del padecimiento.

Bebió y devolvió la taza al baron, sin atreverse á levantar los ojos sobre él.

—Gracias, caballero, Goétz, mumuró, espero que habiéndome hecho mucho mal, no vendreis á acabarme?....

—No ha venido el caballero de Reignauld? preguntó Rodach, en vez de responder.

—Miserable tuno! exclamó Verdier, que encontró alguna fuerza en su cólera; miserable usurero!.... Si supieseis, caballero Goétz.

—Todo lo sé, interrumpió Rodach.

—Pues qué, le conoceis.

—Vengo de su casa.

—Ha recibido mi carta?.

—Si.

—Venis quizás de su parte?..

—No.

—Verdier pareció que esperaba que el baron se explicase. El esfuerzo que acababa de hacer le abandonó; la reaccion venia des-

pues del acontecimiento de la fiebre, y se sintió decaer mas debilitado que nunca.

—Yo estaba con el caballero de Reignauld cuando llegó vuestra carta, repuso Rodach.

—Y qué dijo?

—Poca cosa.... que erais un bergante, me parece, y que no habiais sabido ganar vuestro dinero.

—Y eso es todo.

—Poco mas ó menos... Echó vuestra carta al fuego, añadiendo que no os daría ni un céntimo.

Verdier apretó los puños, debajo de la pobre corbertera de su lecho.

—Si pudiera tenerle aqui y estrangularle, dijo rechinando los dientes.

—Al menos podeis perderle, replicó el baron.

—Verdier se incorporó sobre un codo; sus ojos apagados brillaron un momento.

—Escuchadme, pobre mozo, repuso Rodach con su calma ordinaria; bien sabeis que os conozco de pies á cabeza, y que tengo entre mis manos algunas de vuestras firmas que valen el presidio cuando se presenten, sin necesidad de mas enredos... estais en mipoder... asi no andemos con cumplimientos os lo consejo, y aceptad mis orfetas sin regatear.

—No las conozco, dijo balbuciente Verdier, cuyo rostro abatido tomó una espresion de inquietud.

Rodach sacó una cartera de su bolsillo.

—Cuánto os habia prometido el caballero de Reignauld por la espedicion de esta mañana? preguntó.

—Dos mil francos, respondió Verdier.

El baron desgarró una hoja de la cartera, y trazó con viveza algunas palabras con el lapiz.

—Voy á daros algo á cuenta de su parte, si quereis firmarme este recibo.

Y dió el papel á Verdier, que leyó:

«Recibí del señor caballero de Reignauld la suma de quinientos francos, á cuenta del precio convenido entre nosotros por un desafío con monsieur Frantz.

«Paris 6 de febrero de 1844.»

—Yo no puedo firmar esto, dijo.

—¡Pobre mozo! replicó el baron encogiéndose de hombros; ¿qué necesidad tendria yo de todo esto, si no se tratase de vos?... Creedme, firmad.

—Pero, caballero Goetz...

El baron sacó su bolsa, y contó veinticinco monedas de oro sobre la silla que hacia oficios de mesa de noche. Tanto en la parte moral como en la fisica, Verdier estaba en un estado de debilidad estremada; echó una mirada sobre aquel dinero con ojos de codicia.

—Os juro por mi honor, añadió el baron, que jamás haré uso de ese escrito contra vos.

—Es que... dijo balbuciente Verdier, que vacilaba todavía; es que...

—Concluyamos... Reignauld, que os ha tratado de una manera infame, será castigado...

—Oh! picaro!... murmuró Verdier.

—Estos veinticinco luises son vuestros.

—Bien sabe Dios que tengo mucha necesidad de ellos!

—Si no quereis me llevo mi dinero; vuestra venganza se os escapa, y os hago arrestar como falsario.

Apoyándose en esta última amenaza, el señor baron de Rodach, sacó de su cartera cuatro ó cinco bonos de la caja Laffite, manifiestamente contrahechos, y en cuyo reverso tenian el nombre de J. B. Verdier.

El herido quiso todavía reflexionar; pero se desvaneció su cabeza debilitada; hizo un gesto de fatiga y firmó el extraño recibo.

En seguida se dejó caer en la cama cuán largo era.

Rodach puso su cartera en el bolsillo, bajó los cinco pisos de la casa de Verdier, y se hizo conducir á la de un médico á quien mandó al lado del enfermo.

El recibo cuidadosamente guardado, debía aumentar el contenido de la cajita conducida á los leales servicios de Hans Dorn.

Al salir de la calle Pierre Lescot, se había dirigido Rodach á la habitacion de Frantz. En vez de encontrar en ella á Hans, como creia, habia reconocido á Sara al través de los cristales de una ventana.

La vista de Mme. de Laurens hizo surgir en él todo un órden de ideas; podia ser un nuevo peligro, tal vez, y tambien un arma nueva.

Era necesario saber...

Su cochero habia recibido órden de seguir el coupé de la Chiquita.

Ya hacia tres ó cuatro segundos que reinaba el silencio en el confesonario, Rodach aun tenia en los oídos las últimas palabras de Sara que le habian herido como una amenaza.

Tenia la cabeza inclinada y parecia meditar. Sara seguia apoyándose en él: la débil luz que penetraba en el departamento, al través de las cortinas, borraba del rostro de la Chiquita las imperceptibles trazas que la edad habia podido dejar en él, y se hubiera creído que era una jóven en la flor de su belleza primera.

Abandonábase lánguida y confiada: su postura tenia una gracia indecible, su mirada hablaba tiernamente y su sonrisa encantaba.

Sus blancos y afilados dedos, los pasaba

por entre los rubios bucles de la cabellera de Rodach.

Necesario era oírlo para creerlo! Al ver aquella frente angelical donde sonreía tanta dulzura, se podía dudar, casi hasta después de haber oído...

Aquella muger que acababa de hablar de un asesinato, con la alegría en los labios, parecía una santa.

—Que hermoso sois, Alberto miol añadió después de algunos segundos, dando á su voz una éspresion mas cariñosa, y cuán loca soy en querer poner á precio el sentimiento que me arrastra hácia vos!... Cualquiera cosa que hagais, no será preciso que os ame?

Rodach tenía los ojos inclinados hácia el suelo, y tardó en responder.

—Y sin embargo, añadió Sara, qué confianza no tendría yo en vuestro brazo, Alberto!... Sois tan valiente!... En Baden, redujisteis al silencio á los mas famosos espadachines!

Se interrumpió para tomar la mano del baron y estrecharla entre las suyas. Después prosiguió con un suspiro tentador.

—Después de esto os amaré muchísimo!...

—Pues tanto le aborreceis?... murmuró Rodach.

La Chiquita se incorporó y puso sus blancos

hombros sobre el espaldar de su sillón. Su voz y su fisonomía cambiaron.

—Dios mío! querido, dijo con presteza y desenfadado, estais equivocado en eso... yo no aborrezco á nadie... Pero, añadió mas bajo, hay gentes que me estorban.

—Y ese jóven es del número?

—Precisamente, barón.

—Le habéis amado?

—Envidioso! dijo la Chiquita con coquete-  
ría. Hablando seriamente no sé que responder... no le he amado como á vos, Alberto; pero...

—Pero?... repitió Rodach.

—Pues bien! exclamó la Chiquita con impetuosidad; tan solo con que así amáseis á una muger, Alberto mío, esta muger me causaría horror!... Bien veis cuán franca soy; Dios mío! nada puedo ocultaros.

Era esta una causa defendida con las formas y con la tortuosa elocuencia de un abogado viejo. Abordada la cuestion de frente, se volvía á tratar por los lados. Rodach media con involuntario terror la fria perversidad de esta muger, que como cosa de juego, le ponía un puñal en la mano, que temía que esta no fuese bastante lista, y que trataba de embriagarle, por decirlo así, como á esos malvados vulgares á quienes se les llena de

vino en la hora del asesinato.

Mucho trabajo le costaba proseguir su papel: la indignacion hacia hervir su sangre y le era necesaria toda su voluntad, para permanecer tranquilo en apariencia.

—Sois francesa, señora, respondió con cierta amargura de que, ciertamente no podía sorprenderse Sara: pero es menester que antes sepa otra cosa... ¿Qué ibais á hacer esta noche en casa de ese jóven?

La Chiquita bajó los ojos, y se esforzó por ruborizarse.

—Mucho sentís, murmuró, que tenga miramientos que guardar... ese jóven podría hablar y perderme... y si supiéseis todas las ideas nuevas que vuestra vista ha hecho germinar en mí, Alberto mio!.. Apenas pensaba en estas cosas antes de vuestra venida, pero desde ayer he reflexionado mucho. Para ser feliz, es necesario que sea toda de vos y ese jóven me causa miedo ahora.

Al decir estas palabras abrióse la puerta de la sala de juego con un ruido inusitado, y entraron dos nuevos personajes. Estos no tenían los ademanes discretos y prudentes, que la mayor parte de los parroquianos. Atravesaron la sala dados del brazo, dieron vuelta á la mesa para acercarse á la señora baronesa de Saint-Roch.

La Chiquita estrechó con fuerza el brazo de Rodach y suspiró, mientras que dirigia su mirada hácia los nuevos recién llegados.

Los ojos de Rodach, tomaron la misma direccion.

—Seria éste? preguntó.

—El és! respondió Sara como con pena:

—Cuál?

—El mas pequeño.

—Pero si es un niño!

Sara tubo miedo de que Rodach hiciese escrúpulos.

—Un niño que vale por un hombre, replicó, y que esta misma mañana ha muerto en desafio á una de las mejores espadas de Paris..

—Malo! dijo Rodach, que no pudo menos de sonreir pensando en el pobre Verdier; pues bien! ya lo veremos!... Pero, estoy pensando; esa fuerte espada cuyo desgraciado destino deploro no era tambien de vuestros amigos?

Esta vez vacitó verdaderamente la Chiquita.

—No, respondió al fin en voz baja; pero si es menester decir la verdad, Alberto, ese duelo me habia hecho concebir ideas... yo contaba...

—Contábais?...

—Creedme, os lo suplico; era por voz, por ser toda vuestra sin participacion de nadie!...

soy rica... Mi padre debe dar una gran fiesta en Alemania, en su castillo de Geldberg... yo contaba...

Rodach tembló y comprendió.

—Luego tereis otro campeon á mas de mi? preguntó tratando de guardar su aire de indiferencia.

—Soy rica! repitió Sara friamente; y ahora puedo decirlo... si fui esta noche á casa del jóven, fué para convidarle á la fiesta de Geldberg.

Sara no advirtió la palidéz que cubria el rostro del baron.



## CAPITULO XVI.

**Una jugada de sacanete.**  
—

**E**L baron conocia á no dudarlo, el castillo de Geldberg. Al pensar en el peligro, que ninguna prudencia hubiera podido prever ni evitar, se estremeció.

Hizo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, y tomó la mano de Sara que llevó á sus labios.

—Gracias! murmuró; mil veces gracias, señora... ya estoy libre de esa duda que me hacia tan desgraciado!... Pero estais bien segura de que aceptará vuestra invitacion?

Sara se sonrió con orgullo.

—Me ama como un niño y como un loco! replicó.

—Pues bien, señora, dijo el baron; si lo prometeis, yo tambien seré de esa fiesta en el castillo de Geldberg!

Sara le presentó su frente llena de alegría; Rodach le dió un beso. Concluido este pacto, Verdier tenia uno que le reemplazase.

Entre tanto Frantz daba puñadas á derecha é izquierda y obraba como un hombre que se cree de la casa. Saludó familiarmente al antiguo oficial superior al servicio del rey de los griegos, y presentó á su compañero, que era el joven vizconde de Audemer, á la señora baronesa de Saint-Roch.

—Me parece dijo Mirelune y Ficelle, que conozco esas dos caras.

—El mas alto es el pretendido de la condesa Lampion, respondió el autor de vaudevilles; en cuanto al otro...

—Pardiez! exclamó el caballero; el otro es ese chico que hemos visto ayer noche tomar una leccion de esgrima en la sala Grisier... No se habia dejado matar esta mañana!

—Como era lunes de carnaval se habrá desayunado...

—Como un hombre, palabra de honor!... ya no hay niños!...

—¿No está aquí Luisa? preguntó Frantz á la señora de Roch.

Ya se sabe que Luisa era el nombre de aventuras de Mad. de Laurens.

—No, chiquito, respondió la roja tendera, que tuvo ganas de reir, pensando en el gran señor que habia introducido cerca de Sara.

Frantz senaló al confesonario con una mirada interrogadora.

—¿No hay nadie ahí dentro? preguntó.

—Nadie, prenda mia.

Frantz hizo una pirueta.

—¿Os gusta el treinta y cuarenta, Julian? Yo le encuentro soberanamente soporifero.... hechemos una jugada al sacanete.

—Vaya por el sacanete.

Frantz tenia esta noche un aire atrevido y triunfante, que hubiera sido insoportable en otro, pero que en él estaba muy bien. Su rostro vivo y espiritual alegría, y todo animaba en él la felicidad y el orgullo satisfechos.

No podia comunicar su secreto á Julian; le era preciso ocultar cuidadosamente los sucesos de aquella hermosa noche, que tanto gusto hubiera tenido en referir. Tenia necesidad de moverse, de hablar, de vivir.

Cuando uno es muy jóven, ese estado moral se traduce ordinariamente por un raudal

de provocaciones y de ruidosas locuras. Frantz se apoyó en el brazo del vizconde de Audemer, y se dirigió á la sala inmediata, bamboleándose como un estudiante se hace el tonto. Era imposible mirarle sin sonreirse: pero esta sonrisa no era ni de piedad ni de burla.

Era un niño tan encantador! Sus grandes ojos azules, traviosos y dulces á la vez, tenían miradas tan francas y tan buenas! respiraba tanta gracia y tanta juventud personal!

Su aspecto agradaba y atraía; su buen humor era contagioso. Las mujeres le acariciaban con la vista; los hombres no le tenían envidia, porque le encontraban demasiado joven; los viejos se rejuvenecían viéndole, y se figuraban en su fatuidad, que lo mismo eran ellos á la edad de diez y ocho años.

—Señores, dijo al entrar en la sala de sa-canete, os advierto francamente que estoy de suerte... ya he ganado esta noche lo bastante para ser feliz toda mi vida!

—Muy bien! caballero Frantz, dijo el empleado que representaba oficialmente á la señora baronesa de Saint-Roch; sentaos ahí... vais á perder.

Frantz se sentó y procuró un sitio á su lado á Julian de Audemer.

Todos los jugadores que estaban al rededor de la mesa le conocían y le dieron las buenas noches amigablemente, á escepcion de un joven,

vestido de negro, que estaba sentado á la mesa frente por frente de él.

Este joven tenia una cara muy rara, que probaba superabundantemente su poco conocimiento del mundo.

Estaba incómodo con su traje, que no parecia hecho esactamente á su cuerpo; y colocado en un extremo de la silla, inmóvil y mudo, parecia un santo de palo; gotas de sudor resbalaban por sus sienes, y sus rostro estaba pálido y como descompuesto.

Delante de él, sobre el tapete, habia un monton de oro bastante considerable, una suma quizá de mil francos. Ganaba con una suerte constante que no le habia dejado un momento.

Ya hacia cerca de media hora que estaba alli. Nadie le conocia, y le habian visto entrar timidamente, acompañado de un mozo de su edad de cara de mal gusto y de figura vulgar, que en este momento estaba detras de él.

Cuando llegó, se habia sentado nuestro joven en el primer sitio vacante, sacando de su bolsillo seis monedas de oro que habia estendido sobre la mesa. Jugó primero aconsejado por su camarada, y despues segun sus propias inspiraciones.

No habia perdido ni una sola jugada.

Desde su entrada, fuese por su timidez ó por avaricia, su mirada estaba obstinadamente fija sobre su pequeño tesoro que iba cre-

ciendo sin cesar. Sus párpados no se habían levantado y nadie hubiera sabido decir el color de sus ojos.

La ruidosa entrada del mismo Frantz, no había sido bastante para distraerle.

La linda Gecrudis, entrando de improviso en casa de la señora baronesa de Saint-Rech, quizás no hubiera reconocido al pobre Juan Reignauld en este jugador taciturno y absorto.

Estaba muy cambiado, pues la emoción mas todavía que la diferencia de traje, hacia que no se pareciese á si mismo.

El juego le tenia absorto; su fisonomía demostraba la estremada atención de su espíritu lleno de debilidad; parecia y hacia inútiles esfuerzos; pero no vivia, jugaba!

Ya el pensamiento que le había llevado á esta casa, se había desvanecido ante la desconocida pasión. El oro que tenia delante de si, no le presentaba ya la salvación de su abuela; era oro, nada mas que oro! el demonio había hablado; la atmósfera del garito había hecho su efecto. Juan tenia fiebre y jugaba por jugar.

Hipólito, detrás de él, contenia con trabajo su alegría y hacia todo lo posible por parecer indiferente.

Miraba de reojo el tesoro en camino de progresar, y no tenia trazas de decir á Juan

que dejase el juego.

Y habia en él bastante, para salvar á la pobre madre Reignauld! y aun para comer en casa Deffieux mas arriba del mercado.

Pero Hipólito contaba con el axioma que promete una ganancia segura al hombre que juega por la primera vez. Tanto valia estar allí, como hacer que creciera su parte!

Hipólito se sentaba, pasaba sus rojos dedos por entre sus cabellos crespos y sentia la ausencia de su caña con puño dorado por el procedimiento Raouiz, que los reglamentos del sitio le habian obligado á depositar en el vestuario. Miraba á las damas de mediana virtud que se sentaban aqui y alli al rededor de la mesa; hácia la rueda; era detestable.

De cuando en cuando atravesaba la habitacion de puntillas, y entreabria la puerta de la sala de treinta y cuarenta para deslizar en ella una temerosa mirada.

La Batailleur estaba allí, su señora feudal! y la Batailleur le habia prohibido terminantemente poner los pies en la casa de juego.

Por consiguiente, Hipólito, en atencion á su debilidad y á su posicion política, no podia infringir las órdenes sagradas de su reina.

Estaba allí de contrabando: la Batailleur en una noche de amor, á imitacion de Jú-

pter que seducía á las hijas de los mortales, mostrándoles su gloria, habia querido sorprender á su Hipólito, fascinarle, anonadarle. Le habia hecho subir á su coche y conducido á la calle Prouvaires, donde reinaba el ilustre nombre de Saint-Roch.

Una vez causado el efecto le habia manifestado su real voluntad y ordenado á su favorito de no traspasar en adelante los límites de Temple. Pero el aventurero Hipólito; sabia ya el camino y todo lo que era necesario para franquear las puertas del Santuario.

En nada habia cambiado la suerte prolongada de Juan Reignauld por la llegada de Frantz; este no se habia equivocado: estaba feliz aquella noche y bien pronto su monton de monedas de oro fue igual al de Juan.

Casi todos los que estaban al rededor de la mesa perdian; ellos solos hacian buenos negocios.

Pero si su fortuna era igual, sus personas contrastaban de una manera notable.

Tenia Frantz una alegría loca; charlaba, reia y bromeaba: aquellos mismos que estaban en pérdida se reian al escucharle; Juan Reignauld por el contrario no despegaba los lábios. Desde su entrada no se habia movido mas que una vez para cojer un luis de oro que se habia caido al suelo. Hipólito entonces le habia prevenido metiéndoselo en el bolsillo.

Juan respiraba con trabajo y tenia las cejas

fruncidas; sus cabellos atormentados por su mano se erizaban al rededor de su frente. A medida que crecia su tesoro era mayor la fiebre que subia á su cerebro; ya no era suyo.

Dos lilletes de banco habian venido á juntarse á sus monedas: podia tener delante como unos cuatro mil francos.

Hipolito se inclinó por detrás hasta su oido.

—Locamente has trabajado, querido, murmuró, pero es menester marcharse!... Las doce están dando... ya estamos en mañana... y muy bien pudiera cambiar la suerte!...

Juan se encogio de hombros con impaciencia.

—Perdona! anadió Hipólito; haces tu voluntad segun parece!... puesto que ya no tiene necesidad mi desfilo!...

Abandonó su puesto y fué á hechar una ojeada á la sala del treinta y cuarenta. Cada vez que su mirada encontraba á la Batailleur roja, rolliza, fresca, se sentia feliz y orgulloso del rango que ocupaba en el mundo.

Frantz tenia la banca en este momento con extraordinaria felicidad; su puesta bastante fuerte desde su principio y doblada de partida á partida, llegaba á formar una cantidad muy respetable.

Para hacerle frente, tenian necesidad los jugadores de echar un escote por toda la mesa; alli habia lugar para todo el mundo y los últimos eran admitidos á perder su plata, lo mismo que los primeros.

A pesar de una banca tan feliz, todavía no se publaba la fortuna de Juan; ya no ganaba, pero perdía muy poco arriesgando tan solo algunos luises.

—Van mil francos, dijo Frantz.

Los que perdían estaban un poco desanimados y costó trabajo completar la suma. Frantz ganó otra vez.

—Dos mil francos! dijo alegremente tomando nuevas cartas de un inmenso paquete que servía para la banca.

Después de algunas dudas se encontraron los dos mil francos, Frantz ganó otra vez.

—Cuatro mil francos! exclamó.

—Yo tengo cien francos, dijo el que estaba á su lado!

—Yo otros ciento.

—Yo cincuenta.

Y así los demás.

Cuando acabó de hablar el último jugador, aun faltaba cerca de la cuarta parte de la suma.

Ya hacia dos ó tres minutos que Juan no ganaba. La cólera iba reuniéndose en su interior, pateaba debajo de la mesa, y sus dedos crispados buscaban alguna cosa que arañar.

La dificultad de hacer la jugada prolongó esta vez el intervalo entre los dos golpes.

Juan ardía de impaciencia.

—Esto no se hace esta noche, dijo Frantz.

—Doscientos luises os ponen en derrota... dá lástima!

La mirada de Juan que aun no habia pasado de la mitad de la mesa, se alzó un poco y llegó hasta el monton de oro que estaba delante de Frantz.

Alli se detuvo. Sonidos confusos resonaron en los oidos del pobre tocador de órgano, se volvió como para buscar á Hipólito y arrimarse á él.

Hipólito estaba en el otro extremo de la sala.

La mirada de Juan volvió como si un resorte la condujera hácia el monton de luisas que tenia delante; hincháronse sus narices y salió de su pecho un soplo ruidoso y fuerte.

Hasta este momento habia ido aumentando su puesta con timidez y sin decir una palabra; su desconocida voz se alzó de repente en medio del silencio é hizo levantar la cabeza á todos los jugadores.

Hipólito interrumpió su paseo y ganó en tres saltos su abandonado puesto.

—Vá todo esto! habia dicho Juan Reignauld con voz ronca y breve.

—Sea enhorabuena! exclamó Frantz. Hé aquí un valiente!

Los otros jugadores retiraron su puesta y miraron; era un desafio muy interesante. La partida comenzó.

Desde que se volvió la primera carta Juan se sintió como embriagado; la sangre le subió violentamente á la mejilla y sus ojos se turbaron. No separaba la vista del juego y pretendia ver, pero no podia.

Un velo rojo estaba entre él y las cartas.  
Hipólito inmóvil y reteniendo su respiracion,  
veía por los dos.

Hubo dos ó tres minutos de atencion, dos siglos! Despues se levantó un rumor al rededor de la mesa.

=Gano! dijeron.

=Quién? preguntó Juan con voz débil.

Los jugadores se echaron á reír, y una blasfemia de Hipólito enseñó á Juan la verdad.

=Su mejilla se puso livida y vaciló en su asiento.

=Cuenta, dijo Hipólito, quizás tengas mas de cuatro mil francos.

Juan se puso á contar y sus manos estaban débiles y temblorosas, tenia menos de cuatro mil francos.

—Se acabó, murmuró Hipólito con acento desconsolado. Ya no tienes nada! vámonos pues!

Juan parecia no comprender y no dijo una palabra.

Cuando el rasero del empleado agarró su monton de oro para llevarlo hácia Frantz, Juan le siguió con ojos estraviados y tristes.

Las risas continuaban al rededor de la mesa. La cándida desesperacion de este pobre diablo, tenia algo de gracioso.

=Vámonos! pues, repitió Hipólito.

Juan comprendió por fin. Veía el tapete limpio delante de sí.

Paso el revés de su mano por su frente ane-

gada de sudor, y por la primera vez desde que habia entrado en la casa, levantó los ojos.

Su mirada buscaba al hombre que le habia ganado.

—Ocho mil francos! decia Frantz con su intrépida alegría.

—Ved, murmuró Julian á su oido, como os mira ese joven.

Julian hablaba de Juan Reignauld, cuyos ojos espantados y ardientes se fijaban en Frantz con una terrible expresion de odio.

La mejilla del tocador de órgano estaba livida; sus dientes apretados y á punto de romperse, no daban paso á su respiracion.

El risueno y gracioso rostro de Frantz, acababa de parecerle la faz de un demonio. El era aquella cabeza rubia que habia visto en la habitacion de Hans Dorn! El beso cuyo ruido le habia herido el corazon, como una punalada, habia salido de esta boca rosada.

Y qué feliz parecia ese hermoso jóven en frente de su profunda miseria y de su desesperacion!

Sus miradas se cruzaban en este momento. La fisonomia de Frantz tomó una expresion de pena y de piedad. El no conocia al tocador de órgano, pero veia su amargura, y de buen corazon le hubiera devuelto el dinero ganado.

Juan comprendió; le oprimió el corazon una rabia sorda y envenenada, y sus crispadas manos se dirigieron al tapete y le desgarraron.

Por un instante, se agruparon los músculos de su cuerpo como si quisiera dar un salto hácia adelante. La demencia estaba en su cerebro; sus dedos se estremecían de placer á la idea de estrangular á su enemigo.

Acababa de pensar en Gertrudis que tal vez le engañaba y en la madre Reignauld tendida en su miserable lecho á quien aquel oro hubiera podido salvar....

Tuvo miedo de sí mismo; sintió que el delirio victorioso iba á arrojarle sobre este hombre que le arrancaba de una vez sus últimas esperanzas de felicidad.

Se levantó y salió huyendo.



**CAPITULO XVIII.****Despues de media noche.**

==

**H**aria una media hora que habian dado las doce de la noche. Las calles que atraviesan los irregulares departamentos de los mercados de Paris, estaban sumergidos en el mas profundo silencio. A'guna que otra taberna mostraba su puerta entreabierta, á pesar de las ordenanzas de la policia, y apenas de vez en cuando aparecia algun estraviado borracho apoyándose en las paredes, por las desiertas aceras.

En la calle de la Ferronnerie y á lo largo del mercado de los Inocentes, hasta la esquina de

En Eustaquio, los vendedores campesinos dormían entre sus fardos. Hacia bastante frío, y los taberneros privilegiados de la calle de Fers despachaban sus géneros á numerosos parroquianos. Rondas mudas se deslizaban por debajo de los reverberos; tres sombras á un lado de la calle y tres al otro daban á los ladrones una caza siempre desgraciada.

Dos hombres marchaban lentamente en la oscuridad profunda que á semejante hora reina debajo de los pilares de los mercados.

Tenían un aire triste y desconfiado; uno de ellos vacilaba marchando como un hombre vencido por la embriaguéz, y su camarada tenía necesidad de sostenerle.

Era Juan Reignauld é Hipólito que salían de la casa de juego de la señora baronesa de Saint-Roch.

Hipólito no tenía ya aquella apariencia de triunfo que le hacía tan querido á Mad. Batailleur. Había olvidado tirarse el sombrero sobre la oreja, y apenas describía su caña á grandes intervalos un tímido molinete.

Pero su abatimiento no era nada comparado al del pobre Juan Reignauld. Cuando el gas iba por entre dos pilares á iluminar sus facciones pálidas y descompuestas hubieseis dicho que era un fantasma. Tenía los ojos inclinados hácia el suelo y no había en su rostro ni pensamiento ni vida.

Nada respondía á las recriminaciones char-

latanas de Hipólito; no las escuchaba siquiera.

—Está visto, decía tristemente el león del Temple, no se puede así como quiera ganar dos días seguidos!... habías comenzado el lunes en la noche y estamos en martes por la mañana... ¡yo hubiera debido agarrarte por las orejas y sacarte á la fuerza... pero yo no soy libre en esta casa... y si hubiese hecho algun escándalo hubiera llamado á Josefina, y al instante!...

Juan parecía un sonámbulo que anda sin escuchar ni ver.

—Es posible, continuaba Hipólito, perder sin mas ni mas cuatro mil francos de un solo golpe!... De cierto que ese dinero podia estar en tu bolsillo y pasarlo muy bien... y pensar que yo estaba allí para cerrarle la boca, diciéndole: no le escuches, es un loco!... porque tú estas loco, muchacho, ó que me ahorquen si no!

Juan suspiraba fuertemente. Hipólito y él acababan de entrar en la calle Rambuteau, ancho conducto que hará penetrar hasta los mas remotos rincones del Marais la bella civilizacion de la punta de san Eustaquio.

Mientras que Hipólito lanzaba sus inútiles reproches una reaccion tenia lugar en el tocador de órgano; su abatimiento cedia de nuevo á la fiebre; se desesperaba poco á poco: su paso rastrero y torpe, se trocaba en otro desconcertado y murmuraba palabras sin ilacion que acompañaba con gestos convulsivos.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha, se detuvo repentinamente sobre el pavimento fangoso de la calle del Temple.

—Voy á voiver, dijo estrechando con fuerza la mano de su companero.

Hipolito dió treguas por fin á su interminable sermon.

—Dónde, preguntó sorprendido.

—Todavía debe estar allí, anadió Juan sin tomarse el trabajo de responderle; quiero matarle!

—Matar, á quién?

Juan dió una vuelta sobre sus talones y se dirigió en sentido contrario. Hipólito le siguió de cerca á fin de detenerle.

—Quiero matarle! repeta; matarle!... si supieras lo que he visto esta noche!... estaba sentado juato á ella y le besaba la mano.... bien sé que él es mi mala estrella... la madre Reignauld va á morir sobre un haz de paja en su prision... y Gertrudis! oh! Gertrudis ya no me amará!...

Dos lágrimas rodaron por su ardiente mejilla.

—A la verdad que yo no creia, pensaba Hipólito, que el pobre mozo estuviese loco de atar!... Vamos, Juan, hijo mio, sé razonable y ven; nos acostaremos!

Juan hizo un último esfuerzo para desacirse, pero habia vuelto á su abatimiento; pronto dejó de resistirse; inclinó la cabeza sobre el pecho

y siguió maquinalmente á Hipólito que le arrastraba hácia el barrio del Temple.

El *dandy* ya no regañaba; tenia lástima; su elocuencia se empleaba ahora en reponer la parte moral del tocador de órgano.

—Ya volverá, decia; unas veces vá y otras viene... Si otra vez atrapamos la suerte, no volveremos á hacer bestialidades!... Fuego de Dios! añadió en un *aparte*, este hombre necesitaria un poco de bebida... Tienes sed, Juan?....

—Si, respondió el tocador de órgano, poniendo la mano sobre su oprimido pecho, mucha sed!

—Si se encontrará!... yo me beberia el Sena... pero al diablo si hallamos una tienda abierta... y ademas nada tenemos! ausencia general de dinero!

Habian atravesado la calle Percee y llegaban á la plaza de la Rotonda *El elefante*, *los dos Leones* y las otras tabernas estaban cerradas. Hipólito, por un ademan que le era familiar, metió la mano en el bolsillo de su chaleco.

Si tuviera una moneda de cinco francos, prosiguió, bien se yo donde encontraríamos nuestro avio... Y en verdad que me vendria bien, porque ya he agotado todas las razones para mi portero, siempre que entro despues de las doce.... Tenemos los *Cuatro hijos Aymon*, donde la tia Taburot, deja

siempre abierto un postigo de la puerta para los amigos... Pero la moneda de cien sueldos!

Hipólito se interrumpió y dió un grito de alegría: sus dedos acababan de encontrar en el fondo del bolsillo, el luis de oro que habia cogido junto á la mesa de Sacanete.

—Ya hay con que pagar! exclamó dando saltos en la acera; viva la Pepa, Juanito!... Te hago el obsequio de una boda en grande, con pastas, vino blanco, salechichon y ponche por remate... Vamos á cuidarnos como conviene, y á beber hasta mañana por la mañana.

Juan permaneció inmóvil.

—Beber! repitió hablando consigo mismo, el viejo Fritz dice siempre que bebe por olvidar... Es verdad que cuando se está embriagado, no se acuerda uno de nada?...

—Cómo es eso, dijo Hipólito estupefacto; no te has emborrachado nunca, Juanito?...

—Nunca... hace mucho tiempo que somos pobres!

—Pues bien, hijo mio, exclamó Hipólito, voy á iniciarte en esta distraccion de la vida... Cuando uno tiene penas, no hay nada mejor que eso... Es estar meciéndose: se cree uno propietario, y no cambiaria de suerte con un capitalista!... diablo! es un lindo estado!

—Pero es verdad que se olvida todo?

—Todo!... comenzó Hipólito, que iba á im-

provisar una descripción poética de la embriaguez.

Juan le interrumpió agarrándolo por un brazo.

—Entonces... dijo, ¿vamos á beber!

Hipólito no deseaba otra cosa. Algunos segundos despues los dos amigos habian franqueado el oscuro portal, ante el cual todavia brillaba la linterna aunque débilmente. Atravesaron el jardincillo plantado de albahaca, y haciendo Hipólito un martillo del regaton de su caña, llamó á la puerta del villar.

—Quién sois? preguntaron desde adentro.

—Un amigo, respondió Hipólito.

—¿Qué quereis?

—Beber un poco, Francisco, viejo tuno... aqui está helando; ábrenos la puerta!...

El mozo de la vinda Taburot, dudó por espacio de dos ó tres segundos, pero en seguida abrió la puerta.

El villar estaba desierto como cuando entramos por la vez primera en la taberna de los *Cuatro hijos Aymon*; y de aquel ruido, de aquel movimiento, y de aquella alegría loca que reinaba entonces en la sala inmediata, nada quedaba absolutamente. En vez de la luz abundante que iluminaba durante el baile los grupos de los danzarines, una sola lámpara humeante y pálida, colocada sobre el mostrador, pretendia combatir la oscuridad.

Todas las mesas estaban desocupadas, á escepcion de dos ó tres que servian de almohada á bebedores dormidos. No se oía mas ruido que un murmullo confuso, formado por los prolongados ronquidos que dá la embriaguéz al sueño.

A primera vista no se veian sino gentes dormidas sobre las mesas; pero mirando con mas atencion, se acababa por distinguir en las semitinieblas, á hombres y mugeres en traje de carnabal tendidos todos juntos, unos sobre los bancos, otros sobre los taburetes reunidos, otros, en fin, sobre el mismo suelo.

Hombres y mugeres parecian estar echados alli como por casualidad, y todos guardaban particulares posiciones. Pitois alias Blaireau, acostado boca arriba, tenia los brazos en cruz y sudaba gruesas gotas porque la duquesa, tumbada al traves sobre su pecho le impedia la respiracion. Malou mas feliz, tenia un banco para él solo; la graciosa cabeza de Boton de oro, que sonreia con un sueño de niño se apoyaba en su hombro.

Los otros estaban tendidos acá y alla, en los sitios donde la embriaguéz victoriosa los habia vencidos.

La atmósfera estaba caliente, fétida, sofocante; el aire estaba saturado de esos odiosos perfumes de orgia que enervan el corazon y producen náuseas.

La señora viuda Taburot habia dejado su

mostrador; despues de haber leído la última línea de su diario y de haber bebido la última gota de su tisaná de rom. El establecimiento habia quedado al cuidado del mozo Francisco, encargado de abrir la puerta á los conocimientos incómodos.

Ademas de Francisco, todavía habia en la sala dos personajes que no dormian. Estaban sentados á una mesa, delante de media azumbre de aguardiente en el mas oscuro rincon de la pieza.

Al salir Johann con el caballero de Reignauld habia dicho á Pitois y á Malou, que le guardasen á Fritz hasta su vuelta; y se lo habian guardado.

Los dos hombres sentados á la mesa ante el azumbre de aguardiente, eran Johann y el antiguo correo de Bluthaupt.

Johann estaba encargado de buscar cuatro trabajadores de buena voluntad, que supiesen el alemán y aptos para cierto negocio que debia llevarse á cabo al otro lado del Rhin. De estos cuatro obreros no habian encontrado mas que dos. Y estaba trabajando para enganchar el tercero.

Fritz era un desgraciado, cuya embriaguéz diaria le habia gastado todas las facultades; ya no se podia saber lo que habia sido en otro tiempo, y solo los que le conocian en su juventud, decian que Fritz habia unido á un corazon leal un espíritu inteligente.

Pero ¿cómo creerles? Nada quedaba en él, sino la voluntad de embriagarse sin cesar.

Fritz había sido hermoso; ahora solo era un resto humano, cuyo aspecto repugnaba y espantaba.

Hacia veinte años que no le habían visto sonreírse; veinte años, desde aquella noche de *Todos los Santos*, en que el último conde de Bluthaupt murió de vejez junto á su espirante esposa.

Aquella noche, volvía Fritz de Francfort sobre el Mein, donde había ido á cumplir un mensaje.

Le habían hecho beber en Francfort, y también había bebido por todo el camino. La noche estaba oscura; la tempestad silbaba en las malezas que bordeaban la avenida de Bluthaupt. Fritz, espíritu supersticioso y débil, se acordaba caminando de las extrañas leyendas contadas por las viejas del viejo Schlos.

Al pasar cerca del precipicio llamado el *Infierno de Bluthaupt* (la Hoelle) vió dos sombras deslizarse entre los árboles, y tuvo miedo, porque maese Blasius, el mayordomo, decía muchas veces que en las noches de tempestad, Rodolfo de Bluthaupt, el conde Negro, muerto en pecado mortal en tiempo de las cruzadas, iba á agarrar á viajeros extraviados para conducirlos hasta los bordes del abismo...

Fritz tuvo miedo. No contaba mucho con su caballo rendido de fatiga, y se ocultó detrás de un grueso tronco de árbol.

Un grito de agonía resonó en el silencio de la noche, grito desgarrador y terrible, que debía venir mas tarde, á turbar con frecuencia sus sueños. Al mismo tiempo, las nubes que cubrian el cielo se desgarraron, y Fritz pudo ver, á la claridad repentina de la luna el rostro del pretendido conde Negro.

Era el señor caballero Reignauld, uno de los amigos del intendente Zachæus Nesmer.

Fritz acababa de ser testigo de un terrible cobarde asesinato.

Bajó la montaña y entró en la travesía de Heidelberg donde encontró un cadáver. Fritz habia vivido en el castillo del conde Ulrico. En el cuerpo inanimado que estaba ante sus ojos, reconoció á Raymundo de Audemer, marido de la jóven condesa Elena.

Los acontecimientos que aquella noche siguieron á este asesinato, dieron por amo á Fritz, á Zachæus Nesmer y sus asociados. El asesino era uno de ellos: Fritz no se atrevió á acusar y se calló.

Pero desde entonces, una voz inexorable gritaba en el fondo de su conciencia, y Fritz buscaba en el anonadamiento de la embriaguez un refugio contra sus remordimientos.

Habia en el mundo tres hombres que sabian su secreto: Johann, el caballero de Reig-

nauld que habia concluido por cerrar los labios pagando su silencio en varias ocasiones, y Otto el bastardo del conde Ulrico, á quien en otro tiempo hiciera esta confidencia.

Tal era el hombre que Johann queria enganchar en el batallon de su amo. Y esta obra, á la verdad, no presentaba grandes dificultades. Fritz tenia un alma buena; en el fondo de su corazon, guardaba un recuerdo fiel á la raza de Bluthaupt; pero esto era como un instinto bajo de amor y de respeto que podia segun las circunstancias llegar hasta el sacrificio, como tambien debilitarse, sino perderse olvidarse y engañarse.

Fritz no conservaba ya nada para sostener una lucha moral; habia perdido la inteligencia que hace ver el ataque, y la voluntad que hace fuerte.

Su única defensa era un resto de religion, de esa religion ignorante y supersticiosa que se olvida de adorar á Dios, mientras se ocupa en conjurar al diablo.

Johann conocia á Fritz como á las puntas de su dedos. A eso de la media noche, habia cerrado su taberna y vuelto á los *Cuatro hijos Aymon*. Fritz roncaba en un rincón del villar; el mercader de vinos le habia despertado y conducido á la mesa en que estaban sentados haciéndole agotar media azumbre de aguardiente.

Hacia como una media hora que estaban allí, cuando entraron Hipólito y Juan, Johann bebía para hacer beber á Fritz, y como habia encontrado una resistencia inesperada, tenia apoyados los codos en la mesa, con el rostro encendido y trabada la lengua.

Tambien estaba casi borracho.

Fritz estaba sentado en frente de él, triste é inmóvil como siempre. La luz de la lámpara iluminaba débilmente su cóncava mejilla, marmórea y veteada de rojo, rodeada por las incultas masas de su larga barba gris.



## CAPITULO XIX.

## Embriaguez.

**F**ritz bebia y sus apagados ojos se fijaban en Johann con pesadéz y sin espresion.

—Y bien! mi viejo Fritz, decia, ya veis que este es un negocio en que hay bastante que ganar.

—Los jueces de Alemania condenan á muerte, lo mismo que los de Francia, replicó el correo de Bluthaupt.

Johann se encogió de hombros.

—Tienes miedo de morir? preguntó riéndose

El correo hizo como un estremecimiento de terror, y se bebió un gran vaso de aguardiente.

—Después de la muerte está el infierno, murmuró; el infierno donde se abrasa uno por toda la eternidad!... si no tubiese miedo á esto maese Johann ya hace mucho tiempo que no veriais al pobre Fritz en el mercado del Temple.

—Por qué?..

—Porque muchas veces, cuando pasa por los muelles, cerrada la noche, se inclina hácia el Sena con deseos... oh! si la muerte fuese un sueño, repuso de repente con vehemencia, que pronto me dormiria yo, maese Johann!... pero Satanás se rie en el fondo del agua verdinosa... el infierno me acecha... yo no quiero morir!...

Inclinó la cabeza sobre el pecho y bajó los ojos.

—Buena locura! exclamó Johann!... trata de reflexionar, mi antiguo camarada... ¿no te acuerdas del agujero de Bluthaupt y de lo que viste sobre el precipicio la noche de Todos los Santos?

—El correo se estremeció.

—Pues bien! replicó Johann; se ha muerto el caballero? ya hace veinte años eso, y bien sabe Dios que se ha portado á las mil maravillas!... jueces hay en Alemania como en Francia; pero los jueces de Alemania no ven mas allá de la punta de su nariz... créeme viejo Fritz, yo no habia de querer causar pena á un antiguo camarada... no hay nada que temer y este es un negocio de oro... puede contarse contigo?

Fritz meneó lentamente su calva cabeza.

—No, respondió.

Johann dió una patada con impaciencia, y se bebió sin advertirlo su baso lleno de aguardiente.

Hipólito y Juan acababan de entrar; se habian colocado en la mesa mas inmediata al mostrador, y no podian distinguir á nuestros dos convidados en la oscuridad.

Estos últimos por el contrario, no tenian que hacer sino volver los ojos para ver; pero Fritz no fijaba jamás la atencion en lo que le rodeaba, y el mercader de vinos estaba en este momento muy ocupado para mostrarse curioso.

El ruido que hacia Hipólito atrajo por un instante su distraida mirada, pero inmediatamente volvió con toda su alma á su negocio.

—Vamos; Francisco, vamos! gritaba Hipólito que habia recobrado su buen humor: trae pasta de Italia, gelatina, sardinas en escabeche y vino lacrado!... no reparo en el precio... tenemos con que pagar!

Francisco, que dormia en pie, fué á buscar todos los viveres que contenia el establecimiento de la señora viuda Taburot, y los colocó sobre la mesa; al mismo tiempo destapó dos botellas de vino llamado de Burdeos, y comenzó el festin.

Hipólito comia solo, pero comia por dos, Juan se esforzaba en beber.

—Al diablo los cuidados! decia Hipólito; si no ha sido esta noche otra será mejor... Como pues, Juanito; toma de esa ternera mechada que está como no se encontraria en las *vendimias de Borgoña!*

—Quiero beber mucho, respondió Juan, cuya mejilla comenzaba á tomar fugitivos calores; esto no me hace olvidar.

—Ya vendrá, querido; aun no te has bebido una botella... Bebe siempre.

Juan bebia; sus ojos se animaban; sus mejillas se enrojecian poco á poco, y decia teniendo un vaso en la ya temblorosa mano;

—Yo no olvido nada!... nada...

Veíanse por tierra y sobre los bancos, piernas que se agitaban, brazos que se movian,

y se escuchaba entre el concierto de los ronquidos, algunas voces confusas que hablaban en sueños.

Al otro extremo de la sala, Johann proseguía su tarea.

—Causa compasión! mi pobre Fritz, decía, el ver los andrajos que llevas... Cuando pienso que estabas tan majo en otro tiempo.

Fritz miró los harapos de su paletot gris, con cierta especie de vergüenza.

—Yo no gano bastante dinero, respondió; y me hace falta todas las noches mi azumbre de aguardiente.

—Eso lo concibo... pero si hacemos nuestro negocio, camarada, tendrás todas las noches el aguardiente que quieras, sin que esto impida el que te echés sobre los hombros muy buenos vestidos.

Fritz se pasó el revés de la mano por la frente.

—Escucha Johann, dijo, tú has hechos ya que me den dinero, y desde que lo recibí, he padecido mucho mas... Algunas veces cuando estoy borracho me dan ganas de pegar fuego á tu casa, porque tú has sido quien has puesto en mi bolsillo el precio de la sangre. Hasta el momento en que le acepté, yo no estaba condenado del todo... ten cuidado: siento que me voy embriagando.... ¡vetel!

El mercader de vinos echó atrás instintivamente su asiento, y fijó en Fritz una mirada de asombro. Verdad es que Fritz estaba minado por los excesos de veinte años; pero había sido en otro tiempo un hombre vigoroso; Johann podía acordarse de ello.

—Qué mosca te ha picado mi viejo amigo? murmuró con dulzura; lo que yo digo es por tu bien... Yo quisiera hacerte ganar algunos cuartos; este es el cuento... porque ya ves tú, si tuvieses alguna vez un pequeño depósito, tu comercio iría como sobre ruedas... Y, créeme, cuando uno es feliz y tiene para francachelas con los amigos, se burla uno benitamente de los pecadillos del tiempo pasado.

La indignación de Fritz se había marchado como había venido; ya no pensaba.

Sus ojos, que la cólera había hecho brillar por un instante, volvieron á ponerse taciturnos y estúpidos.

Llenó su vaso y se lo bebió de un trago.

—Cómo se llama el hombre á quien se quiere matar? preguntó con voz baja y hueca.

—Pedro, Pablo, Santiago, respondió el mercader de vinos, que te importa eso?... tú no lo conoces.

—Es joven?

—Bastante.

=Es feliz.

—A sè mia que no se nada... Hé aqui la cosa, querido... Harás un viaje al pais... te pondrá un quidan cerca de tu fusil... tu tirarás; y despues te volverás con buen dinero en el bolsillo... No es verdad que te acomoda?

Fritz no respondió; parecia que estaba pensando en otra cosa y que no comprendia.

—Algunas veces he pensado, murmuró despues de algunos segundos, que si tuviese una mujer á mi lado, jóven, dulce y piadosa, yo seria menos desgraciado...

—Pardiez! le interrumpió Johann, que vió en esto un nuevo camino abierto á su tentacion.

=Tal vez me amaria, repuso el antiguo correo de Blthaupt, cuyos ojos estraviados se dulcificaban hasta espresar una emocion tierna; yo la escucharia rogar á Dios.... y me guardaria de los terrores de mi noche....

Johann se echó á reir, ocultándose con su vaso.

—Viejo loco! pensaba.

Despues añadió en voz alta, disimulando cuanto se lo permitia su embriaguez creciente.

=Eso es justo, camarada, hé ahí una idea que no me habia ocurrido... Te hace falta una muger, y para tener una muger, te ha-

ce falta dinero.

En el momento en que iba á proseguir, la voz de Hipólito se alzó junto al mostrador. El magnífico leon estaba en la tercera botella. La alegría le tenia fuera de sí, y conmenzó á cantar las coplillas que le servian, de ordinario, para embellecer el destierro de su soberana. Porque para ser buen mozo; tambien es necesario tener talentos agradables.

El ruido atrajo de nuevo las miradas de Johann, quien reconoció esta vez á Juan Reignauld.

—Calle, calle! murmuró poniendo su vaso vacío sobre la mesa; qué hace aquí ese?

Detestaba al pobre Juan, porque era el rival de su sobrino Nicolás acerca de la linda Gertrudis.

Y mientras que le miraba, buscando un medio de volver contra él la casualidad de este encuentro un pensamiento repentino iluminó su embriaguez.

—Calle, calle! repitió; este debe saber el alemán... la Gertruditas le habia servido de maestro... Debe tener mucha necesidad de dinero... tengo ganas de ensayar!

Su largo y triste semblante se desarrugó segunda vez, hasta tranquilizarse completamente.

Desde este instante, sin dejar de adoctrinar

al pobre Fritz, no perdió ya de vista ni á Hipólito ni á su compañero.

—Bebed, hijos mios, pensaba; bebed mucho y fuerte, eso disminuirá mi negocio....

Hipólito y Juan no tenían necesidad de ser escitados, este último sobre todo, vaciaba su vaso con una especie de entusiasmo.

Cuando el leon acabó de cantar se pusieron á beber.

—Cuando yo sea rico, dijo Hipólito, tomaré á Jesefina Batailleur para que encharole mis botas.... ah! ah! que bien que rabiará la vieja y eso será muy gracioso! Conoces tú á Mad. Huffe, Juanito?

—Me parece que me trastorno, murmuró el tocador de órgano, estoy sofocado! ..

—Es menester beber!.. Mad. Huffe ha sido Cosaco... y ha padecido muchas desgracias!... cuando mis botas no esten bien charoladas, condenaré á Josefina á una hora de batalla formal con Mad. Huffe... ah! ah! ah! Dios mio! Dios mio! como me he de reir.

Hipólito tenía las lágrimas en los ojos.

—Mi cabeza se trastorna, murmuró Juan, y sin embargo no olvido nada... mienten los que dicen que el vino hace olvidar!... yo veo á la pobre madre Reignauld sobre su miserable lecho.., veo á Gertrudis que levanta la mano... oigo el ruido de un beso...

Y estrechó convulsivamente su pecho oprimido.

—Y no es ese que está ahí delante de nosotros? exclamó con una violencia repentina; bien le reconozco con su sonrisa insolente y sus largos cabellos de muger... Ah es muy hermoso y muy rico!... Gertrudis, Gertrudis, que Dios os perdone!

Diciendo esto, enseñaba los puños á un fantasma que su exaltada imaginacion veia en la sombra; despues quiso levantarse en un raptó de rabia loca; pero no pudo, y cayó pesadamente sobre su silla.

Hipólito cantaba con toda la fuerza de sus pulmones; Francisco, en pie en medio de la sala oscilaba sobre sus largas piernas y soñaba que dormia.

—Y bien, viejo Fritz, continuaba Johann, busquemos entre los dos una mugercita... has hechado el ojo á alguna?

—No, respondió el correo.

—Veamos, que diria de la gentil Gertrudis la hija de nuestro camarada Haus?...

—Un ángel, murmuró Fritz.

—Y famoso, querido!

—Es tan buena y tan pura!... Ah! los remordimientos no podrian bajar hasta la almohada donde reposase su cabeza.

—Esto me parece evidente!... con eso co-

locará bien su dinero el padre Hans... Hay mas de un buen muchacho en el Temple que piensa en la chiquilla, pero trabajando bien la cosa, verás como te la llevas.

Por la primera vez despues de muchos años apareció una sonrisa sobre las facciones del antiguo correo de Bluthaupt.

—Gertrudis! murmurò; es linda y dulce como su madre, y antes que el paje Hans Dorn, fuese al castillo, yo creía que su madre me amaria....

Johann compartió entre su vaso y el de Fritz, el resto del azumbre de aguardiente. Su cabeza daba vueltas; seguia su tarea con una obstinacion maquina; pero en realidad estaba mas borracho que su mismo compañero.

—A tu salud, viejo Fritz! repuso alegremente: y á la de tu prometida... Yo soy quien la pediré, si quieres, y suministraré gratis el vino de la boda.

Fritz vaciaba lentamente su vaso y se sonreía siempre. Sus párpados comenzaban á temblar, y caía en una especie de sueño religioso.

—Es un hermoso sueño, decia, mientras que su aturdida cabeza se conmovia sobre sus hombros, esta mañana la he visto bajo los pilares de la Rotonda.... Dificilmente tendria

su madre una sonrisa mas graciosa... A ese precio, creo que voy á darte el resto de mi alma: Satanás.

Frunciéase sus cejas, y apoyó los dos codos sobre la mesa.

—¿Esta hecho el negocio, buen muchacho? preguntó Johann.

Fritz le miró y movió la cabeza afirmativamente. Mientras que el mercader de vino la apretaba la mano para cerrar el contrato, se durmió.

—¡Ya hay tres! dijo Johann levantándose con esfuerzo: yo no hubiera robado mis rentas. ¿Pero donde diablos encontraré el cuarto?... me parece, sin embango, que yo tenía una idea.

Sus ojos estraviados dieron vueltas al rededor de la sala, y contó con los dedos; primero á Malou, despues á Blaireau y luego á Fritz.

—Estos no serán nunca mas que tres, murmuró buscando aguardiente en la zumbre vacia, ah! ah! repuso de pronto; bien sabia yo...

Su mirada, dispierta ya, acababa de caer sobre Hipólito y su compañero.

Hipólito se habia dormido casi al mismo tiempo que Fritz: habia pretendido fumar y el cañon quebrado de su pipa permanecia entre sus dientes ..

Inquieto Juan Reingauld por un vago deseo de volver á la casa paterna trataba penosamente de levantarse.

—Ha bebido el tenantuelo! pensaba Johann yo que tengo mi razon cabal, voy á hacer de él todo lo que quera.

Juan se dirigió vacilando hácia la puerta del villar; Johann le seguia deshaciéndose como mejor podia de las entrelazados miembros de los que dormian. Aplastó sin embargo, una mano por aquí, una megilla por allá, un pecho, y salió por fin, sin otro inconveniente de aquel extraño dormitorio.

Juan y él, pisaron casi al mismo tiempo el pavimento de la plaza de la Rotonda.

Johann tomó el brazo de Juan, que no lo reconoció, y los dos comenzaron á atravesar la plaza, apoyándose uno contra otro, y describiendo multiplicadas curvas.

Cada uno de ellos conservaba su idea fija: Johann creía ganar sus rentas y hacer un excelente negocio; Juan repetía entre sus dientes apretados:

—Han mentido!... no se olvida nada... nada!...

—De manera que tú sabes el aleman, oh! dijo Johann como por exordio; eso va á servirte grandemente, hijo mio... y si quieres trabajar como un buen muchacho, tu respe

table y buena abuela no estará mucho tiempo encerrada.

Juan se paró, y levantó sus riñones que se encorvaban.

—Este no es Hipólito! murmuró con profunda sorpresa; dónde he hechado á Hipólito?...

Johann tomó un ademan misterioso.

—Discrecion sobre todo! dijo creyendo responder á una pregunta que no se le habia hecho; eso seria muy fácil... Por matar á un hombre no se muere nadie, querido....

—Oh! dijo el tocador de órgano, apretando los puños convulsivamente, hay un hombre que quisiera matar.

—Buena! exclamó Johann; como este sirva!.. es lo mismo.

Juan no escuchaba.

—Yo encontraba mi camino, decia en voz alta, él me ha robado mi dinero... el dinero que debia salvar á mi abuela... y esto no es nada... oh!... no le he visto besar la mano de Gertrudis!

Aqui tomó la voz de Juan un acento doloroso.

—Gertrudis! Gertrudis! repetia; mi única felicidad!... ya no me ama... ya lo veis, añadió incorporándose por la segunda vez: es necesario que le mate!

—Eso me parece muy claro, dijo Johann; y matarás dos pájaros de un golpe... hé aqui un chico que está en camino de ganarse un buen billete de mil francos, sin mas ni mas.

—Mil francos! pronunció Juan, cuyo turbado cerebro atravesó un fugitivo relámpago de razon; por qué me hablais de mil francos?

—Porque es el mismo, hijo mio, que tambien nos ha robado alguna cosa.

—Y quereis matarle?

—Justamente...

Juan dejó bruscamente el brazo de su compañero.

—Marchaos, dijo en voz baja yo no os conozco.

En este momento pasaban el ángulo del mercado delante de la madriguera de los Reignauld.

—Hé aqui un sitio famoso! dijo el mercader de vinos; y con lo que le sobrase de los mil francos, la buena mujer volveria á emprender sus negocillos... Ah! ah! pero tú quieres mejor dejar vivir al hermoso jóven, hijo mio, á fin de que bese otra vez la mano de la linda Gertrudis....

Juan le tomó de nuevo el brazo.

—Quien sois? exclamó con voz sofocada, de quien hablais?

Antes que Johann hubiese podido respon-

derle, el tocador de órgano proseguía fogosamente:

—Se parece á una muger, no es verdad?... tiene la megilla blanca y sonrosada con largos cabellos rubios y rizados?

—Es que es verdad! pensó Johann sorprendido; al fin es el diablo... si fuera verdaderamente el mismo!... tu haces su retrato, querido anadio en voz alta.

—Y se sonrió dulcemente; continuó Juan; se diria que era una joven disfrazada...

—Es él mismo!

—Pues bien! exclamó el tocador de órgano, estrechando con locura, el brazo de Johann, dadme el dinero, yo le mataré!

Johann no estaba en estado de sentir todo lo que habia de incierto en esta promesa hecha por un niño borracho y furioso, y se proclamó decididamente en el fondo de su alma, el mas feliz y el mas diestro de los negociadores.

Estaban ganadas sus rentas.

Llevó al tocador de órgano debajo de un farol de gas y le enseñó su rostro.

—Tú te acordarás de esto, hijo mio, le dijo, mañana nos volveremos á ver!...

Y se volvió contento y orgulloso á su taberna de la *Girafa*. Un momento despues de su partida, Juan que atravesaba el oscuro portal que conducia á la pobre morada de su abuela, ya no se acordaba de él.

- Pero en desquite, los acontecimientos de aquella noche, estaban obstinadamente gravados en el fondo de su memoria; la risueña belleza de Frantz se le parecía en la sombra, y le picaba en el corazón como un sarcasmo cruel. Su odio crecía, envenenado, y sus labios murmuraban involuntariamente estas palabras que eran ahora una sangrienta amenaza:

**—Nada he olvidado . . nada!...**



## CAPITULO XX.

## Auguy [1].

**H**ora la mañana del martes de carnaval. Las calles del barrio Saint-Honoré, tranquilas y desiertas todavía, conservaban su fisonomía ordinaria. Nada anunciaba la próxima fiesta; el noble barrio no se conmovía con la aproximación de la alegría popular, y dormía fatigado.

(1) *Grito particular del barrio del Temple, y cuyo origen no haremos remontar al tiempo de los druidas. Los niños le acompañan con un gesto singular que consiste en coger un pliegue en su blusa, y darle la forma de una oreja de cerdo. Este grito y este gesto reunido, constituyen el mas sangriento de los ultrages.*

de su propio carnaval, tan perfumado, tan bullicioso y tan dorado. Apenas se sabia que doscientos mil parisienses iban hoy á recorrer la ciudad para ver un buey hidropico conducido por carniceros jóvenes, llenándole de injurias.

Eran cerca de las nueve de la mañana; el sol, enrojecido por la bruma, parecia suspender su disco sin rayos por encima de la Magdalena. No se veían en las aceras mas que trabajadores, envuelta la nariz en sus blusas, y algunos empleados que de mala gana se dirigian al bufete.

Las puertas del palacio de Geldberg estaban abiertas; ya hemos dicho que era una casa modelo, que queria que cada uno de sus encargados fuese un santo.

Hacia algunos minutos que en la calle opuesta á la puerta cochera, se paseaba un hombre con lentitud, y ocultaba su helado rostro en el cuello de su capa. Dos ó tres veces se habia acercado á la entrada del palacio, y deslizado su mirada en el patio, donde algunos criados se ocupaban en los trabajos de la mañana.

Parecia que buscaba á alguien, y que no lo encontraba.

Hecho su exámen, atravesaba de nuevo la calle y ganaba la acera continuando su paseo.

Al mismo tiempo, acechaba con atencion la puerta cochera, y su mirada interrogaba una despues de otra, á las cerradas ventanas del palacio.

Cerca de diez minutos hacia que estaba de

esta manera. Al cabo de este tiempo pudo notar, que su obstinado paseo comenzaba á llamar la atencion de los criados que estaban por el patio, y de los empleados que llegaban á su puesto.

Al parecer, esto no le acomodaba. Volvió en efecto, la esquina de la calle Astorg y entró en la estensa galería que conduce á la calle de Anjou, costeano los muros del jardin de Geldberg.

En esta nueva posicion, podia distinguir las ventanas de la fachada trasera, como tambien las de los dos pabellones, y hacia todo lo posible por verlas perfectamente.

Pero todo era inutil; todas las persianas estaban cerradas, y por aquella parte sobre todo, el palacio presentaba el aspecto de una completa soledad.

Era necesario dar un aviso, ó prolongar indefinidamente este paseo matinal; ademas, nuestro paseante no tenia mucho tiempo que perder, y por otra parte, excelentes razones le prohibian en este momento la entrada en el palacio. Este hombre era el señor baron de Rodach.

Estaba allí para ver á Lia de Geldberg, y contaba con Klaus para hacer llegar hasta ella un recado.

Habia dos personajes en Paris que se hubieran sorprendido muy profundamente, mostrándoles de improviso al señor Baron de Rodach

desde la galeria de Anjou. Bajo juramento se lo hubierais afirmado, y habrian rehusado creerlo; le habriais enseñado desde lejos al paseante, y se hubieran encojido de hombros; por último, hubierais bajado el cuello de la capa protectora, descubriendo así el rostro varonil de Rodach, y hubieran dudado todavía, y dudado seriamente!

Se hubieran creído el juguete de una ilusión, de un sueño.

Estos dos personajes tenían sus nombres; Reignauld y Abel de Geldberg.

Considerad al jóven Mr. Abel, montado á la verdad sobre Victoria-Queen, su yegua de raza, que volvia de Luzarches, primera parada en la carretera de los Países-Bajos, donde habia dejado, despues de darle un estrecho abrazo, al baron de Rodach que marchaba para Amsterdam.

Y en esto no cabia error ó supercheria posible; Abel habia ido con el baron; habia pasado hora y media á su lado en una silla de posta; y le habia dado todas las instrucciones necesarias á la negociacion que el baron iba á entablar cerca de Mein-heor Fabricins Van-Praet.

Cómo engañarse? conocia á Rodach desde la víspera; la impresion producida por este extraño personaje habia sido tan viva, estaba tan fresca, que Abel no habia tenido tiempo de olvidarla.

Ademas, el mismo pensamiento de la duda,

le hubiera parecido de burla é imposible; veía al trote inglés de su reina Victoria content del baron, y sobre todo, contento de su propia persona, en grado supremo.

Habia manifestado una habilidad tan rara! habia desplegado en todo este negocio tanta sutileza y fina diplomacia! Su tarea estaba cumplida: podia ahora dormirse con dulce seguridad, y partir tranquilamente sus esclarecidas ternuras entre su yegua y su bailarina.

En cuanto al caballero de Reignauld no habia ido tan lejos como Abel; su viage se habia limitado á las Mensagerias-Reales, donde habia visto al señor de Rodach en un coupé de diligencia. No habia dejado el patio de las Mensagerias, sino despues de haber visto á la diligencia partir para Bolonia, al galope de sus cinco caballos.

Y el caballero, lo mismo que el jóven M. Abel, habia vuelto á la calle de la Ville l'Éveque frotándose las manos con alegría; Rodach le habia parecido aun mas marcial que la vispera y era verdaderamente el hombre que necesitaba.

Reignauld estaba, por lo menos, tan cierto de su negocio como el jóven M. de Geldberg. Mas tarde podremos ver cual de los dos se engañaba, ó si se engañaban ambos.

Lo que era cierto, es que tenian una fé robusta, y seguramente motivada; por el uno, e baron galopaba camino de Amsterdam; por e

otro, el baron quemaba el suelo en direccion á Londres. Lo que tambien es cierto, es que para nosotros el baron daba al traste con el doble viaje, y que se paseaba á pie en la galeria de Anjou, detras del palacio de Geldberg.

Y cualquiera que hubiese visto entre el cuello de su capa, levantado sin duda por el intenso frio de esta mañana de invierno, su rostro noble y varonil, no le hubiera juzgado á propósito para enmarañar el triple hilo de esta extraña comedia; en efecto, esto supone una facultad de intriga casi diabólica, y la franqueza pintada en las bellas facciones de Rodach, apartaba hasta el pensamiento de la astucia.

Quién era pues?

El baron tuvo todavia paciencia por espacio de algunos minutos, esperando siempre que la casualidad condujese á Klaus á su encuentro, ó que el rostro encantador de Lia se asomase á una de las ventanas; pero ni Lia ni Klaus parecian, y los raros transeuntes que entraban en la callejuela comenzaban á mirarle con curiosidad.

La menor circunstancia podia llevar allí, de un momento á otro, á personas que el baron tenia interés en evitar.

Continuó hasta el extremo de la galeria, y echó una mirada sobre las dos aceras. En la esquina de las calles de Astorg y de la Ville l'Eveque, vió á un mozo sentado junto á su banca.

Esto era todo lo que necesitaba. Arrancó una hoja de la cartera y se puso á trazar con el lápiz algunas palabras para dirijirlas á Klaus.

Mientras que escribía sobre su rodilla, oyó detrás de sí un rechinar ligero.

La última campanada de las nueve daba en el reloj del palacio.

Rodach se volvió al ruido, y vió abrirse suavemente una especie de poterna practicada en el muro del jardin de Geldberg.

Un rostro amarillo y arrugado, sepultado bajo la enorme visera inclinada de un gorro de pieles, apareció; despues un cuerpo ético, aforrado en una hopalanda raída que cubria una capilla corta.

Rodach no tuvo necesidad mas que de una ojeada para reconocer al viejo de estraños contornos, que se le habia aparecido la vispera en el corredor, en el momento que salia de la habitacion de Lia.

Ahora como entonces, el viejo aparecia con una especie de misterio. Allí habia una puerta, pero Rodach no habia hecho alto en ella.

Ahora como entonces, el viejo se mostraba con rostro espantado; echó una mirada cautelosa y penetrante á derecha é izquierda, por debajo de su gran visera, y en el momento en que vió á Rodach hizo un movimiento de sobresalto y volvió á entrar en la pared.

La puerta se habia cerrado como por encanto.

Rodach permaneció un instante con los ojos

fijos en la puerta cerrada; su rostro, en el cual estaba pintada la sorpresa, se puso pensativo.

Sus ideas acababan de cambiar de curso.

Desgarró el billete comenzado y volvió la esquina de la galería, y de modo que pudiese ocultarse en la saliente del muro.

Y esperaba.—El lugar era descubierto y se encontraba espuesto á las miradas de las personas que iban al palacio; pero, por mas que evidentemente le importase no ser reconocido; permaneció firme en su puesto limitándose á bajar aun mas las anchas alas de su sombrero.

Pasaron dos ó tres minutos y la pequeña puerta seguía cerrada.

Al cabo de este tiempo prodújose de nuevo el ligero rechinar que ya se habia escuchado y la puerta rodó sobre sus goznes: el viejecillo se apareció en el umbral.

Su mirada mas tímida hizo el exámen de la galería; nadie pasaba en este momento. El viejecillo cerró la poterna y comenzó á caminar con paso inseguro en direccion á la calle de Anjou.

Rodach salió de su escondite y le siguió.

El viejo iba encorvado y arropado cuanto podia en los pliegues de su hopalanda. Su marcha incierta y temblorosa describía sic-sac en la estrecha galería y debia esperarse verle desplomar contra la primera aspereza del camino; pero sus pequeños ojos grises y penetrantes estaban en mejor estado que sus piernas; evitaba los obstáculos con prudencia, y proseguía su

marcha amenazando siempre caer y no cayendo jamás.

Rodach hacia cuanto podia por sofocar el ruido sonoro de sus pasos; pero era en vano. El tacon de sus botas sonaba á pesar suyo contra el seco y helado pavimento. En la mitad de la galeria, este ruido llegó hasta los oídos del viejo que tembló sin volverse y cuyos movimientos dejaron adivinar la duda y la inquietud.

Mucho tiempo pasó antes que se determinase á deslizar una mirada hácia atrás. Rodach veia su gorro de pieles volver de derecha á izquierda; el viejo no se atrevia; esperaba un recodo del camino para lanzar una mirada rápida sobre la ruta recorrida.

Vió lo que temia ver; la alta estatura del baron que se elevaba en medio de la solitaria galeria. Lo hubierais comparado entonces á uno de esos pobres y pequeños caballos sofocados bajo su carga muy pesada, que la arrastran con la cabeza baja y las piernas debilitadas; pero que saltan de repente despertados por el aguijon de la espuela. Al instante se envolvió el viejo en su hopalanda y desplegó de pronto una agilidad inesperada. Enderezó su torso encorvado, y echó á correr lo mismo que una calesa, siguiendo ahora una linea casi recta.

Por desgracia, la lucha estaba muy lejos de ser igual, y para guardar distancia el baron

no tenia necesidad mas que de alargar un poco sus pasos.

Salieron de la galería y tomaron la calle de Anjou. Volvíase el viejo á cortos intérvalos y Rodach podia ver el extraño gesto que el miedo habia puesto debajo de su visera.

Entre tanto continuaba la carrera, fácil por una parte y desesperada por otra; por mas esfuerzos que hacia, el buen hombre de la hopalanda no adelantaba una pulgada de terreno. Véíase claramente que le abandonaba el valor.

Al cabo de doscientos ó trezcientos pasos, separó los lados de su capa, desabotonó su hopalanda, y se limpió el rostro con un pañuelo de cotonia á cuadros. Su marcha no desalentaba todavia, pero eran convulsivos sus esfuerzos y ya no andaba sino á zancadas.

En el extremo de la calle de Anjou, se volvió otra vez; su rostro flaco y arrugado expresaba una verdadera angustia. Torció la esquina, y Rodach que le perdió de vista un instante apretó el paso.

Pero los viejos ciervos que ya no tienen buenas piernas, saben al menos dar un buen cambio. Cuando Rodach, á su vez volvió la esquina; el viejecillo habia desaparecido completamente.

La calle, sin estar desierta, no contenia tanta multitud como para estorbar las miradas; el baron derramó las suyas en todas direcciones; y no descubrió la salida por donde el

misterioso viejo hubiera podido evaporarse.

Por un instante pareció desorientado. En los alrededores no había ni callejuelas ni portales; todas las casas vecinas estaban cerradas como es general costumbre en el barrio de la Magdalena.

Esto era verdaderamente un golpe teatral. Rodach que no podía comprender una desaparición tan repentina, se obstinaba en examinar con la vista las puertas cocheras y los menores rincones, como si esperase sin cesar ver surgir de alguna parte el rostro amarillo y plegado del viejo de la gran visera.

Nada!... desesperando ya de su causa, torció el camino hacia el palacio de Geldberg.

Pero después de haber dado algunos pasos, se detuvo como recordando alguna cosa, y consultando su reloj, advirtió que tenía que cumplir una nueva tarea. Precisamente en el lugar en que se había detenido, estacionaba una berlina con las persianas corridas y cuyos caballos, abandonados por sí mismos, tomaban un pienso en anchos sacos de tela.

Rodach buscó con los ojos al cochero ausente y puso la mano sobre el pestillo de la portezuela.

--Hay gente, dijo desde el interior una voz de mujer vieja.

Rodach no quiso escuchar más y apresuró su marcha hacia el boulevard.

Apenas había desaparecido cuando se abrió la portezuela de la berlina sin ruido y con len-

titud, El buen hombre de la hopalanda asomó timidamente su larga visera, bajo la cual se veía una sonrisa irónica.

Manifiestamente tenía deseos de permanecer algun tiempo mas en su escondite; pero el cochero de la berlina que habia terminado sus livaciones matinales en la taberna inmediata, volvía á sus caballos.

—El pícaro será capaz de hacerme pagar el viaje! murmuró el hombre aperciéndole desde lejos.

Bajó del carruaje, y volvió á emprender su camino con paso acelerado para desquitar el tiempo perdido. . . . .

. . . . .

**FIN**

**DE LA 4.<sup>a</sup> PARTE Y DEL TOMO VI**

## ADVERTENCIA DEL EDITOR.

---

*Siempre que como en el presente caso la dimension de los capitulos nos precise concluir un tomo pocas páginas antes de completar las ofrecidas, procuraremos compensar con usura esta pequeña falta en los tomos sucesivos. Nos es imposible combinar que cada tomo conste de igual número de páginas, y asi habrá observado el lector, que tambien los ha habido de 207 y 240.*

---

Habiéndose hecho segunda edicion de esta novela, los señores que gusten suscribirse recibirán gratis el tomo primero.

La próxima semana se reparará la entrega tercera del tomo cuarto del *Martin el Espósito*, continuando las demas sin interrupcion, pues hay el original suficiente.

Se ha repartido el tomo primero de las *Memorias de un Médico*, por Alejandro Dumas; y sigue abierta la suscripcion hasta la publicacion del tercero.— Los suscritores á esta novela que lo sean al mismo tiempo al *Hijo del Diablo* gozarán el beneficio de recibir grátis el primero y último tomo de esta obra.

En esta libreria se encuentran de venta devocionarios y semaneros santos á precios arreglados, y diferentes libros de devucion y de instruccion primaria.

NOVELAS. — *Susana*.—*La Joven Regente*.—*Teresa Dunoyer*.—*Matilde ó memorias de una mujer del gran mundo*.—*El Conde de Monte-Cristo*.—*Martin el Espósito*.—*Misterios de Londres*.—*Elina ó Sevilla por dentro*.—*Ultimos dias de un pueblo*.

---

Se halla de venta en la librería de Boix  
en la de Miguel Harin, calle de las Soteras en  
el despacho del Independiente, calle de la Mu-  
la y en la imprenta de sus editores, I. de A. 12.  
á 4 rs. el tomo, para los suscritores á cual-  
quiera de las obras que publican los mismos.

En la misma imprenta se encuentran de venta  
**EL CONDE DE MOZTE-CHRISTO** por A. J. de  
Damas, 10 tomos con láminas litografiadas  
dos 50 rs.

---

---

*Se halla de venta en la libreria de Boix y en la de Miguel Martin, calle de las Sierpes: en el despacho del Independiente, calle de la Muela y en la imprenta de sus editores, Venera n. 12; à 4 rs. el tomo, para los suscritores à cualquiera de las obras que publican los mismos.*

*En la misma imprenta se encuentra de venta*  
**EL CONDE DE MONTE-CRISTO** por Alejandro Dumas, 10 tomos con láminas litografiadas, 50 rs.

---

12.000  

---

6 tons e 2 vols

- AN

- LVI

- SXIX